

HALPERN

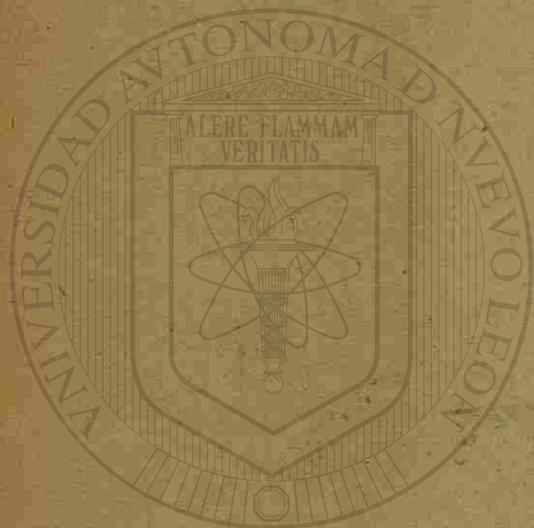
EL CURA
DE
ONGUEVA

ATL
PQ2273
C88

99236



1020026551



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS



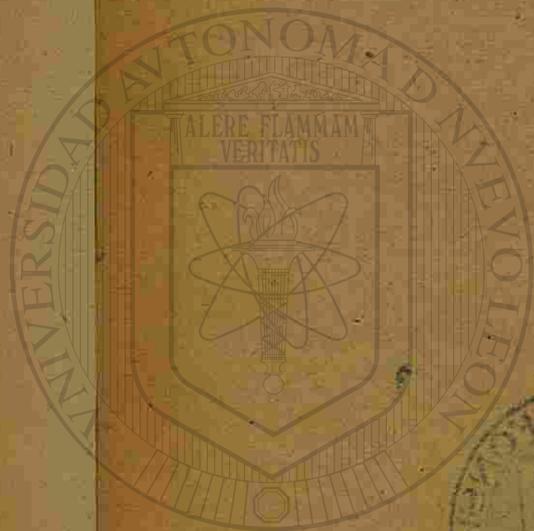
COLECCION AMBOS MUNDOS

EL CARA LONGUEVAL



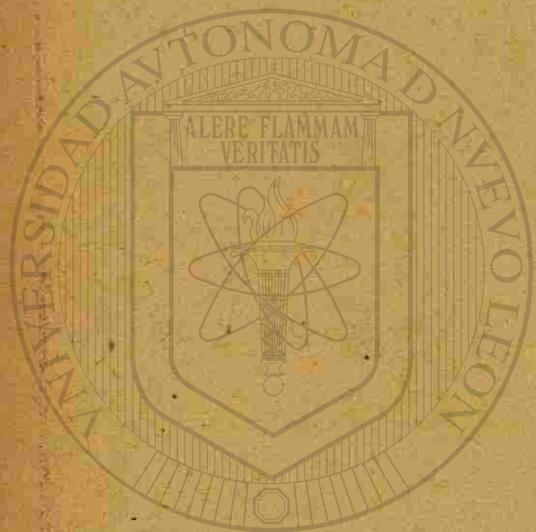
NOVELA ORIGINAL
DE LODOVICO HALÉVY

Precio: UNA peseta



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



100

EL CURA DE LONGUEVAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. N
Núm. Autor 1168a
Núm. Adq. 30297
Procedencia -8
Precio
Fecha
Clasific. 619
Catalogó

BIBLIOTECA AMBOS MUNDOS

Se han publicado las obras siguientes:

- La Bohème**, por Murger (2 tomos).—2.^a edición.
El Crepúsculo, por Jorge Ohnet.—2.^a edición.
Indiana, por Jorge Sand.
Mimi Pierson, por Alfredo de Musset.
La Mujer de treinta años, por H. de Balzac.
Los Mineros de Polignies, por Eliás Berthet.
Mujeres de Rapiña; La Señorita Cachemira, por Julio Claretie.
El Capitán Richard, por A. Dumas (padre).
Roma bajo Nerón, por I. J. Kraszewski.—(3.^a edición).
Dosia, por Enrique Gréville.
Renata Mauperin, por E. y J. de Goncourt.
El Último Ateniense, por Victor Rydberg.
El Libro de los Snobs, por W. M. Thackeray.
Las Lágrimas de Juana, por A. Houssaye.
Margot, por A. de Musset.—(Agorada).
Una Entretenida, por A. Houssaye.
Cuentos al oído, por A. Silvestre.
La Modelo, por E. y J. de Goncourt.—(2 tomos).
La Pecadora, por Arsenio Houssaye.
El Cura de Longueval, por F. Halévy.

EN PREPARACIÓN

- Colomba**, por Próspero Merimée.
Espirita, por Teófilo Gautier.

EL CURA DE LONGUEVAL

POR

LUDOVICO HALÉVY

Versión castellana de VENZEL

ILUSTRACIONES

DE

JOSÉ CALDERÉ



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA TEMÁTICA
099236
1907

BARCELONA BUENOS-AIRES
F. GRANADA Y C.^{ta}, Editores SERAFÍN PONZINIBBIO, Editor
DIPUTACIÓN, 344 B. MITRE, 1,100

1907

30297

843
H.

PQ2273
C88



**FONDO
RICARDO COVARRUBIAS**

**CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

**BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS**

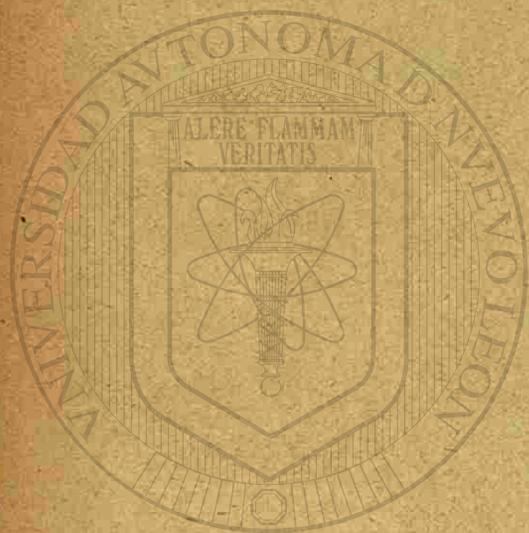
Tip. El Anuario de la Exportación, Paseo de S. Juan, 54
(Obra compuesta con máquinas LINOTYPE)

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
Primera parte.	7
Segunda parte.	75
Tercera parte.	139

UANL

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA
CAPILLA ALFONSINA
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

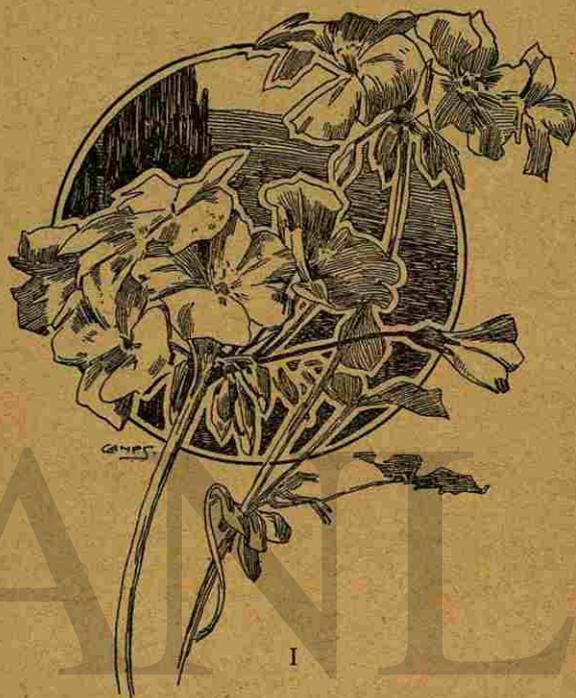
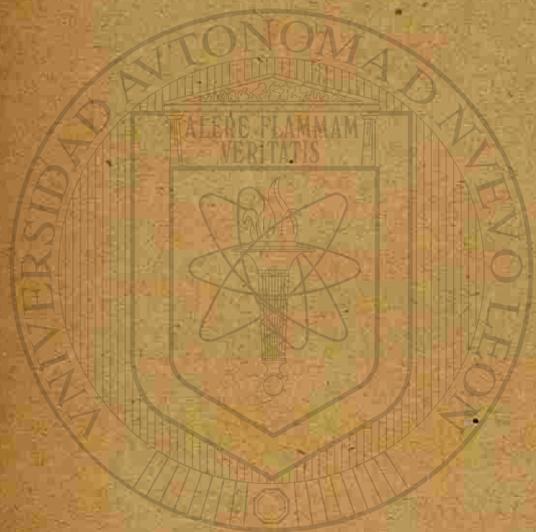


Primera parte

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

Con paso firme y seguro, un anciano sacerdote, caminaba por la polvorienta carretera ardientemente bañada por el sol. Hacía más de treinta años que el cura Constantino era párroco de aquella aldeita que se ve reposar tranquilamente en el llano á la orilla de una delgada corriente de agua que se llama La Lizotte. ®

El cura Constantino hacía ya un cuarto de hora que venía costeando la tapia del castillo de

Longueval, cuando llegó delante de la puerta de hierro que se apoyaba, alta, esbelta y maciza entre dos columnas de viejas piedras, ya negruzcas y enrojecidas por el tiempo.

El cura se detuvo y miró con tristeza dos grandes carteles azules, que estaban fijados en las columnas.

Estos carteles anunciaban que el miércoles, 18 de Mayo de 1881, á la una de la tarde, tendría lugar en la sala de pregones del Juzgado municipal de Souvigny la venta de la hacienda de Longueval, dividida en cuatro lotes:

1.º El Palacio de Longueval y sus dependencias, con un hermoso estanque, extensas tierras comunales, parque de ciento cincuenta hectáreas, enteramente cerrado de muros y atravesado por el río La Lizotte:

Tasado en seiscientos mil francos.

2.º La granja de Blanche Couronne, trescientas hectáreas;

Tasada en quinientos mil francos.

3.º La granja de Rozeraie, doscientas cincuenta hectáreas;

Tasada en cuatrocientos mil francos.

4.º El bosque y los montes de la Mionne, con una extensión de cuatrocientas cincuenta hectáreas; y

Tasada en quinientos cincuenta mil francos.

Y estas cuatro cantidades sumadas al final del cartel expresaban la respetable suma de dos millones cincuenta mil francos.

De modo, que esta magnífica hacienda que después de dos siglos que había logrado escapar de ser dividida, por haber sido heredada, siempre intacta, de padres á hijos, iba ahora á ser destrozada. El cartel anunciaba, sin embargo, que después se adjudicaría por entero toda la finca; pero, siendo ésta de un valor tan grande, no era probable que tuviera licitador alguno.

La marquesa de Longueval había muerto ya hacía seis meses. En 1873, habiendo perdido á su único hijo Roberto de Longueval, quedaban, pues, tres herederos, nietos de la marquesa, Pedro, Elena y Camila. Como Elena y Camila eran menores, fué preciso poner la finca en venta. Pedro, que era un joven de veintitrés años, hizo locuras, se vió arruinado y no podía, por lo tanto, pensar en volver á comprar el marquesado de Longueval.

Eran las doce del día. Dentro de una hora el Palacio de Longueval tendría nuevo dueño. Este dueño... ¿quién sería?... ¡Qué mujer vendría á ocupar en el salón principal, que tan elegantemente adornado estaba de antiguas y ricas colgaduras, el sillón de la marquesa, la antigua amiga del cura de la aldea!..., ella, que reedificó la iglesia del pueblo, y que siempre era la encargada de proveer y sostener la botica que había en la casa del cura á cargo de Paulina, su ama; ella, que dos veces á la semana, en su gran landó, lleno de vestiditos de niños y gruesas sayas de estameña, venía á buscar al cura Constantino y

hacia con él lo que llamaba ella misma *la caza de los pobres*.

Volvió el anciano sacerdote á emprender su paso, pensando en todas estas cosas... Y además pensaba también—porque los más santos han tenido sus pequeñas debilidades—en sus amadas costumbres de treinta años, tan bruscamente interrumpidas. Todos los jueves y domingos comía en el Palacio... ¡Cómo le lisonjaban, le cuidaban y le mimaban!... Camilita—que tenía ocho años—se ponía sentadita en sus rodillas, y le decía:

—Sabe usted, señor cura, en la iglesia me quiero casar, y mamita la llenará toda, toda, todita de flores... ¡más, mucho más, que en el mes de María!... ¡Parecerá un jardincito, todo, todito blanco!...

¡El mes de María!... ¡Era por aquella época el mes de María! El altar, otras veces, en estos días, lo llenaban de flores que todas venían de las estufas del Palacio. Este año sólo se veían encima del altar tristes ramitos de lirios y lilas blancas colocadas en jarros de porcelana dorada. En tiempos anteriores, todos los domingos, en la misa mayor, y todas las tardes, durante las flores de María, mademoiselle Hebert, la tutora de Mme. de Longueval, bajaba á tocar el pequeño armonio, que era regalo de la marquesa... Hoy el pobre armonio, entregado al silencio, no acompañaba ya la voz de los sochantres y los cánticos de los niños. Mlle. Marbeau, directora

de la posta, era algo filarmónica y tenía grandes deseos de suplir la falta de Mlle. Hebert, pero no se atrevía porque temía ser notada como clerical por el alcalde que era un entusiasta libre pensador. Esto podría perjudicarla para su ascenso.

Ya llegaba el anciano sacerdote al fin de la tapia del parque, cuyas revueltas le eran tan familiares, y el camino seguía después por la orilla de La Lizotte; por el otro lado se extendían las praderas de las dos granjas;... y después, más allá, se elevaba el espeso bosque de la Mionne. ¡Esta propiedad iba á ser partida, destrozada!... Esta idea desgarraba el corazón del pobre cura. Para él todo esto, durante treinta años, había estado junto, y era un sólo cuerpo. Consideraba esta gran finca como algo suyo, como una cosa propia. Se creía en su casa en las tierras de Longueval. Cuántas veces le ha sucedido detenerse á contemplar con deleite un hermoso campo de trigo, arrancar una espiga, desgranarla y decirse:

—¡Vaya este año está el grano hermoso, duro y bien relleno. Tendremos una buena cosecha!

Y alegremente volvía á tomar su camino, atravesando por *sus campos*, *sus hierbas* y *sus praderas*. En una palabra, por todas sus costumbres y todos sus recuerdos, se encontraba muy encañado con esta gran hacienda, á la que había llegado su última hora.

El cura distinguía, á lo lejos, la granja de

Blanche-Couronne; sus techumbres de ladrillos encarnados destacaban por encima de la espesura y verdor del bosque. Todavía el cura se encontraba allí, en su casa. Bernardo, el colono de la marquesa, era su mejor amigo, y cuando el anciano sacerdote se había retardado en sus visitas á los pobres y á los enfermos; cuando, al aproximarse el sol al horizonte, sentía sus piernas algo cansadas y su estómago un tanto desfallecido, entraba en casa de Bernardo, se festejaba con un buen guisado de carne con patatas, echándose á su vez un vasito de sidra. Después de la cena, el colono enganchaba su vieja yegua negra al cabriolé y conducía al cura á Longueval. Todo el camino iba charlando y disputando. El sacerdote reñía al colono porque no iba nunca á misa, y él le respondía:

—Mi mujer y mis hijos la oyen por mí... Demasiado sabe usted, señor cura, que nosotros somos así. Las mujeres cumplen con la religión para beneficio de los hombres. Ellas son siempre las que nos abren las puertas del cielo.

Y maliciosamente añadió, pasando la punta del látigo por el lomo de la yegua negra:

—¡Habrà alguno!

El anciano cura saltó en el viejo cabriolé.

—¡Cómo! ¡Que si hay alguno! ¡Pues ya lo creo que hay uno!

—Entonces será usted, señor cura; usted dice que no es seguro y yo digo que sí... ¡usted lo será! ¡usted lo será! Usted estará en la puerta

observando á sus feligreses y ocupándose de nuestros asuntos... Y le dirá usted á San Pedro... porque es, desde luego San Pedro, no es verdad, el que tiene las llaves del cielo?

—¡Sí, es San Pedro!

—¡Ues bien, usted le dirá si me da con la puerta en las narices con el pretexto de que no voy á misa; ¡¡Vamos! déjele usted pasar... Es Bernardo, uno de los colonos de la marquesa, un buen hombre. Pertenece al consejo municipal y votó por la permanencia de las hermanas de la caridad cuando las querían echar de la escuela. ¡Esto conmoverá á San Pedro! que responderá: «¡Vamos! pasa Bernardo, pero no es más que por complacer al señor cura». Porque usted será todavía cura allá arriba, y siempre cura de Longueval. Estoy seguro que el cielo sería muy triste para usted si le impidiera de seguir siendo cura de Longueval.

Cura de Longueval, sí, en toda su vida no había sido más que eso, no había pensado en otra cosa ni había deseado más en su vida. Por tres ó cuatro veces le habían propuesto grandes curatos en el obispado, de buen producto, con uno ó dos tenientes, y los había rehusado. Amaba su iglesia, su aldeita y su pequeña choza. Se hallaba sólo y tranquilo haciéndolo todo por sí mismo; siempre por sendas y caminos bajo la influencia del sol y de la lluvia, del viento y del granizo. Con el continuo trabajo que hacía había

llegado á endurecer su cuerpo, pero quedando su alma siempre dulce y tierna.

Vivía en su casita, edificio grande de pueblo, que sólo la separaba de la iglesia el cemenario. Cuando él subía á una escalera de mano que tenía para emparrar sus perales y melocotoneros, por encima del caballete del muro veía las sepulturas, sobre las que había dicho las últimas oraciones y echado las primeras paletadas de tierra. Entonces, al mismo tiempo que desempeñaba el cargo de jardinero, decía mentalmente una pequeña oración por la salud de algunos muertos que le tenían con un poco de cuidado, y que tal vez podían quedarse algún tiempo en el purgatorio. Tenía una fe sencilla y tranquila.

Pero entre estas sepulturas había una, que con más frecuencia que las otras recibía sus visitas y sus oraciones. Era la tumba de su antiguo amigo el doctor Reynaud, muerto en sus brazos en 1871 y en muy terribles circunstancias. El doctor era como Bernardo, nunca iba á misa ni á confesarse; pero ¡era tan bueno, tan caritativo y tan compasivo con los que sufrían!... Esta era la gran preocupación, la gran inquietud del cura. Su amigo Reynaud, ¿dónde estaba? Después recordaba la honrada vida del anciano médico del pueblo, toda llena de valor y de abnegación; recordaba su muerte, sobre todo su muerte, y se decía:

—¡ En el cielo debe estar! no puede ser más que en el cielo! Dios le ha dado un poco de purgato-



rio, por la forma... pero de seguro que le ha sacado á los cinco minutos...

Todo esto pasaba por la memoria del anciano sacerdote cuando iba por el camino de Souvigny. Se dirigía á la ciudad á casa del abogado de la marquesa, con objeto de conocer el resultado de la venta para saber quiénes eran los nuevos dueños de Longueval. Aun le quedaba un kilómetro que recorrer antes de llegar á las primeras casas de Souvigny; y seguía costeando la tapia del parque de Lavardens, cuando de repente oyó voces encima de su cabeza que le llamaban

—¡ Señor cura! ¡ señor cura!

En este sitio, y coronando la tapia un largo paseo de tilos, existía una terraza y el cura, levantando la cabeza, divisó á Mme. de Lavardens y á su hijo Pablo.

—¿Dónde va usted señor cura? preguntó la condesa.

—¡ A Souvigny, al juzgado para saber...

—Quédese usted aquí; monsieur de Larnac debe venir después de verificada la venta á contarme el resultado.

El cura Constantino subió á la terraza.

Gertrudis de Lannilis, condesa de Lavardens, había sido una mujer muy desgraciada; á los diez y ocho años hizo una locura, la única de toda su vida, pero irreparable, se casó con verdadero amor en un arranque impetuoso de entusiasmo y de exaltación con Mr. de Lavardens, uno de los hombres más seductores y de más talento de su

época. No la amaba y se casó por necesidad. Había devorado hasta la última peseta de la fortuna que le dejó su padre, y hacía dos ó tres años que no vivía en el mundo de otra cosa que de enredos y trampas. Mlle. Lannilis lo sabía todo y no se hacía ilusiones; pero se decía: «Yo le querré tanto que él concluirá al fin, por quererme».

De esto dependieron todas sus desgracias. Su existencia hubiera sido tolerable si ella no hubiera amado tanto á su marido, pero le amaba demasiado. Sólo consiguió cansarlo con sus persecuciones y sus excesivos cariños. El volvió á hacer, y continuó la vida de siempre, que era muy desordenada. Quince años pasaron así en un continuado y largo martirio, soportado por Mme. de Lavardens con todas las apariencias de una impasible resignación, que no existía verdaderamente en su corazón. Nada la pudo distraer ni curar de este amor que la destrozaba.

Mr. de Lavardens murió en 1869, y dejó un hijo de catorce años, en el que se manifestaban todos los defectos y cualidades de su padre. Sin estar seriamente comprometida la fortuna de Mme. Lavardens se encontraba un poco averiada y en consecuencia de esto, vendió el hotel de París, se retiró al campo, vivió con mucho orden y economía y se consagró enteramente á la educación de su hijo.

Pero todavía la esperaban tristezas y pesares en su vida. Pablo de Lavardens era inteligente,

amable y bueno, pero muy rebelde á la sujeción y al trabajo. Tres ó cuatro profesores que tuvo, en vano se esforzaron por hacer entrar en su cabeza nada serio. Se presentó en Saint-Cyr, no fué admitido, y empezó en París á derrochar, lo más rápida y locamente, dos ó trescientos mil francos.

Hecho esto, se enganchó en el primer regimiento de cazadores de Africa, tuvo la suerte de formar parte en la primera salida de una pequeña columna expedicionaria en Sahara, se condujo valerosamente, y llegó á ser sargento; y al cabo de tres años iba á ser nombrado subteniente, cuando se encaprichó de una jóven que representaba *La fille de madama Angot*, en el teatro de Argel. Pablo había cumplido el tiempo de su servicio, y volvió á París en compañía de su jóven artista de ópera bufa,... después la reemplazó una bailarina,... después una cómica,... después una amazona del Hipódromo. Probó de todos los géneros. Vivió de la brillante y miserable existencia de los desocupados... Pero él no pasaba en París más que tres ó cuatro meses. Su madre le daba una pensión de treinta mil francos, y le había declarado terminantemente que, en vida de ella, no le daría un céntimo mas antes de casarse. Conocía perfectamente á su madre y sabía que sus palabras debían tomarse siempre muy en serio. De modo que, queriendo representar un papel distinguido en la sociedad de París, y hacer una vida alegre, se gastaba sus

época. No la amaba y se casó por necesidad. Había devorado hasta la última peseta de la fortuna que le dejó su padre, y hacía dos ó tres años que no vivía en el mundo de otra cosa que de enredos y trampas. Mlle. Lannilis lo sabía todo y no se hacía ilusiones; pero se decía: «Yo le querré tanto que él concluirá al fin, por quererme».

De esto dependieron todas sus desgracias. Su existencia hubiera sido tolerable si ella no hubiera amado tanto á su marido, pero le amaba demasiado. Sólo consiguió cansarlo con sus persecuciones y sus excesivos cariños. El volvió á hacer, y continuó la vida de siempre, que era muy desordenada. Quince años pasaron así en un continuado y largo martirio, soportado por Mme. de Lavardens con todas las apariencias de una impenetrable resignación, que no existía verdaderamente en su corazón. Nada la pudo distraer ni curar de este amor que la destrozaba.

Mr. de Lavardens murió en 1869, y dejó un hijo de catorce años, en el que se manifestaban todos los defectos y cualidades de su padre. Sin estar seriamente comprometida la fortuna de Mme. Lavardens se encontraba un poco averiada y en consecuencia de esto, vendió el hotel de París, se retiró al campo, vivió con mucho orden y economía y se consagró enteramente á la educación de su hijo.

Pero todavía la esperaban tristezas y pesares en su vida. Pablo de Lavardens era inteligente,

amable y bueno, pero muy rebelde á la sujeción y al trabajo. Tres ó cuatro profesores que tuvo, en vano se esforzaron por hacer entrar en su cabeza nada serio. Se presentó en Saint-Cyr, no fué admitido, y empezó en París á derrochar, lo más rápida y locamente, dos ó trescientos mil francos.

Hecho esto, se enganchó en el primer regimiento de cazadores de Africa, tuvo la suerte de formar parte en la primera salida de una pequeña columna expedicionaria en Sahara, se condujo valerosamente, y llegó á ser sargento; y al cabo de tres años iba á ser nombrado subteniente, cuando se encaprichó de una jóven que representaba *La fille de madama Angot*, en el teatro de Argel. Pablo había cumplido el tiempo de su servicio, y volvió á París en compañía de su jóven artista de ópera bufa,... después la reemplazó una bailarina,... después una cómica,... después una amazona del Hipódromo. Probó de todos los géneros. Vivió de la brillante y miserable existencia de los desocupados... Pero él no pasaba en París más que tres ó cuatro meses. Su madre le daba una pensión de treinta mil francos, y le había declarado terminantemente que, en vida de ella, no le daría un céntimo mas antes de casarse. Conocía perfectamente á su madre y sabía que sus palabras debían tomarse siempre muy en serio. De modo que, queriendo representar un papel distinguido en la sociedad de París, y hacer una vida alegre, se gastaba sus

treinta mil francos en la temporada de primavera, de marzo á mayo, y después volvía dócilmente á retirarse en Lavardens, cazando, pescando y montando á caballo con los oficiales del regimiento de artillería, que estaban de guarnición en Souvigny. Las modistillas y costureras de provincia reemplazaban, sin hacerle olvidar nada, á las cómicas y cantantes de París. Buscando un poco se encuentran costureras en provincia también, y Pablo buscaba mucho.

Cuando el cura estaba en presencia de madama de Lavardens:

—Puedo, le dijo ella, sin esperar la llegada de Mr. de Larnac, decir á usted los nombres de los compradores de Longueval. Bien tranquila estoy, y no dudo del éxito de nuestra combinación. Para no hacernos neciamente la guerra, nos hemos puesto de acuerdo mi vecino Mr. de Larnac, Mr. Gallard, un gran banquero de París y yo. Mr. de Larnac se quedará con la Mionne, Mr. Gallard con el castillo, y Blanche-Couronne y yo con la Rozeraie. Conozco, señor cura, que estará usted inquieto por sus pobres. Tranquilícese usted. Los Gallards son muy ricos y le darán á usted mucho dinero.

En este momento se vió venir un coche á lo lejos, en medio de una nube de polvo, por la carretera.

—Aquí está Mr. de Larnac, exclamó Pablo; conozco sus jacas.

Los tres bajaron con celeridad de la terraza

y volvieron al castillo... Llegaron, pues, en el momento en que el coche se detenía delante de la puerta.

—¿Qué hay? preguntó Mad. de Lavardens.

—¡Qué hay! respondió Mr. de Larnac, que no tenemos nada.

—¡Cómo! ¿Nada? preguntó Mad. de Lavardens muy pálida y muy asustada.

—Nada, nada, absolutamente nada, ni unos ni otros.

Y Mr. de Larnac saltó del coche y contó lo que acababa de pasar en el salón de subastas del Juzgado municipal de Souvigny.

—Todo, dijo él, al principio sucedió según se esperaba. El castillo se adjudica á Mr. Gallard por el precio de seiscientos mil cincuenta francos, sin competidor... Una puja de cincuenta francos habría bastado. En cambio hubo una pequeña batalla para Blanche-Couronne. Las pujas se elevan de quinientos mil á quinientos veinte mil francos, y aún la victoria fué para Mr. Gallard. Nueva batalla y más viva aún para la Rozeraie, que se adjudica á usted, señora, por cuatrocientos cincuenta y cinco mil francos, y yo me llevo, sin competencia, el bosque de la Mionne, con una sobrepuja de cien francos. Todo parecía terminado y ya estaba de pie toda la gente rodeando á los abogados para saber el nombre de los compradores. Sin embargo, Mr. Brasier, juez encargado de la venta, pone silencio, y el alguacil pregona la venta de los cuatro lotes reunidos en dos millo-

nes ciento cincuenta ó sesenta mil francos, no lo sé bien de cierto... Un murmullo de ironía se oye en la multitud. Por todas partes se oía decir: «Nadie, vaya, no habrá nadie...» Pero Gibert, el abogado, que estaba sentado en la primera fila, y qué hasta entonces no había dado señales de vida, se levanta y tranquilamente dice: «Yo tengo comprador para los cuatro lotes reunidos, en dos millones doscientos mil francos». Esto fué como un escopetazo. Oyóse gran rumor, seguido al instante de un gran silencio. La sala estaba llena de colonos y labradores del país. Ver dar tanto dinero por tierras les dejó en una especie de estupor respetuoso... Sin embargo, Mr. Gallard se dirigió hacia Sandrier, el abogado que había llevado sus proposiciones... y una lucha se empeña entre Gibert y Sandrier. Llegan á dos millones quinientos mil francos; hay un momento de indecisión en Gallard... Se decide... Continúa hasta los tres millones... Ahí se detiene, y la propiedad es adjudicada á Gibert... Se arrojan sobre él, le rodean, le estrechan... «El nombre, el nombre del comprador?—Es una americana, responde Gibert: Mad. Scott.»

—¡Mad. Scott! exclamó Pablo de Lavardens.

—¿Tú la conoces? preguntó Mad. de Lavardens.

—¡Sí, la conozco!... ¡Sí, yo la...! No... Pero he estado en un baile en su casa, hace seis semanas.

—¡En un baile en su casa!... ¡Y no la conoces!... ¿Qué clase de mujer es esa?

—¡Encantadora, deliciosa, una maravilla!

—¿Y hay un Mr. Scott?

—Ciertamente que sí; un rubio alto. Estaba en su baile... Me le enseñaron... Saludaba á todos al acaso, á derecha y á izquierda. Casi no se divertía, lo aseguro... Nos miraba y parecía decirse: «¿Quién es toda esta gente?... ¿Qué vienen á hacer en mi casa?...» Veníamos á ver á madame Scott y á miss Percival, su hermana... que esto bien valía la pena.

—Estos Scott, dijo Mad. de Lavardens dirigiéndose á Mr. de Larnac, ¿los conoce usted?

—Sí, señora, los conozco... Mr. Scott es un americano colosalmente rico, que ha venido á instalarse en París el año pasado. En cuanto oí pronunciar ese nombre comprendí que la victoria no sería dudosa. Gallard estaba vencido de antemano. Los Scott empezaron por comprar en París un hotel de dos millones, al lado del parque de Monceau.

—Sí, calle de Murillo, dijo Pablo; pues como les he dicho á ustedes que había ido al baile de ellos, era...

—Deja hablar á Mr. de Larnac. Tú nos lo contarás luego la historia de tu baile en casa de los Scott.

—Pues bien. He aquí á mis americanos instalados en París, y la lluvia de oro comenzó. Verdaderos ricos de pronto, se divertían en tirar el

dinero por las ventanas. Esta gran fortuna dicen que es muy reciente; y se cuenta que Mad. Scott pedía limosna por las calles de Nueva York.

—¿Ha pedido limosna?

—Así se dice, señora. Después se casó con ese Scott, hijo de un banquero de Nueva York, y de repente, á consecuencia de un pleito que ganaron, les vinieron á las manos, no sólo millones, sino docenas de millones. Tienen, no sé dónde, en América, una mina de plata, pero una mina formal, una verdadera mina, una mina de plata... y en la cual hay plata. ¡Ay! ¡Ya verán ustedes qué lujo van ha desarrollar en Longueval!... Tendremos todos caras de pobres en el país. Se pretende que tienen cien mil francos cada día para gastar.

—¡Esos son nuestros vecinos! exclamó madama Lavardens. ¡Una aventurera! y no es nada todavía... ¡una hereje, señor cura, una protestante!

¡Una hereje! ¡una protestante! ¡Pobre cura! En esto era en lo que en seguida había pensado al oír estas palabras: «Una americana, madama Scott.» ¡La nueva dama del castillo no iría á misa! ¿Qué le importaba á él que hubiera mendigado? ¿Qué le importaban á él tantas docenas de millones si no era católica? No bautizaría á sus hijos nacidos en Longueval, y la capilla del castillo, en la que tantas veces había dicho misa, iba á ser transformada probablemente en templo

protestante, que escucharía sólo la glacial palabra de algún pastor calvinista ó luterano.

Entre todas estas personas que se habían quedado consternadas y desconsoladas, solamente á Pablo de Lavardens se le veía radiante de alegría.

—Una encantadora hereje, en todo caso, dijo él, y aun si usted quiere, dos encantadoras herejes. Es necesario verlas, como yo las he visto, á caballo, en el bosque, con dos lacayitos, que no son más altos que esto, que llevan detrás...

—Vamos, Pablo, cuéntanos lo que tú sepas de ese baile de que hablabas... ¿Cómo pudiste ir al baile de las americanas?

—Por una de las más grandes casualidades de este mundo... Mi tía Valentina se quedaba en casa esa noche... Llegó á las diez, y... la verdad, no son de los más alegres los miércoles de mi tía Valentina... Estaba allí ya hacía más de veinte minutos, cuando diviso á Roger de Puy-martin que se escurría hábilmente sin que lo viera nadie. Le atrapo en la antesala y le digo: «Entraremos juntos.—¡Ay! yo no entro.—Pues ¿á dónde vas?—Al baile.—¿A casa de quién?—A casa de los Scott, ¿quieres tú venir conmigo?—¿No ves que no estoy convidado?—Ni yo tampoco.—¡Cómo! ¿tú tampoco?—No, voy á buscar á un amigo mío.—¿Y los conoce él á los Scott?—Apenas, pero lo bastante para presentarnos á los dos. Anímate y ven... y verás á Mad. Scott.—¡Oh! yo la he visto ya, á caballo, en el bosque.—

Sí, pero ella no va descotada á caballo. Tú no has visto sus hombros... y no te quepa duda que lo que hay que ver son sus hombros... No hay nada mejor en París en la actualidad...» Y á fe mía, fui al baile... y he visto los cabellos rojos de Mad. Scott... y he visto sus blancos hombros... y espero volverlos á ver cuando haya bailes en Longueval...

—Pablo, dijo Mad. Lavardens señalándole al sacerdote.

—¡Ay! señor cura, le pido á usted mil perdones... ¿He dicho algo?... Me parece que no.

El pobre cura no había oído nada. Su pensamiento estaba en otra parte. Ya veía, por una de las callejuelas del pueblo, al pastor del castillo detenerse delante de cada casa é introducir por debajo de las puertas libros evangélicos.

Continuando Pablo su relato, emprendió una descripción entusiasta del hotel, que era una maravilla...

—De mal gusto... y de lujo chillón, interrumpió Mad. de Lavardens.

—No tal, mamá, no tal... Nada de chillón ni ruidoso... Muebles admirables, disposiciones llenas de gracia y originalidad... Un invernadero incomparable, inundado de luz eléctrica, y la cena, instalada en la estufa, debajo de un emparado lleno de racimos de uvas... en el mes de abril... y se podían cojer á manos llenas. Los accesorios del cotillón habían costado, según parece, cuarenta mil francos. Joyas, bomboneras y

deliciosos juguetes... con ruego de llevárselos. Yo nada tomé, pero mucha gente no cayó en falta. Puymantín esta noche me contó la historia de Mad. Scott;... solamente que no era lo mismo que la contada por Mr. de Larnac... Roger me dijo que Mad. Scott había sido robada muy pequeña por un saltimbanquis, y que su padre la había encontrado dando el volteo en un circo ambulante, saltando por encima de las banderolas y atravesando aros de papel.

—¡Una amazona! exclamó Mad. de Lavardens; más me gustaba pidiendo limosna!

—Mientras que Roger me contaba esta novela del *Petit Journal*, veía yo venir del fondo de una galería la amazona del circo ambulante, envuelta en un maravilloso baturrillo de satén y de encajes, y admiré esos hombros, esos deslumbradores hombros, sobre los que ondulaba un collar de brillantes, gordos como tapones de botella. Decían que el ministro de Hacienda había vendido secretamente á Mad. Scott la mitad de los diamantes de la corona, y que por eso había tenido el mes anterior quince millones de excedente en el presupuesto. Añadan ustedes á esto, si ustedes quieren, que tiene un gran aire la pequeña saltimbanquis, y que se encuentra completamente á su gusto entre estos esplendores.

Pablo iba tan lanzado, que su madre se vió obligada á detenerlo. Delante de Mr. Larnac, que estaba muy despechado, dejaba muy ingenuamen-

te desbordar su satisfacción de tener por vecina á esta milagrosa americana.

El cura Constantino se preparaba á emprender nuevamente el camino de Longueval, pero Pablo, al verlo próximo á marchar:

—¡Oh! no, no, señor cura, usted no va á volver á andar otra vez á pie, con el calor que hace, el camino de Longueval. Permítame usted que lo lleve en coche. Me da mucha pena verlo con tanta tristeza. Quiero ver si puedo distraerlo. ¡Ah! usted es un santo, pero yo le hago reír muchas veces con mis locuras.

Media hora después, los dos, el cura y Pablo, iban en el coche uno al lado del otro, en dirección del pueblo. Pablo hablaba, hablaba y hablaba sin cesar. Su madre ya no estaba á su lado para calmarle y moderarle. Su alegría era rebozadora.

—No ve usted, señor cura, usted hace mal en tomar las cosas por el lado trágico... Mire usted mi yegüecita cómo trota, ¡cómo levanta las manos! Usted no la conoce. ¿Sabe usted cuánto me ha costado? Cuatrocientos francos. La saqué hace quince días de las varas de un carro de un hortelano. Una vez que coje bien su paso, se traga cuatro leguas por hora y se la lleva en la mano todo el tiempo. ¡Mire usted cómo tira, cómo tira!... Vamos, ¡trot! ¡trot! ¡trot! Usted no tiene prisa, ¿no es verdad, señor cura? ¿Quiere usted que entremos por los bosques? Esto le hará á usted bien, tomar un poco el aire... ¡Si usted supiera, señor cura, qué afecto tan grande le ten-

go... y qué respeto!... ¿He dicho demasiadas tonterías hace un momento delante de usted? Lo sentiría mucho!

—No, hijo mío, no he oído nada.

—Ahora tomaremos el camino de los estudiantes.

Después de haberse echado á la izquierda por dentro del bosque, Pablo volvió sobre su primera frase.

—Le decía á usted, señor cura, que hace mal en tomar las cosas tan trágicamente. ¿Quiere usted que le diga lo que pienso? Es una dicha lo que acaba de suceder.

—¿Una dicha?

—Sí, una dicha. Más me gustan los Scotts que los Gallards. Ha oído usted ahora á Mr. de Larnac atreverse á criticarles que gasten locamente su dinero. Nunca es locura gastar el dinero. Lo que es locura es guardarlo. Sus pobres—porque estoy bien seguro que usted está pensando constantemente en sus pobres—pues bien, sus pobres han tenido hoy un buen día. Voy á decirle mi opinión. ¿La religión?... sí, la religión... ¡No van á misa!... Le da á usted pena, es muy natural; pero le enviarán á usted mucho dinero... y usted lo cogerá y con mucha razón. Vea usted como no dice que no. Esto va á ser una lluvia de oro para todo el país... ¡Qué movimiento habrá! ¡Qué alboroto! Coches con cuatro caballos, postillones empolvados, *rallye-papers*, cázcas con galgos, bailes, fuegos artificiales... Y aquí, en este bosque,

en esta calle por donde vamos, encontraré otra vez quizás París, antes de poco tiempo. Aquí volveré á ver las dos amazonas y los dos pequeñitos, grooms de que yo le hablaba ahora. ¡ Si usted supiera qué bonitas están á caballo las dos hermanas! Una mañana he dado detrás de ellas toda la vuelta al bosque de Bolonia, en París. Aun me parece que las estoy viendo. Llevaban unos sombreros grises de copa, velitos negros bien pegados á la cara y dos largas amazonas sin talle, con una sola costura que bajaba por la línea de en medio de la espalda, ... y es necesario que las mujeres sean arrogantemente bien formadas para llevar amazonas de esa forma... Porque, mire usted, señor cura, con amazonas sin talle no hay trampa posible...

El cura, después de un rato, no prestaba ya ninguna atención á los discursos de Pablo. El coche se metió por una calle bastante larga y toda recta. Al final de esta calle el cura miraba venir á un jinete á galope.

—Mira tú, dijo el cura á Pablo, mira tú. Tú tienes mejor vista que yo. ¿ No es Juan aquel que viene por allí?

—Ya lo creo que sí, es Juan. Reconozco su yegua, torda.

A Pablo le gustaban mucho los caballos, y siempre, antes de mirar al jinete, miraba al caballo. Efectivamente era Juan, y viendo desde lejos al cura y á Pablo, agitó en el aire su kepis, en el cual llevaba dos galones de oro. Juan era teniente

en el regimiento de artillería, de guarnición en Souvigny.

Algunos instantes después se detenía al lado del cochecito, y dirigiéndose al cura le dijo:

—Vengo de casa, padrino, y Paulina me ha dicho que usted había ido á Souvigny para la venta... Pues bien, ¿quién ha comprado el castillo?

—Una americana: Mad. Scott.

—¿Y Blanche-Couronne?

—La misma Mad. Scott.

—¿Y la Rozeraie?

—Aún Mad. Scott.

—Y el monte... siempre lo mismo, madama Scott.

—Tú lo has dicho, replicó Pablo... La conozco yo á Mad. Scott... y nos vamos á divertir en Longueval... Yo te presentaré... Sólo que esto le da pena al señor cura... porque es americana, y por consiguiente, una protestante.

—¡ Ay! es verdad, pobre padrino mío... En fin, ya hablaremos de esto mañana. Yo iré á comer con usted, para lo que ya he prevenido á Paulina. No tengo tiempo de detenerme; estoy de semana y me es preciso estar en el cuartel á las tres.

—¿ Para la lección de esgrima?

—Sí, para la lección de esgrima... Hasta la vista, Pablo... Hasta mañana, padrino.

El teniente de artillería volvió á emprender el galope, y Pablo soltó las riendas á su caballo.

—Este Juan, dijo Pablo, es un buen muchacho.

—¡ Oh! sí.

—No hay nadie mejor en el mundo que Juan.

—No, no hay nadie mejor.

El cura se volvió para ver otra vez á Juan, que se iba perdiendo ya de vista en las profundidades del monte.

—¡ Oh! sí, lo es usted, señor cura.

—No, yo no, yo no.

—Pues bien, ¿quiere usted que yo le diga lo que pienso, señor cura? No hay nadie mejor en el mundo que ustedes dos. Esta era la pura verdad... ¡ Oh! mire usted qué buen sitio para trotar. Voy á dejar andar lo que quiera Niniche... Yo la he puesto Niniche.

Pablo con la punta del látigo acarició el costado de Niniche, que se puso á trotar con un paso del demonio, y muy contento decía:

—Pero mire usted cómo levanta las manos, señor cura, mire usted cómo levanta las manos. ¡ Y tan acompasada! Es una verdadera máquina... Inclínese usted para verla.

El cura, por dar gusto á Pablo, se inclinó un poco para ver cómo Niniche levantaba las manos... pero él iba pensando en otra cosa.

II

Este teniente de artillería se llamaba Juan Reynaud. Era hijo del médico del pueblo que reposaba en el cementerio de Longueval. Cuando el cura Constantino, en 1846, vino á tomar posesión de su pequeño curato, un doctor Reynaud, el abuelo de Juan, se encontraba instalado en una alegre casita que daba vistas á la carretera de Souvigny entre los dos castillos de Longueval y de Lavardens.

Marcelo, el hijo de este doctor Reynaud, terminaba en París sus estudios de medicina. Era un gran amigo del trabajo y dotado de una rara y distinguida inteligencia. Fué recibido con el número primero en el concurso del grado. Estaba resuelto á quedarse en París y á buscar allí la fortuna... y todo ya le prometía la más dichosa y brillante carrera, cuando recibió en 1852, la noticia de la muerte de su padre, ocasionada por un ataque de apoplejía. Marcelo acudió en seguida á Longueval, con el corazón desgarrado. Adoraba á su padre. Pasó un mes al lado de su madre, y, al cabo de este tiempo, habló un día de la necesidad de su vuelta á París.

—Este Juan, dijo Pablo, es un buen muchacho.

—¡ Oh! sí.

—No hay nadie mejor en el mundo que Juan.

—No, no hay nadie mejor.

El cura se volvió para ver otra vez á Juan, que se iba perdiendo ya de vista en las profundidades del monte.

—¡ Oh! sí, lo es usted, señor cura.

—No, yo no, yo no.

—Pues bien, ¿quiere usted que yo le diga lo que pienso, señor cura? No hay nadie mejor en el mundo que ustedes dos. Esta era la pura verdad... ¡ Oh! mire usted qué buen sitio para trotar. Voy á dejar andar lo que quiera Niniche... Yo la he puesto Niniche.

Pablo con la punta del látigo acarició el costado de Niniche, que se puso á trotar con un paso del demonio, y muy contento decía:

—Pero mire usted cómo levanta las manos, señor cura, mire usted cómo levanta las manos. ¡ Y tan acompasada! Es una verdadera máquina... Inclínese usted para verla.

El cura, por dar gusto á Pablo, se inclinó un poco para ver cómo Niniche levantaba las manos... pero él iba pensando en otra cosa.

II

Este teniente de artillería se llamaba Juan Reynaud. Era hijo del médico del pueblo que reposaba en el cementerio de Longueval. Cuando el cura Constantino, en 1846, vino á tomar posesión de su pequeño curato, un doctor Reynaud, el abuelo de Juan, se encontraba instalado en una alegre casita que daba vistas á la carretera de Souvigny entre los dos castillos de Longueval y de Lavardens.

Marcelo, el hijo de este doctor Reynaud, terminaba en París sus estudios de medicina. Era un gran amigo del trabajo y dotado de una rara y distinguida inteligencia. Fué recibido con el número primero en el concurso del grado. Estaba resuelto á quedarse en París y á buscar allí la fortuna... y todo ya le prometía la más dichosa y brillante carrera, cuando recibió en 1852, la noticia de la muerte de su padre, ocasionada por un ataque de apoplejía. Marcelo acudió en seguida á Longueval, con el corazón desgarrado. Adoraba á su padre. Pasó un mes al lado de su madre, y, al cabo de este tiempo, habló un día de la necesidad de su vuelta á París.

—Es verdad, le dijo ella, es preciso que te marches.

—¡Cómo! ¿que yo me marche?... Que nos marchemos los dos. ¡Crees tú que te voy á dejar aquí sola!... Yo te llevo.

—¡Ir yo á vivir á París!— ¿Abandonar este país donde he nacido, donde tu padre ha vivido y en donde él ha muerto?... Jamás podría hacer una cosa semejante. Vete solo, porque tu vida y tu porvenir están allí. Te conozco y sé que no me olvidarás, y que vendrás á menudo, sí, á menudo.

—No, madre mía, respondió él me quedaré. Renunció al viaje y sus esperanzas, sus ambiciones, todo se desvaneció para él en un minuto. No vió más que una cosa: su deber, que era no abandonar á su madre anciana y enferma. Halló en este deber, que tan sencillamente aceptó y con tanta naturalidad cumplió, su verdadera felicidad. Por otra parte, es lo cierto que en este mundo, en donde se encuentra la verdadera felicidad es en el cumplimiento del deber.

Marcelo se doblegó de buen grado á su nueva existencia. Continuó la vida de su padre y, colocando su sillón en el mismo sitio en que él lo había dejado... se entregó por completo, sin pensar y sin pensamiento alguno oculto, á la oscura profesión de médico de pueblo. Su padre le había dejado un poco de dinero y unas pocas tierras; y vivía lo más sencillamente del mundo, dedicando la mitad de su vida á los pobres, de los cuales

nunca quería recibir ni un solo céntimo. Este era su único lujo.

Una joven encontró en su camino, sin fortuna, pero encantadora y sola en el mundo, y se casó con ella. Esto acontecía en 1855, y el año entrante tenía reservado al doctor Reynaud un gran dolor y una gran alegría. La muerte de su anciana madre y el nacimiento de Juan.

En un espacio de seis semanas el padre Constantino rezó el oficio de difuntos sobre la tumba de la abuela, y derramó el agua del bautismo sobre la cabeza del nieto. A fuerza de encontrarse tantas veces á la cabecera de los que sufrían y de los que morían, el cura y el médico, con el mismo corazón y el mismo sentimiento, se atrajeron, y unidos se llegaron á creer de la misma familia, de la misma raza de los cariñosos, de los justos, y de los benéficos.

Los años se sucedieron unos á otros, en calma, apacibles, tranquilos, con la plena satisfacción del trabajo y del deber. Juan iba creciendo... Tomó de sus padres las primeras lecciones de ortografía, y con el cura las primeras lecciones de latín. Juan era inteligente y laborioso; hizo tales progresos que, los dos profesores, el cura sobre todo, al cabo de algunos años se encontraron en un verdadero conflicto. Su discípulo había llegado á ser demasiado adelantado para ellos. Entonces fué cuando la condesa, después de la muerte de su marido, vino á establecerse á Lavardens. Trajo un preceptor para su hijo Pablo, que era

un muchacho muy guapo, pero muy holgazán. Los dos niños eran de la misma edad y se conocían desde sus más tiernos años.

Mad. de Lavardens quería mucho al doctor Reynaud, y un día le hizo esta proposición:

—Envieme usted todas las mañanas á Juan; yo se lo devolveré por las noches. El preceptor de Pablo es un joven muy ilustrado y hará estudiar á nuestros dos hijos... Me hará usted un favor. Juan dará un buen ejemplo á Pablo.

Las cosas quedaron arregladas de este modo, y el aldeanito dió, en efecto, al pequeño aristócrata excelentes ejemplos de estudio y aplicación; pero estos excelentes ejemplos no fueron imitados.

La guerra se declaró. El 14 de Noviembre, á las siete de la mañana, los movilizados de Souvigny se reunieron en la plaza mayor de la ciudad; nombraron capellán al cura Constantino y médico al doctor Reynaud. La misma idea les vino al mismo tiempo á los dos; el cura tenía sesenta y dos años y el médico cincuenta.

El batallón, á la salida, tomó el camino que atravesaba por Longueval, y que pasaba por delante de la casa del doctor. Mad. Reynaud y Juan esperaban á la vera del camino. El niño se arrojó en los brazos de su padre: «Llévame, papá, llévame.» Mad. Reynaud lloraba, y el doctor los besó largo tiempo á los dos, continuando después su marcha.

El camino, á cien pasos de distancia, hacia un

recodó. El doctor se volvió y dirigió á su mujer y á su hijo una insistente mirada... la última. No debía verlos más.

El 8 de Enero de 1871, los movilizados de Souvigny atacaban la aldea de Villersexel, ocupada por los prusianos, que habían almenado los muros y hecho barricadas en las calles y en las casas. La fusilería rompió el fuego. Un movilizado que iba en primera fila recibió un balazo en medio del pecho y cayó. Hubo un momento de turbación y de indecisión. «¡Adelante! ¡adelante!» gritaron los oficiales. Los hombres pasaron por encima del cuerpo de su compañero, y sufriendo una granizada de balas, entraron en el pueblecito.

El doctor Reynaud y el cura Constantino seguían con las tropas. Se detuvieron al lado del herido. La sangre le salía á borbotones por la boca.

—No se puede hacer nada, dijo el doctor; se muere, y usted se encargará de él.

El cura se arrodilló al lado del moribundo, y el doctor, levantándose, siguió con todos al pueblo. No había andado aún diez pasos cuando se detuvo, extendió los brazos en cruz y cayó en tierra. El cura fué hacia él. Estaba muerto. Una bala que le entró en la sien le dejó cadáver.

Por la tarde el pueblecillo era nuestro, y al día siguiente se depositaba en el cementerio de Villersexel el cuerpo del doctor Reynaud. Dos meses después el cura Constantino traía á Longueval el féretro de su amigo, y detrás de este fére-

tro, á la salida de la iglesia, iba un huérfano. Juan también perdió á su madre. Al saber la noticia de la muerte de su marido permaneció durante veinticuatro horas anonadada, aniquilada, sin decir una palabra ni derramar una lágrima. En seguida la fiebre se apoderó de ella, después vino el delirio, y más tarde, al cabo de quince días la muerte.

Juan se encontraba solo en el mundo. Tenía catorce años. De esta familia, en la cual todos hacía un siglo eran buenos y honrados, no quedaba ya más que un niño, arrodillado delante de una tumba, y que prometía ser lo que había sido su abuelo y lo que había sido su padre, honrado y bueno. Existen familias en Francia, y muchas y muchas más que no se atreven á contarlos, siendo nuestro país en bastantes conceptos cruelmente calumniado por ciertos novelistas, cuyo único propósito es presentar cuadros violentos y exagerados. Ciertamente es que la historia de los hombres de bien es casi siempre monótona y triste. Este relato es la prueba más evidente de ello.

El dolor de Juan fué un dolor de hombre. Por mucho tiempo permaneció triste y silencioso. Por la tarde, después del entierro de su padre, el cura Constantino le llevó con él á su casa. El día había sido lluvioso y frío. Juan estaba sentado al lado de la lumbre. El sacerdote leía su breviario. La vieja Paulina iba y venía, arreglando la casa. Una hora pasó sin que se oyera una palabra, cuando Juan, de repente, levantó la cabeza:

—Padrino mío, dijo él, ¿mi padre me ha dejado dinero?

Esta pregunta era tan extraña, que el cura, estupefacto, creyó haber oído mal.

—¿Tú me preguntas si tu padre?...

—Le pregunto á usted, padrino mío, si mi padre me ha dejado dinero.

—Sí, él ha debido dejarte dinero.

—Mucho, ¿no es verdad? Yo he oído decir muchas veces en este país que mi padre era rico. Dígame usted, poco más ó menos, qué me ha dejado.

—Pues, yo no sé... Me preguntas unas cosas...

El pobre cura sentía desgarrársele el alma. ¡Semejante pregunta en estos momentos! Creía, sin embargo, conocer el corazón de Juan, y en él no debían caber pensamientos interesados.

—Le ruego á usted, padrino mío, que me lo diga. Después le explicaré por qué se lo pregunto.

—Pues bien; tu padre tenía, según se dice, doscientos ó trescientos mil francos.

—¿Y eso es mucho dinero?

—Sí, es mucho dinero.

—¿Y todo ese dinero es para mí?

—Sí, todo ese dinero es para ti.

—¡Ay! pues tanto mejor, porque el día en que mi padre fué muerto, allí, durante la guerra, los prusianos mataron al mismo tiempo que á él, al hijo de una pobre mujer de Longueval... la tía Clement, ¿lo sabe usted? Han matado también

al hermano de Rosalía, con quien yo jugaba de pequeño. Pues bien, puesto que soy rico, y puesto que ellas son pobres, yo quiero partir con la tía Clement y con Rosalía el dinero que me ha dejado mi padre.

Al oír estas palabras el cura se levantó, cogió las dos manos de Juan, y acercándolo hacia él, le estrechó en sus brazos. Su blanca cabeza vino á apoyarse sobre la rubia cabeza del niño. Dos gruesas lágrimas brotaron de los ojos del anciano sacerdote, rodaron lentamente por sus mejillas y vinieron á caer por las arrugas de su venerable cara.

Sin embargo, el cura creyó deber explicar á Juan que, si él era dueño de la herencia de su padre, no tenía aún el derecho de disponer de ella, á su antojo, porque debía tener un consejo de familia y un tutor.

—Usted lo será, sin duda alguna, padrino mío.

—No, yo no, hijo mío, un sacerdote no puede ser tutor. Se escojerá, yo creo, á Mr. Lenient, el notario de Souvigny, que era uno de los mejores amigos de tu padre. Tú le hablarás y le manifestarás tus deseos.

Mr. Lenient fué efectivamente designado por el consejo de familia para llenar las funciones de la tutela. Las instancias de Juan fueron tan vivas y tan conmovedoras, que el notario consintió en separar de las rentas una cantidad de dos mil cuatrocientos francos, que fué todos los años,

hasta la mayor edad de Juan, repartida entre la tía Clement y la niña Rosalía.

Had. de Lavardens, en tales circunstancias fué muy buena. Habló al cura Constantino.

—Cédame usted á Juan, le dijo. Déjemelo por completo hasta que concluya sus estudios. Yo se lo devolveré todos los años durante las vacaciones. No es un favor que yo voy á hacer á usted, es un favor que le pido. No puedo desear nada más dichoso para mi hijo. Me resigno á abandonar momentáneamente Lavardens; Pablo quiere ser militar y entrar en Saint-Cyr. Sólo en París encontraré los profesores y los recursos necesarios. Yo me llevaré á los dos, y serán educados juntos, á mi vista, como hermanos. No haré diferencia ninguna entre ellos, puede usted estar perfectamente persuadido de esto.

Era difícil no aceptar semejante proposición. El anciano sacerdote hubiera querido conservar á Juan á su lado, y su corazón se despedazaba con la idea de esta separación; pero ¿dónde estaba el interés del niño? Esto era lo único que tenía que preguntarse á sí mismo. Lo demás no le importaba... Llamaron á Juan.

—Hijo mío, le dijo Mad. de Lavardens, ¿quieres venir á vivir conmigo y con Pablo algunos años? Yo os llevaré á los dos á Paris.

—Usted es muy buena, señora, pero yo quisiera quedarme aquí.

El miraba al cura, que volvía la vista á otra parte.

30297

UNIVERSIDAD DE BURGOS
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO X LEON"
1875 MONTECAYO, 4222

—¿Para qué salir de aquí, continuó él, para qué quiere usted llevarnos á Pablo y á mí?

—Porque nada más que en París es en donde podéis acabar seria y útilmente vuestros estudios. Pablo se presentará para sus exámenes de Saint-Cyr. Ya sabes que quiere ser militar.

—Y yo también, señora, lo quiero ser.

—¡Tú soldado!... dijo el cura; pero esto no estaba en las ideas de tu padre... Muchas veces, en presencia mía, tu padre hablaba de tu porvenir y tu carrera. Tú debías ser médico, y como él, médico del campo, en Longueval... y como él, asistir á los pobres, y como él, cuidar á los enfermos. Juan, hijo mío, acuérdate.

—Me acuerdo, me acuerdo.

—Pues bien, entonces es preciso hacer lo que tu padre quería... Es tu deber Juan, es tu deber. Es preciso ir á París. Tú querrías quedarte aquí, ¡oh! esto yo lo comprendo... y yo también lo querría... pero no puedes ser... Es preciso ir á París, trabajar, y trabajar con fruto. No es eso lo que me inquieta, tú eres verdadero hijo de tu padre, serás honrado y laborioso. Que no se es lo uno sin lo otro. Y, un día en casa de tu padre, en este mismo sitio, en donde él hizo tanto bien, la pobre gente de este país volvería á encontrar otro doctor Reynaud, que también le servirá de consuelo. Y yo, si por casualidad, estoy todavía en este mundo el día que esto suceda, seré tan feliz, ¡tan feliz!... Pero hago mal de hablarte de mi persona... Yo no debía... yo no cuen-

to ya, yo... En tu padre es en quien hay que pensar. Te lo repito Juan, era este su mayor deseo. Tú no puedes haberlo olvidado.

—No, yo no lo he olvidado, pero si mi padre me viera y me oyera, estoy seguro de que me comprendería y me perdonaría, porque por él...

—¡Por él!

—Sí, cuando yo supe que había muerto y cómo había muerto, en seguida sin reflexionarlo resolví ser soldado... ¡y yo seré soldado!... Padrino mío, y á usted señora, le ruego encarecidamente que no me lo impida... Prorrumpió en llanto y se llenó de lágrimas en una verdadera crisis de desesperación. La condesa y el cura le calmaron con tiernas y consoladoras palabras.

—Sí, ... hombre, ... sí, hemos comprendido... lo que tú quieras, todo lo que quieras...

Los dos tuvieron la misma idea. Dejemos al tiempo que lo haga. Juan no es hoy más que un niño: él cambiará de parecer. En lo cual los dos se equivocaron; Juan no cambió de parecer.

En el mes de Septiembre de 1876, Pablo fué reprobado en Saint-Cyr y Juan obtuvo el número once de la Escuela Politécnica. El día que la lista de aspirantes admitidos se publicó, escribió al cura Constantino:

«He sido admitido y muy bien admitido, porque quiero salir al ejército y no quiero ir á carreras civiles... En fin, si conservo mi puesto en la escuela será cuestión de arreglarlo con alguno de mis compañeros. El tomará mi puesto.»

Lo cual sucedió... Juan hizo más que conservar su puesto. La clasificación de salida le dió el número siete. Pero en lugar de entrar en la escuela de caminos y canales, entró en la Escuela de Artillería de Fontainebleau, en 1878... Acababa de cumplir veintiún años. Era mayor de edad, por consiguiente dueño de su fortuna, y el primer acto de su administración fué un cuantioso desembolso. Compró para la Clement y para la niña Rosalía, que ya era una moza, dos títulos de á dos mil y quinientos francos de renta cada uno. Estos costaron setenta mil francos, casi la misma cantidad que Pablo en su primer año de libertad en París, gastó con Mlle. Lisa Bruyère artista del Palais Royal.

Dos años después, Juan salió con el número primero de la Escuela de práctica, lo que le daba el derecho de escoger entre las vacantes. Había una en el regimiento acuartelado en Souvigny, y Souvigny distaba tres kilómetros de Longueval, pidió dicho puesto y lo obtuvo.

He ahí cómo Juan Reynaud, teniente del 9.º Regimiento de artillería, vino en el mes de Octubre de 1880 y volvió á tomar posesión de la casa del doctor Marcelo Reynaud. He aquí cómo se volvió á encontrar en este país en donde había transcurrido su niñez, y en donde todo el mundo habla conservado el recuerdo de la vida y de la muerte de su padre. He aquí cómo el cura Constantino no se vió privado ya de la alegría de volver á ver al hijo de su amigo... Y, para decirlo

todo, perdonaba ya á Juan el no haberse hecho médico. Cuando el anciano sacerdote salía de su iglesia, después de haber dicho su misa, y veía flotar sobre el camino una nube de polvo, cuando oía temblar la tierra, bajo el rodar de los cañones... se detenía, y como un niño, tenía un gran placer en ver pasar el regimiento... ¡Pero el regimiento, para él, era Juan! El robusto y vigoroso jinete en cuyas facciones se leían claramente la rectitud, el valor y la benevolencia.

Juan, en cuanto veía de lejos al cura, ponía á galope su caballo y venía á hablar un poco con su padrino. El caballo de Juan volvía la cabeza hacia el sacerdote porque ya sabía que siempre llevaba un terrón de azúcar para él dentro del bolsillo de la vieja sotana, raída y remendada, sotana que tenía para las mañanas. El cura tenía otra hermosa, muy nueva, que la cuidaba mucho... para presentarse delante de la gente cuando iba al Castillo.

Los clarines del regimiento tocaban mientras atravesaba el pueblo... y todas las miradas buscaban á Juan, á Juanito. Porque, para los viejos de Longueval, siempre se había llamado Juanito. Cierta aldeano, ya muy viejo y cascado, no podía dejar la costumbre de saludarte, cuando pasaba con un: «Eh! adiós pillín, ¿va bien?» Y este pillín tenía seis pies de altura.

Y Juan, no atravesaba una vez el pueblo, sin mirar, en dos ventanas, la cara apergaminada de la tía Clement y la risueña fisonomía de Rosa-

lia. Esta última, el año anterior, se había casado. Juan había sido testigo de su boda; y alegremente, aquella noche bailó con las mozas de Longueval.

Este era el teniente de artillería que el sábado 28 de Mayo de 1881, hacia las cinco de la tarde, echó pie á tierra delante de la puerta de la casa del cura de Longueval. Entró, y su caballo le siguió dócilmente, yéndose él mismo solo á colocarse debajo de un pequeño cobertizo que había en el patio. Paulina estaba asomada á la ventana de la cocina, en el piso bajo, y Juan se acercó y la besó, cordialmente en ambas mejillas.

—¿Felices días, mi buena Paulina, cómo te va?

—Muy bien... Me estoy ocupando en tu comida... ¿Quieres saber lo que vas á tener? Sopa con patatas, una pierna de carnero asada y huevos con leche...

—¡Admirable! adoro todo eso y tengo mucha hambre.

—Y ensalada, que ya se me olvidaba, y que por cierto me ayudarás en seguida á cogerla. Comeremos á las seis y media en punto, porque esta tarde, á las siete y media, tiene el señor cura sus oficios del mes de María.

—¿Dónde está el Padrino?

—En el jardín... y bien triste que está por cierto el señor cura, á causa de la venta verificada ayer.

—Sí, ya lo sé, ya sé...

—Con verte á ti se repondrá un poco. ¡Se pone

tan contento cuando estás aquí! Mira, ten cuidado... Loulou se va á comer los rosales de enredadera... ¡Cómo suda Loulou!

—He dado una gran vuelta por los montes y andado de prisa.

Juan cogió por la cabezada á Loulou que se había acercado á los rosales de enredadera, le quitó la brida y la silla, le ató al cobertizo, y en un santiamén, con un manojo de paja en la mano le frotó por todo el cuerpo, después de lo cual entró en la casa, se desembarazó de su sable, cambió su kepis por un sombrero viejo de paja de cinco sueldos, y se fué á buscar al cura al jardín.

Estaba muy triste efectivamente, el pobre cura. No había pegado los ojos en toda la noche, él, que por costumbre dormía con tanta facilidad, tan dulcemente y con el celestial sueño de un niño. Sentía su alma destrozada. Longueval estaba ya en manos de una extranjera, de una hereje, de una aventurera. Juan repetía lo que Pablo había dicho la víspera:

—Usted tendrá dinero, y mucho dinero para sus pobres.

—¡Dinero! ¡Dinero!... Sí, mis pobres no lo perderán; tal vez ganarán... Pero este dinero será preciso que yo vaya á pedirlo, y en el salón, en lugar de mi anciana y querida amiga, encontraré á la americana de cabellos rojos—¡pues de este color dicen que los tiene!—Iré, ya lo creo, por mis pobres, sí, iré... Y ella me dará el dinero para ellos, pero no me dará más que dinero. La

marquesa daba otra cosa. Daba su vida y su corazón... Ibamos juntos todas las semanas á visitar á los pobres y á los enfermos. Ella conocía todos los sufrimientos y todas las miserias del país, y cuando estaba sujeto en mi sillón por la gota, ella hacía la visita sola, tan bien y mejor que yo.

Paulina vino á interrumpir la conversación. Llegó con una inmensa ensaladera de porcelana, en la que se desbordaban chillónis y grandes flores encarnadas.

—Aquí estoy, dijo Paulina; vengo á hacer la ensalada... Juan, ¿tú quires lechuga romana ó achicorias pequeñas?

—Achicorias pequeñas, respondió Juan alegremente... Hace ya mucho tiempo que no las he comido.

—¡Pues bien! Tú las tendrás esta tarde... Toma, coge la ensaladera...

Paulina se puso á cortar las achicorias y Juan se inclinaba para recibir las hojas en la grande ensaladera. El cura los observaba atentamente.

En este momento, un ruido de cascabeles se oyó á lo lejos. Un coche, sonando un poco á hierro viejo, se aproximaba... El jardinito del cura Constantino no estaba separado del camino más que por un seto muy bajo, á la altura del apoyo natural, en cuyo centro tenía una puertecita con montante.

Todos tres miraron y vieron venir una carretela de alquiler, de forma primitiva, á la que iban

enganchados dos caballos percherones blancos, guiados por un viejo cochero con blusa. Al lado de éste venía sentado un robusto criado con librea de la más severa y la más perfecta corrección. Dentro del coche venían sentadas dos señoritas, jóvenes las dos, con igual traje de viaje, muy elegante y muy sencillo.

Cuando el coche estuvo delante del seto del jardín, el cochero detuvo los caballos, y dirigiéndose al cura:

—Señor cura, le dijo: estas señoras le buscan á usted.

Después volviéndose hacia el interior:

—Ahí está, añadió, el señor cura de Longueval.

El cura Constantino se aproximó y abrió la puertecita. Las viajeras bajaron del coche. Sus miradas se fijaron, no sin asombro, en aquel joven oficial que allí se hallaba con su sombrero de paja en la mano derecha y en la izquierda su gran ensaladera llena, rebosando achicorias.

Las dos señoras entraron en el jardín... y la de menos edad—parecía tener unos veinticinco años,—dirigiéndose al cura Constantino, le dijo con un cierto acento extranjero, muy particular.

—Me veo precisada, señor cura, á presentarme yo misma... Mad. Scott. Soy Mad. Scott. Soy yo la que ayer ha comprado el castillo... y la granja... y lo demás de sus alrededores. ¿Mo-

lestaría á usted si puede, al menos, concederme cinco minutos?

Después señalando á su compañera de viaje:—Miss Bettina Percival... mi hermana, me figuro que usted lo habrá adivinado.

¿Nos parecemos mucho, no es verdad? ¡ay! Bettina... Hemos olvidado en el coche, nuestros saquitos de viaje,... y nos hacen falta.

—Voy á traerlos.

Y como miss Percival se preparaba á ir á buscar los dos saquitos de viaje, Juan la dijo:

—Ruego á usted, señorita, me permita ir por ellos.

—Siento mucho, señor, causar á usted esta incomodidad... El criado los traerá... Están en el asiento de delante.

Bettina tenía el mismo acento que su hermana, los mismos ojos grandes, negros, risueños y alegres, y los mismos cabellos—no rojos,—sino rubios con reflejos dorados en donde con una suma delicadeza brillaba la luz del sol. Saludó á Juan con una bonita sonrisa, y éste entregando á Paulina la ensaladera de achicorias, se fué á buscar los dos saquitos de viaje.

Durante este momento el cura Constantino introducía en su casa á la nueva dama del castillo de Longueval.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO"
Apto. 1625 MONTANPEY, MEXICO

III

No era un palacio la casa del cura de Longueval. La misma pieza, en el piso bajo, servía para salón y comedor, comunicándose directamente con la cocina por una puerta grande y siempre abierta; y esta pieza estaba guarnecida con el mobiliario más triste y sencillo que puede verse: dos viejos sillones, seis sillas de paja, un aparador y una mesa redonda. Sobre esta mesa Paulina había puesto ya los dos cubiertos para el cura y para Juan.

Mad. Scott y miss Percival iban y venían, y examinando con una especie de curiosidad infantil la habitación del cura.

—Pero el jardín, la casa, todo es encantador, decía Mad. Scott.

Entraron las dos resueltamente en la cocina. El cura Constantino las seguía sofocado, estupefacto y asustado de la brusca y repentina invasión americana. La vieja Paulina, con aire inquieto y sombrío miraba á las dos extranjeras.

—¡Aquí están, se decía ella, estas herejes, estas condenadas!

Y con sus manos agitadas y temblorosas con-

lestaría á usted si puede, al menos, concederme cinco minutos?

Después señalando á su compañera de viaje:—Miss Bettina Percival... mi hermana, me figuro que usted lo habrá adivinado.

¿Nos parecemos mucho, no es verdad? ¡ay! Bettina... Hemos olvidado en el coche, nuestros saquitos de viaje,... y nos hacen falta.

—Voy á traerlos.

Y como miss Percival se preparaba á ir á buscar los dos saquitos de viaje, Juan la dijo:

—Ruego á usted, señorita, me permita ir por ellos.

—Siento mucho, señor, causar á usted esta incomodidad... El criado los traerá... Están en el asiento de delante.

Bettina tenía el mismo acento que su hermana, los mismos ojos grandes, negros, risueños y alegres, y los mismos cabellos—no rojos,—sino rubios con reflejos dorados en donde con una suma delicadeza brillaba la luz del sol. Saludó á Juan con una bonita sonrisa, y éste entregando á Paulina la ensaladera de achicorias, se fué á buscar los dos saquitos de viaje.

Durante este momento el cura Constantino introducía en su casa á la nueva dama del castillo de Longueval.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO"
Apto. 1625 MONTANPEY, MEXICO

III

No era un palacio la casa del cura de Longueval. La misma pieza, en el piso bajo, servía para salón y comedor, comunicándose directamente con la cocina por una puerta grande y siempre abierta; y esta pieza estaba guarnecida con el mobiliario más triste y sencillo que puede verse: dos viejos sillones, seis sillas de paja, un aparador y una mesa redonda. Sobre esta mesa Paulina había puesto ya los dos cubiertos para el cura y para Juan.

Mad. Scott y miss Percival iban y venían, y examinando con una especie de curiosidad infantil la habitación del cura.

—Pero el jardín, la casa, todo es encantador, decía Mad. Scott.

Entraron las dos resueltamente en la cocina. El cura Constantino las seguía sofocado, estupefacto y asustado de la brusca y repentina invasión americana. La vieja Paulina, con aire inquieto y sombrío miraba á las dos extranjeras.

—¡Aquí están, se decía ella, estas herejes, estas condenadas!

Y con sus manos agitadas y temblorosas con-

tinuaba maquinalmente mondando sus achicorias.

—Doy á usted mi más cumplida enhorabuena, señorita, la dijo Bettina; su cocina de usted está muy bien areglada. Mira, Suzie, ¿no es en todo y por todo la casa del cura que tú soñabas?

—Y también el cura, continuó Mad. Scott. ¡Ah! sí, señor cura, ¿quiere usted dejarme que le diga una cosa? ¡Si usted supiera qué dichosa soy viéndole tal como es! En el ferrocarril, esta mañana, Bettina, ¿qué te decía yo, y aún hace un momento en el coche?

—Mi hermana me decía, señor cura, que lo que ella deseaba antes que todo, era encontrarse con un cura que no fuera un joven, ni triste, ni menos severo, y para decirlo de una vez, un cura de cabellera blanca, con aspecto bondadoso y dulce.

—Y usted es, por todos conceptos, así, señor cura, y por todos estilos. Nosotras no le podemos encontrar á usted mejor. Excúseme usted, y se lo ruego, de hablarle de ese modo. Las parisienses saben muy bien dar las formas bellas á sus frases, de una manera caprichosa y complicada. Yo no sé hacerlo, y tendría mucha dificultad en expresar mis ideas si no dijese las cosas sencilla y naturalmente, según se me van ocurriendo. En fin, estoy contenta, muy contenta, y espero que usted también, señor cura, lo estará y mucho, de sus nuevas feligreses.

—¡Mis feligreses! dijo el cura encontrando ya el don de la palabra, el don del movimiento, el

don de la vida y todos los dones, que hacía algunos minutos le habían abandonado por completo. ¡Mis feligreses! Dispéñseme usted, señora, señorita... ¡Es tan grande la emoción que siento en este momento! ¿Serían ustedes católicas?

—Ya lo creo que somos católicas.

—¡Católicas! ¡católicas! repitió el cura.

—¡Católicas! ¡católicas! exclamó la vieja Paulina, que apareció satisfecha y llena de alegría, levantando los brazos al cielo en el umbral de la puerta de la cocina.

Mad. Scott. miraba al cura, miraba á Paulina, muy asonbrada de haber producido tanto efecto con una sola palabra. Y para completar el cuadro, Juan se presentó trayendo los saquitos de viaje. El cura y Paulina le saludaron con la misma frase:

—¡Católicas! ¡católicas!

—¡Ah! ya comprendo, dijo riéndose madame Scott; es nuestro nombre, nuestro país. ¿Ustedes han creído que éramos protestantes? Nada de eso; nuestra madre era una canadiense, de origen francés y católica, y he aquí por qué mi hermana y yo hablamos francés con un poco de acento, sin duda, y con ciertos modismos americanos; en fin, con cierta manera particular de expresar casi todo lo que queremos decir. Mi marido es protestante, pero me deja entera libertad en este punto, y mis dos niños son católicos. Por esta razón tan poderosa, señor cura, es por lo que

hemos querido, desde el primer día, venir á verle á usted.

—Para esto, continuó Bettina, y para otra cosa... pero para esta otra cosa tenemos necesidad de nuestros saquitos de viaje.

—Aquí están, señorita, respondió Juan.

—Este es el mío.

—Y aquí está el mío.

Durante este instante, pasaron los saquitos de viaje á las manos de Mad. Scott y de Bettina, y el cura presentaba á Juan á las dos americanas; pero se encontraba aún tan conmovido, que la presentación no fué completamente en regla. El cura se olvidó de una cosa sumamente esencial en toda presentación: el apellido de Juan.

—Este Juan, dijo él, es ahijado mío y teniente de artillería en el regimiento de guarnición en Souvigny. Es de casa.

Juan hizo dos profundos saludos. Las americanas eran dos muchachas. En seguida se pusieron á escudriñar sus sacos y sacaron cada una un cartucho de mil francos, lindamente encerrados en estuchitos verdes de piel de serpiente con filetes de oro.

—Yo le traía á usted esto para sus pobres, señor cura, dijo Mad. Scott.

—Y yo también esto, dijo Bettina.

Delicadamente dejaron escurrir en la mano derecha y en la izquierda del anciano sacerdote su ofrenda, y éste, mirando alternativamente á una y otra mano, se decía:

—¿Qué serán estas dos cositas? Pesan bastante. Debe haber oro dentro... Sí, pero ¿cuánto? ¿cuánto?

El cura Constantino tenía setenta y dos años, y por sus manos había pasado mucho dinero sin detenerse en su poder mucho tiempo, es cierto; pero era siempre en pequeñas cantidades, y la sospecha de una dádiva de tanta magnitud no le podía entrar en su cabeza. ¡Dos mil francos! Jamás había tenido en su poder dos mil francos, ni aún siquiera mil.

De modo que, no sabiendo la cantidad que le daban, tampoco sabía cómo agradecerlo. Balbuceaba y decía:

—Estoy muy agradecido, señora; usted es muy buena, señorita.

En fin, como no lo agradecía lo bastante, Juan creyó de su deber intervenir en la conversación.

—Padrino, estas señoras acaban de dar á usted dos mil francos.

Entonces, embargado por la emoción y el reconocimiento, el cura exclamó:

—¡Dos mil francos! ¡Dos mil francos para mis pobres!

Paulina hizo una nueva y brusca aparición, y repitió:

—¡Dos mil francos! ¡Dos mil francos!

—Así parece, dijo el cura, así parece. Mira, Paulina, toma este dinero y ten mucho cuidado...

La vieja Paulina tenía muchos cargos en la casa; era criada, cocinera, farmacéutica y teso-

ra. Sus manos recibieron con un temblor respetuoso los dos cartuchitos de oro, que representaban tantas miserias consoladas y tantos dolores disminuídos.

—No es esto todo, señor cura, dijo madama Scott; le daré á usted quinientos francos todos los meses.

—Y yo haré lo mismo que mi hermana.

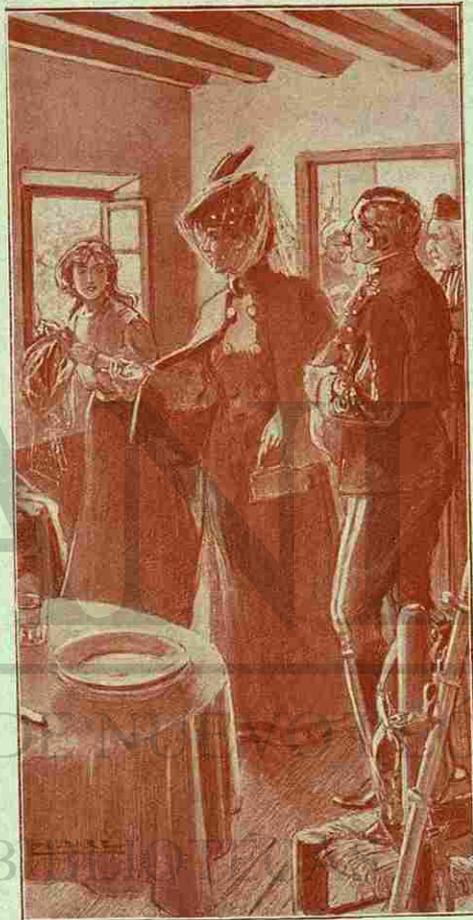
—¡Mil francos al mes! Pero entonces ya no va á haber pobres en el país.

—Ese es nuestro más vehemente deseo. Soy rica, muy rica... y mi hermana también... casi más rica que yo... porque á una joven soltera le cuesta trabajo gastar mucho... mientras que yo... ¡Ah, yo!... Todo lo que puedo, gasto todo lo que puedo! Cuando se tiene mucho dinero, cuando se tiene demasiado y mucho más que lo justo, dígame usted, señor cura, para que se le perdone á una este delito, ¿es verdad que no hay otro medio mejor que procurar tener siempre las manos llenas y abiertas, dando sin duelo cuanto más se pueda y lo mejor que se pueda? Ahora me vá usted á hacer el favor de darme algo también.

Y dirigiéndose á Paulina:

—Sería usted muy amable, señorita, trayéndome un vaso de agua fresca. Nada, nada más que eso... un vaso de agua fresca... porque... me muero de sed.

—Y yo, dijo Bettina riéndose, mientras que Paulina corría para buscar el vaso de agua, me muero de algo más formal y positivo, me muero



de hambre... Señor cura... esto ya sé yo que es una indiscreción horrible... Pero estoy viendo que usted tiene ya puesto su cubierto en la mesa... ¿No podría usted convidarnos á comer en su compañía?

—¡ Bettina! dijo Mad. Scott.

—Déjame, Suzie, déjame pues... ¿No es verdad, señor cura, que usted lo desea ya con gusto?

Pero el pobre cura no encontraba cómo responder. No sabía enteramente en dónde estaba. ¡Tomaban por asalto su casita! ¡Eran católicas! ¡Létraian dos mil francos! ¡Le prometían mil francos todos los meses! ¡Y querían comer con él! ¡Ay! este era el golpe final. El asombro se apoderaba de él con el solo pensamiento de tener que hacer los honores con una pierna de carnero y huevos con leche á estas dos americanas locamente ricas que se debían alimentar de cosas extraordinarias, fantásticas y no conocidas. El murmuraba:

—¡ Comer!... ¡ Comer!... ¿Ustedes querían comer aquí?

Juan creyó deber intervenir otra vez.

—Mi padrino se verá muy contento, dijo él, si ustedes quieren aceptar; solamente comprendo lo que le tiene de intranquilo... Debíamos comer juntos los dos, y es preciso, señoras, que no esperen ustedes encontrarse con un gran banquete... En fin, ustedes serán indulgentes.

—Sí, sí, muy indulgentes, respondió Bettina. Después, dirigiéndose á su hermana:

—Vamos, Suzie, no hagas muecas porque yo

haya sido un poco... Tú sabes que es mi costumbre ser un poco... Nos quedaremos, ¿quieres? Esto nos proporcionará el descanso de pasar una hora aquí bien tranquilas. ¡Hemos tenido un día en el ferrocarril... en el coche... con el polvo... con el calor!... ¡Hemos almorzado tan mal en un sucísimo hotel!... Debíamos volver á comer á las siete en el mismo hotel, para volver á tomar en seguida el tren de París... Pero comer aquí será realmente mucho más bonito. No me digas que no... ¡Ah! ¡Qué buena eres, Suzie mía!

Y ella besó con mucha zalamería y cariño á su hermana, y volviéndose hacia el cura:

—¡ Si usted supiera qué buena es!

—¡ Bettina! ¡ Bettina!

—Vamos, dijo Juan, pronto, Paulina, dos cubiertos. Te voy á ayudar.

—¡ Y yo también! exclamó Bettina, yo también voy á ayudarla. ¡ Oh! se lo ruego, ¡ me divertirá esto tanto! Sólo, señor cura, usted me permitirá ponerme un poco más á mi gusto.

Con viveza se quitó en seguida su abrigo, y Juan pudo admirar la exquisita perfección de un talle de maravillosa flexibilidad y gracia.

Miss Percival en seguida se quitó su sombrero, pero con un poco de prisa, y fué la señal de una deliciosa desbordación. Toda una avalancha de pelo se soltó y se repartió, como torrentes, en largas cascadas sobre sus hombros; se hallaba entonces delante de una ventana, por donde en-

traban los rayos del sol... y esta luz brillante vino á reflejar de lleno sobre su dorada cabellera, y puso, rodeada de un delicioso cerco, la encantadora belleza de la joven. Confusa y enrojecida, Bettina llamó á su hermana en su socorro, y Mad. Scott se dió gran pena para arreglar debidamente este desórden.

Quando la catástrofe fué ya reparada, nada pudo impedir á Bettina el precipitarse sobre los platos, los cuchillos y los tenedores.

—Pero caballero, decía á Juan, yo sé muy bien poner los cubiertos. Pregunte usted á mi hermana... ¿ Dime Suzie, cuando era pequeñita en Nueva York, no es verdad que ponía yo muy bien los cubiertos?

—Sí, muy bien, respondió Mad. Scott.

Y rogando ella también al cura que excusara la indiscreción de Bettina, se quitó su sombrero y su abrigo, y Juan esta vez aun tuvo el agradable espectáculo de un talle encantador y unos cabellos admirables. Pero el desbordamiento, con gran sentimiento de Juan, no tuvo segunda representación.

Algunos minutos después Mad. Scott, miss Percival, el cura y Juan tomaban sitio alrededor de la mesita del comedor.

Después, con mucha rapidez, gracias á la sorpresa y á la originalidad del encuentro, y gracias sobre todo al buen humor y á la alegría, un poco atrevida de Bettina, la conversación tomó

el tono de la más franca y más cordial familiaridad.

—Usted va á ver, señor cura, usted va á ver, si yo he mentido, cuando he dicho que me moría de hambre. Le prevení á usted que voy á devorar. Nunca me he puesto á la mesa con tanto placer. ¡Esta comida va á dar fin tan bueno á nuestra expedición! ¡Estamos tan contentas mi hermana y yo de haber comprado este castillo, estas granjas y estos bosques!

—Y de haberlo adquirido de una manera tan rara y tan imprevista. ¡Estábamos tan lejos de esperar esto!

—Bien puedes decir Suzie que no lo esperábamos de ninguna manera... Sepa usted, señor cura, que ayer era el santo de mi hermana... Pero por de pronto señor... caballero Juan, ¿no es verdad?

—Sí, señorita, caballero Juan.

—Pues bien, caballero Juan, deme usted todavía, se lo ruego, un poco más de esta excelente sopa.

El cura Constantino empezaba á reponerse y á encontrarse ya mejor, pero estaba todavía muy agitado para cumplir con la corrección debida, sus deberes de amo de casa; Juan era, por consiguiente el que había tomado la dirección de la modesta comida de su padrino. Llenó hasta arriba el plato de esta encantadora americana, que tan resueltamente, tenía fijos en él sus hermosos ojos, en los que brillaban la franqueza, la resolu-

ción, y la alegría. Los ojos de Juan, por otra parte pagaban á miss Percival con la misma moneda. No hacía todavía tres cuartos de hora, que, en el jardín del cura, la joven americana y el joven oficial por la primera vez, se habían dirigido la palabra, y los dos ya se sentían uno enfrente del otro, perfectamente á sus anchas, en plena confianza, y casi como camaradas.

—Le decía á usted, señor cura, volvió á decir Bettina, que era ayer el santo de mi hermana, su cumpleaños. Mi cuñado, hace ocho días se vió precisado á salir para América; pero al marcharse había dicho á mi hermana: «Yo no estaré aquí el día de tu cumpleaños, pero tú tendrás, sin embargo, noticias mías.» Ayer, pues, llegaron á nuestra casa regalos y ramos de flores, un poco de todo; pero mi cuñado, hasta las cinco, nada... nada. Ibamos á dar una vuelta, las dos por el bosque á caballo... y, á propósito de caballos...

Ella se detuvo é inclinándose un poco á su lado, miró con curiosidad las botas empolvadas de Juan, y exclamó:

—¿Pero caballero, usted tiene espuelas?

—Sí, señorita.

—¿Está usted en caballería?

—Estoy en artillería, señorita, y la artillería tiene caballería.

—¿Y su regimiento de usted está de guarnición?

—Muy cerca de aquí.

—¿Pues entonces montará usted á caballo con nosotras?

--Con el mayor gusto, señorita.

—Está dicho. ¿Vamos á ver, dónde estaba yo?

—Ya no sabes donde estás, Bettina, y cuentas á estos señores cosas que para nada les pueden interesar.

—¡ Oh! perdone usted, señora, dijo el cura. La venta de este castillo—no hay cuestión más importante en el país en este momento,—y la relación de la señorita nos interesa mucho.

—Tú ves, Suzie, mi narración interesa mucho al señor cura... Por lo que continuó. Salimos á caballo y volvimos á casa á las siete, y nada... Comimos, y en el momento de levantarnos de la mesa, llega un despacho telegráfico de América, con dos líneas solamente. «He mandado comprar para vosotras, hoy y en nombre vuestro, el castillo y propiedad de Longueval, cerca de Souvigny en la línea del Norte.» Entonces nosotras tuvimos las dos un acceso loco de risa, pensando...

—No, no, Bettina esto no es cierto. Tú nos calumnias á las dos. Nosotras tuvimos, desde luego, un movimiento bien sincero de emoción y de agradecimiento. Nos gusta mucho el campo á mi hermana y á mí. Mi marido, que es un hombre excelente, sabía que nosotras deseábamos vivamente tener tierras en Francia. Hacía seis meses que él buscaba, y no encontraba nada. Al fin, y sin decirnos nada á nosotras, había hallado este castillo, que se vendía precisamente el

día de mis cumpleaños... Era un obsequio muy delicado.

—Si, Suzie, tienes razón; pero después del pequeño momento de emoción, hubo un gran acceso de alegría.

—Esto yo lo reconozco... Cuando nos hicimos esta reflexión las dos, porque lo que es de una es de otra,—propietarias de un castillo sin saber dónde se encontraba ese castillo, cómo estaba hecho, y cuánto había costado, parecía de tal modo un cuento de hadas...

—En fin, durante cinco largos minutos, de todo corazón nos hemos reído... Después nos apoderamos de un mapa de Francia, y obtuvimos el resultado, no sin trabajo, de descubrir dónde estaba Souvigny. Después del Atlas le tocó la vez á un indicador de ferrocarriles y esta mañana, por expreso á las diez echábamos pie á tierra en Souvigny.

Hemos pasado todo el día visitando el castillo, las caballerizas, y las granjas. No lo hemos visto todo, porque es inmenso... pero estamos encantadas de todo lo que hemos visto; solamente señor cura, hay una cosa que me intriga. Sé que el dominio se vendió ayer en pública subasta... Por todo el camino he visto los grandes carteles... Pero á las personas, administradores y colonos, que me han acompañado en mi paseo, no me he atrevido á preguntarles—porque mi ignorancia hubiera parecido tan loca!—cuánto me había costado todo esto. Mi marido en su telegrama se

olvidó de decírmelo... Desde el momento que estoy encantada de la compra, esto no es más que un pequeño detalle, pero me alegraría saberlo. Dígamelo usted, señor cura, si lo sabe, dígame el precio.

—Un precio enorme, respondió el cura, porque muchas esperanzas y muchas ambiciones se agitaban en pos de Longueval.

—¡Un precio enorme! Usted me asusta... ¿Cuánto es con exactitud?

—¡Tres millones!

—¡Sólo eso! exclamó Mad. Scott; el castillo, las granjas, el bosque, todo por tres millones.

—Sí, tres millones.

—Pero eso no es nada, dijo Bettina. Este delicioso riachuelo que se pasea por el parque vale los tres millones.

—Y usted decía, hace un momento señor cura, preguntó Mad. Scott, usted decía que había muchas personas que nos disputaban las tierras y el castillo.

—Sí, señora.

—¿Y delante de esas personas, después de hecha la venta, se ha pronunciado mi nombre?

—Sí, señora.

—¿Y cuando ha sido pronunciado mi nombre, ha habido allí alguno que me conociera y hablara de mí?... Sí... Sí... Su silencio de usted me responde... han hablado de mí... ¡Pues bien! señor cura, me pongo seria, muy seria... Le ruego á

usted, que por Dios me cuente lo que han dicho de mí.

—Pero, señora, respondió el pobre cura que se hallaba en ascuas, han hablado de su gran fortuna de usted...

—Sí, han debido hablar de esto; sin duda ninguna han debido decir que yo era muy rica... y, desde hace poco tiempo... es decir: rica de pronto... ¿no es verdad? Bien, muy bien; pero esto no ha sido todo, han debido decir á usted algo más.

—Yo no, yo no he oído nada...

—¡Oh! señor cura, usted dice lo que se llama una piadosa mentira... y yo le estoy haciendo sufrir, porque usted debe ser la sinceridad personificada. Pero si yo le atormento así, es porque tengo interés en saber lo que han dicho, lo que...

—Dios mío, señora, interrumpió Juan, tiene usted razón; han dicho otra cosa, y mi padrino se encuentra algo confuso para contarle; pero puesto que usted lo desea absolutamente, se ha dicho que usted era una de las mujeres más elegantes, más brillantes y más...

—¿Y de las más bonitas mujeres de París? Han podido decir eso—y con un poco de indulgencia—pero todavía no es eso todo. Hay otra cosa...

—¡Ah! ¡Vaya!

—Sí, hay otra cosa, y desearía tener con usted ahora mismo una explicación bien terminante y bien franca. No lo sé, pero me parece que tengo

hoy la mano feliz... me lo parece—es tal vez un poco pronto para decir esta palabra—pero me parece que ustedes son ya algo amigos míos... y que algún día lo serán del todo. Pues bien; díganme ustedes si es cierto que corren absurdas y falsas historias sobre mi vida; ¿no tengo razón para pensar que ustedes me ayudarán á desmentirlas?

—Sí, señora, respondió Juan vivamente, tiene usted razón para pensar así.

—Y bien, á usted, caballero, es á quien yo me dirijo. Usted es soldado, y su oficio es tener valor... Prométame usted ser valiente... ¿Me lo promete usted?

—¿Qué entiende usted, señora, por ser valiente?

—Prométame usted... prométamelo, sin explicaciones, sin condiciones.

—Pues bien, yo se lo prometo...

—Me va usted á responder francamente por un sí ó por un no á las preguntas que voy á hacerle...

—Yo responderé.

—¿Le han dicho á usted que yo había pedido limosna por las calles de Nueva York?

—Sí, señora, me han dicho eso.

—¿Y que había yo sido amazona de un circo ambulante?

—Sí, me lo han dicho.

—Corriente. Así se habla. Bueno. Note usted desde luego que en todo esto no habría nada que

no pudiera confesarse... Pero si esto no es verdad, ¿no tengo yo el derecho de decir que no es verdad? Y esto no es cierto. Mi historia, en pocas palabras, se la voy á contar á ustedes; y si yo se la cuento así desde el primer día, es para que tengan la bondad de decirla á todos los que hablen de mí... Voy á pasar una parte de mi vida en este país, y por eso deseo que se sepa de dónde vengo y quién soy. Empiezo, pues. Pobre, sí, he sido muy pobre. Hace ya de esto ocho años. Acababa de morir mi padre y muy pronto le siguió mi madre. Tenía yo entonces diez y ocho años y Bettina nueve. Nos quedamos solas en el mundo con muchas y muy grandes deudas y un pleito. La última palabra de mi padre fué: «Suzie, sobre el proceso, no transijas jamás, jamás, jamás. ¡Millones, hijas mías, tendréis millones!» Nos besó á Bettina y á mí... Le sobrevino un fuerte delirio, y murió repitiendo: «¡Millones!» Un agente de negocios se presentó al día siguiente y me ofreció pagar todas las deudas y darme además diez mil pesos si yo le vendía todos mis derechos al pleito. Se trataba de la posesión de una extensión grande de terrenos en el río, Colorado... Rehusé. Entonces fué cuando durante algunos meses éramos muy pobres.

—Entonces era, dijo Bettina, cuando yo ponía el cubierto.

—Pasé mi vida entre los agentes y corredores de Nueva York... pero nadie quería encargarse de mis asuntos. Por todas partes me daban la mis-

ma respuesta: «Su pleito de usted es muy dudoso; tiene usted adversarios ricos y temibles; es necesario dinero, y mucho dinero, para llegar hasta el fin del pleito... y usted no tiene nada... Se la ofrece pagar sus deudas y diez mil pesos; acepte usted y venda su pleito.» Sin embargo, yo tenía siempre fijas en mis oídos las últimas palabras de mi padre, y no quería... La miseria, sin embargo, iba cercándonos, cuando un día intenté dar algunos pasos con uno de los amigos de mi padre, banquero de Nueva York: Mr. William Scott. No estaba solo; un joven estaba sentado en su despacho cerca de su mesa: «Puede usted hablar, me dijo él, es mi hijo Ricardo Scott.» Yo me fijé en aquel joven, y él á su vez me mira y nos reconocemos... «¡Suzie!—¡Ricardo!» Me da la mano. Tenía veintitrés años y yo diez y ocho, ya se lo he dicho á usted. ¡Cuántas veces en otro tiempo, cuando los dos éramos niños, habíamos jugado juntos! Eramos muy amigos. Hacía siete ú ocho años que él se marchó para acabar su educación á Francia é Inglaterra. Su padre me hizo sentarme y me preguntó qué es lo que me traía á su casa... Se lo dije... Me escuchó y me respondió: «Usted tendrá necesidad de veinte ó treinta mil pesos, y nadie le prestará una suma semejante sobre la suerte incierta de un pleito tan complicado. Sería una locura. Si usted es desgraciada y tiene necesidad de socorro...—No es tal cosa, padre mío, dijo con gran viveza Ricardo; no es eso lo que miss Percival pide.—Ya

lo sé, pero lo que ella me pide es imposible...» Se levantó para despedirme... y entonces tuve un acceso de debilidad, el primero desde la muerte de mi padre. Hasta este momento fui bastante fuerte, pero yo sentía que mi valor me faltaba. Tuve un ataque de nervios y lloré amargamente. Me repuse, sin embargo, y salí. Una hora después Ricardo Scott estaba en mi casa. «Suzie, me dijo, prométame usted aceptar lo que voy á ofrecerla; prométamelo usted.» Yo se lo prometí... «Pues bien, dijo él, con la sola condición de que mi padre no sepa nada, pongo á su disposición la cantidad que usted necesite.—Pero antes es preciso que usted conozca mi pleito, que sepa lo que es y lo que vale.—No sé ni una palabra de su pleito... ni quiero conocer nada. ¿En dónde se encontraría el mérito de hacer un favor si tuviera la seguridad de recoger mi dinero? Por otra parte, usted me ha prometido aceptar. Está hecho. Por consiguiente no hay que volver á hablar más de este asunto.» Esto me fué ofrecido con tal sencillez y tal generosidad, que al instante acepté. Tres meses después el pleito estaba ganado; estos terrenos, que habían llegado á ser ya sin temor ninguno propiedad nuestra, nos los quisieron comprar en cinco millones. Fui á consultar á Ricardo. «No acepte usted y espere, me dijo, si le proponen una cantidad semejante, es porque los terrenos valen doble.—Sin embargo, es preciso que yo devuelva á usted su dinero; le debo mucho dinero.—¡Ay! en cuanto á esto, será más

tarde, no hay prisa, estoy por ahora bien tranquilo. Mi préstamo no corre peligro ninguno.— Pero yo quisiera pagar á usted en seguida, porque odio las deudas... Habría un medio para ello quizás, sin necesidad de vender los terrenos. Ricardo, «¿quiere usted ser mi marido?» Si, señor cura, si, señor, dijo riéndose Mad. Scott; he sido yo la que de esta manera me ofrecí al corazón de mi marido. Soy yo la que pedí su mano. Esto usted se lo puede decir á todo el mundo, y usted no dirá más que la pura verdad. Las circunstancias además me obligaban á obrar de esta manera. Jamás ¡oh! estoy bien segura de ello, en toda mi vida, jamás me hubiera hablado de ello... Había yo llegado á ser muy rica... Y como no era á mi dinero, sino á mí á quien amaba, mi dinero le producía un miedo espantoso. Esta es la historia de mi casamiento. En cuanto á la historia de nuestra fortuna, se puede contar en cuatro palabras. Había efectivamente millones en esos terrenos del Colorado. Se descubrieron allí minas de plata abundantísimas, y de estas minas cojemos todos los años unas rentas irracionales. Y estamos de acuerdo mi marido, mi hermana y yo en dar de estas rentas una gran parte á los pobres. Usted lo comprenderá ahora, señor cura... que por haber conocido nosotras días muy crueles, y porque Bettina se acuerda de haber puesto la mesa en nuestro sexto piso de Nueva York, es por lo que ustedes nos encontrarán siempre caritativas con aquellos que se hallan, como nos he-

mos visto nosotras, en presencia de grandes apuros y dolores en esta vida... Y ahora, caballero Juan, ¿quiere usted perdonarme este largo discurso y ofrecerme un poco de esta crema, que tiene una cara excelente?

Esta crema eran los huevos con leche de Paulina... y mientras que Juan se apresuraba á servir á Mad. Scott, ésta continuó:—No he dicho todo todavía. Es necesario que sepan ustedes quién ha dado curso á estas extravagantes historias. Cuando vinimos á instalarnos en París, hace un año, creímos de nuestro deber dar á los pobres una cierta cantidad. ¿Quién ha hablado de esto? No hemos sido nosotras, por cierto, pero la cosa fué contada en un diario, insertando la cifra. En seguida dos jóvenes corresponsales se apresuraron á tener una entrevista con Mr. Scott sobre su vida pasada. Querían escribir en sus periódicos... ¿cómo llaman ustedes eso? crónicas. Mr. Scott es un poco vivo de genio algunas veces. Lo fué entonces, y despidió á estos señores un poco bruscamente, sin decirles nada. Entonces no sabiendo nuestra verdadera historia, inventaron una con mucha imaginación. El primero contó que yo había pedido limosna en medio de la nieve en Nueva York... y el segundo al día siguiente, para publicar un artículo de más sensación, me hizo romper aros de papel en un circo de Filadelfia. Ustedes tienen en Francia periódicos bien ridículos... y también nosotros los tenemos, por cierto, en América.

Sin embargo, hacía cinco minutos que Paulina dirigía al cura miradas desesperadas, que éste se obstinaba en no comprender.

—Señor cura, son las siete y cuarto.

—¡Las siete y cuarto! ¡Ay! señoras, les ruego me dispensen, pero esta tarde tengo el oficio del mes de María.

—El mes de María... ¿y el oficio es en seguida?

—Sí, en seguida.

—¡Y nuestro tren que sale para París esta noche! ¿A qué hora será con exactitud?

—A las nueve y media, respondió Juan, y no les hace falta á ustedes más que veinte minutos para llegar á la estación.

—Entonces podemos ir á la iglesia, Suzie.

—Vamos á la iglesia, respondió Mad. Scott, pero antes de separarnos, señor cura, tengo que pedirle un favor. Quiero absolutamente tener á usted á mi lado la primera vez que yo coma en mi casa en Longueval, y á usted también caballero... solos los cuatro, como hoy. ¡Oh! no me rehusé usted esta invitación que es de todo corazón.

—Y aceptada también con el mismo corazón, señora, respondió Juan.

—Escribiré á usted para decirle el día. Vendré lo más pronto posible... Usted llamará á esto colgar la caldera, ¿no es verdad? Pues bien, los cuatro colgaremos la caldera.

Mientras esto se hablaba, Paulina había sido llamada por miss Percival á un rincón de la sala,

y allí, con mucha animación, le hablaba. Su conversación dió fin con estas palabras:

—¿Estará usted allí? dijo Bettina.

—Sí, estaré allí.

—¿Y usted me dirá en qué momento?...

—Yo se lo indicaré á usted, pero cuidado... aquí está el señor cura, y que no lo vaya á sospechar...

Las dos hermanas, el cura y Juan salieron de la casa. Desde allí para ir á la iglesia era preciso atravesar por el cementerio. La tarde estaba deliciosa. Lentamente y con mucho silencio los cuatro, bajo los rayos del sol que se ponía, iban andando por una calle.

En el camino encontraron la tumba del doctor Reynaud, muy sencilla, pero que sin embargo por sus proporciones se distinguía entre las otras tumbas. Mad. Scott y Bettina se detuvieron, sorprendidas por esta inscripción grabada en la piedra:

Aquí reposa el doctor Marcelo Reynaud, médico de los movilizados de Souvigny, muerto el 8 de Enero de 1871 en la batalla de Villertexel. Rogad á Dios por él.

Cuando acabaron de leerla, el cura, enseñándoles á Juan, dijo estas sencillas palabras:

—¡Era su padre!

Las dos mujeres se acercaron entonces á la sepultura, y con la cabeza inclinada permanecieron allí durante algunos momentos pensativas, conmovidas y recogidas. Después volviéndose las

dos á un tiempo, con el mismo movimiento, extendieron su mano al joven oficial y volvieron á emprender su marcha hacia la iglesia.

El cura fué á ponerse la casulla y la estola. Juan condujo á Mad. Scott al banco reservado siempre, dos siglos hacia, á los dueños de Longueval. Paulina había tomado la delantera. Esperaba á miss Percival en la oscuridad, detrás de una columna de la iglesia. Por una estrecha escalera hizo subir á Bettina á la tribuna y la instaló delante del armonio.

Precedido de los monaguillos, el anciano sacerdote salió de la sacristía, y en el momento en que él se arrodillaba en las gradas del altar:

—Ahora es el momento, señorita, dijo Paulina, cuyo corazón latía con impaciencia. Pobre señor querido, ¡qué contento se va á poner!

Cuando se oyó el canto del órgano elevarse dulcemente como un murmullo y extenderse por toda la iglesia, el padre Constantino fué acometido de una emoción tal y de una alegría tan grande, que las lágrimas le asomaron á los ojos. No se acordaba de haber llorado desde el día en que Juan le había dicho que quería partir todo lo que poseía con la madre y hermana de los que habían caído al lado de su padre, heridos también por las balas alemanas.

Para encontrar lágrimas todavía en los ojos del anciano sacerdote, fué preciso que una americanita atravesara los mares y viniera á tocar un nocturno de Chopin en la iglesia de Longueval.

Segunda parte

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UTAN
"ALFONSO" 10-183
1906, 1825 MONTREY, MEXICO

dos á un tiempo, con el mismo movimiento, extendieron su mano al joven oficial y volvieron á emprender su marcha hacia la iglesia.

El cura fué á ponerse la casulla y la estola. Juan condujo á Mad. Scott al banco reservado siempre, dos siglos hacia, á los dueños de Longueval. Paulina había tomado la delantera. Esperaba á miss Percival en la oscuridad, detrás de una columna de la iglesia. Por una estrecha escalera hizo subir á Bettina á la tribuna y la instaló delante del armonio.

Precedido de los monaguillos, el anciano sacerdote salió de la sacristía, y en el momento en que él se arrodillaba en las gradas del altar:

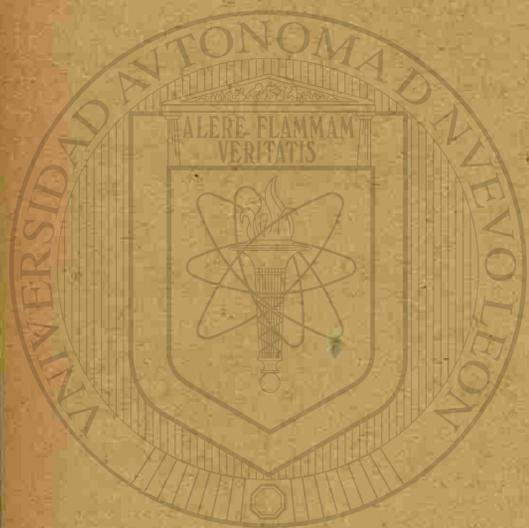
—Ahora es el momento, señorita, dijo Paulina, cuyo corazón latía con impaciencia. Pobre señor querido, ¡qué contento se va á poner!

Cuando se oyó el canto del órgano elevarse dulcemente como un murmullo y extenderse por toda la iglesia, el padre Constantino fué acometido de una emoción tal y de una alegría tan grande, que las lágrimas le asomaron á los ojos. No se acordaba de haber llorado desde el día en que Juan le había dicho que quería partir todo lo que poseía con la madre y hermana de los que habían caído al lado de su padre, heridos también por las balas alemanas.

Para encontrar lágrimas todavía en los ojos del anciano sacerdote, fué preciso que una americanita atravesara los mares y viniera á tocar un nocturno de Chopin en la iglesia de Longueval.

Segunda parte

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UTAN
"ALFONSO" 101183
1946. 1825 MONTREY, MEXICO



IV

Al día siguiente á las cinco de la mañana tocaban á botasillas en el patio del cuartel. Juan montaba á caballo y se encargaba del mando de su sección. A fines de Mayo, todos los quintos del ejército quedan instruidos y aptos para poder tomar parte en los movimientos en masa. Ejecutan casi todos los días, en el polígono, maniobras de baterías enganchadas.

Juan tenía un gran entusiasmo por su carrera, y le gustaba vigilar con mucho esmero los tiros y las guarniciones de los caballos, el equipo y el aire marcial de los individuos; pero esta mañana no prestó mucha atención á los pequeños detalles del servicio.

Un problema le agitaba, le atormentaba, le tenía indeciso, y este problema era de aquellos

cuya solución no se da en la Escuela Politécnica. Juan no podía encontrar contestación precisa á esta pregunta que él se hacía:

—¿Cuál de las dos es la más bonita?

En el polígono, durante la primera parte de la maniobra, cada batería trabaja por su cuenta bajo las órdenes del capitán; pero muchas veces cede su puesto á uno de los tenientes con objeto de acostumbrarlos al mando de las piezas. Este día, precisamente desde el principio de la maniobra, el mando fué puesto en manos de Juan. Con gran sorpresa del capitán, para quien tenía el oficial la opinión de muy instruido, muy capaz y muy hábil, las cosas anduvieron todas al revés. Juan indicó dos ó tres movimientos en falso; no supo sostener ni rectificar las distancias, y los tiros, á fuerza de muchas vueltas, se encontraron en contacto inmediato. El capitán creyó deber tomar parte, y dirigió á Juan una pequeña reprimenda, que terminó con estas palabras:

—No comprendo nada. ¿Qué tiene usted esta mañana? Es la primera vez que le sucede.

Efectivamente, era la primera vez que Juan, en el polígono de Souvigny, veía otra cosa que no eran cañones ni cajas, ni soldados, sirvientes y conductores. Entre las grandes nubes de polvo que levantaban las ruedas de los carruajes y los pies de los caballos, Juan miraba, no la segunda batería montada del 9.º de artillería, sino la imagen retratada de las dos americanas de ojos negros y cabellos de oro. Y en el momento preciso

en que recibía el legítimo sermón de su capitán, Juan estaba diciéndose:

—¡La más bonita es Mad. Scott!

La maniobra todas las mañanas es suspendida á la mitad por un descanso de diez minutos. Los oficiales se reúnen y conversan. Juan permaneció separado de los demás, solo con sus recuerdos de la víspera. Su pensamiento le llevaba con obstinación á la casa del cura de Longueval... Sí, la más encantadora era Mad. Scott. Miss Percival no era más que una niña. Veía á Mad. Scott en la mesita del cura. Oía el relato que hizo con tanta franqueza y tanta libertad de acción. La armonía algo extraña de su voz particular y penetrante, encantaba todavía su oído. Se encontraba en la iglesia. La divisaba allí, inclinada sobre su reclinatorio, con su linda cabeza cubierta con sus dos manos. Después oía tocar el órgano en la oscuridad, á lo lejos, vagamente, y Juan veía el elegante y fino contorno de Bettina.

¡Una niña! ¡No era más que una niña! Las trompetas volvieron á tocar. La maniobra volvió á empezar, y esta vez afortunadamente no hubo mando ni responsabilidad. Las cuatro baterías ejecutaron movimientos reunidos. Se veía dar vueltas en todos sentidos á esta masa enorme de hombres, de caballos y coches, tan pronto desplegada en una larga línea de batalla, y con la misma velocidad reunida en un grupo muy compacto. Todos se paraban al mismo tiempo en toda la extensión del polígono. Los artilleros sirvien-

tes saltaban al suelo desde sus caballos, corrían hacia la pieza, la descolgaban de su avantrén, que se alejaba al trote, y la colocaban para hacer fuego con sorprendente rapidez. Después los tiros de caballos volvían, los soldados sirvientes colgaban otra vez las piezas, se montaban vivamente, y el regimiento se lanzaba á gran carrera, atravesando el campo de las maniobras.

Bettina poco á poco en el pensamiento de Juan iba tomando ventaja sobre Mad. Scott. Se le aparecía sonriente y ruborosa bajo las doradas ondas de sus sueltos cabellos. Caballero Juan... ella le llamaba el caballero Juan, y nunca su nombre le había parecido más bonito. ¡Y los últimos apretones de manos al marcharse antes de subir al coche!... Miss Percival había apretado un poco más fuerte que Mad. Scott... sí, un poco más fuerte, sin duda ninguna. Se había quitado sus guantes para tocar el órgano, y Juan sentía todavía la presión de aquella manita desnuda que se había venido á acurrucar, fresca y suave, dentro de su tosca y fea zarpa de artillero.

—Me equivocaba hace un rato, decía Juan; la más bonita es miss Percival.

La maniobra se había concluido. Las baterías se colocaron las unas detrás de las otras, en grupos compactos, perfectamente alineadas las piezas, y el desfile tuvo lugar al gran trote con un ruido espantoso y un huracán de polvo. Cuando Juan, sable en mano, pasó por delante de su coronel, las imágenes de las dos hermanas se con-

fundían y se embrollaban tan divinamente entre sus recuerdos, se presentaban y desaparecían de tal manera la una en la otra, que venían á ser una sola y misma persona. Todo paralelo era imposible, gracias á esta singular confusión de las dos bellezas.

Mad. Scott y miss Percival quedaron de este modo inseparables en el pensamiento de Juan, hasta el día en que se le proporcionara una nueva ocasión de verlas. La impresión de este brusco encuentro no se borró más; persistió tan viva y tan dulce, que Juan se sentía agitado é inquieto:

—¿Habré hecho yo, se decía, la tontería de enamorarme tan locamente á primera vista? Pero no puede ser; se enamora uno de una mujer... y no de dos mujeres á la vez.

Esto le dejaba tranquilo. Era muy joven este robusto muchacho de veinticuatro años. Nunca el amor había entrado de lleno, franca y abiertamente en su corazón. No le conocía más que por las novelas. No era tampoco un angel. Encontraba gracia y hermosura en las costurerillas de Souvigny; cuando le permitían decirles que eran encantadoras, se lo decía con mucho gusto; pero en cuanto á experimentar amor en estas fantasías, que no producían en su corazón más que muy ligeras y muy superficiales agitaciones, jamás lo había advertido.

Pablo de Lavardens tenía maravillosas facultades de entusiasmo y de idealización. Su corazón albergaba siempre tres ó cuatro grandes pasio-

nes, que vivían en él fraternalmente y en muy buena armonía. Pablo tenía el talento de encontrar en esta villa de quince mil habitantes una cantidad de muchachas bonitas, todas puestas en el mundo para ser adoradas. Creía perpetuamente descubrir la América, cuando no hacía más que encontrarla á su paso.

Juan no había visto el mundo apenas. Se había dejado llevar, unas diez veces quizás, por Pablo á reuniones y bailes en los castillos de alrededor. Había traído de ellos siempre una impresión de molestia, disgusto y fastidio. Había deducido que estos placeres no estaban hechos para él. Tenía gustos serios y sencillos. Amaba la soledad, el trabajo, los paseos largos, los grandes espacios, los caballos y los libros. Era algo salvaje, un poco aldeano. Adoraba su pueblo y todos los viejos que habían sido testigos de su infancia y le hablaban de otros tiempos. Un rigodón en un salón le causaba un miedo insoportable, pero todos los años, en la santa patrona de Longueval, bailaba con toda su alma con las muchachas y labradoras del país.

Si él hubiera visto á Mad. Scott y á miss Percival en su casa en París, con todos los esplendores de su lujo, con todo el brillo de su elegancia, las hubiera mirado de lejos con curiosidad, como encantadores objetos de arte. Después hubiera entrado en su casa y dormido, sin duda ninguna, como de costumbre, lo más tranquilamente del mundo.

Sí, pero no habían pasado las cosas de este modo, y por eso era grande su asombro y su turbación. Estas dos mujeres, por una de las casualidades más grandes, las había conocido en un sitio que le era completamente familiar, y que para ellas había sido, por esta misma circunstancia, singularmente favorable. Desde el primer día fueron para él sencillas, buenas, francas, cordiales. Y además de todo esto, deliciosamente bonitas, lo cual no echaba á perder nada. Juan se había visto poseído en el instante de su encanto. Y lo estaba todavía.

En el momento en que bajó del caballo, á las nueve, en el patio del cuartel, el padre Constantino empezaba alegremente sus ocupaciones. La cabeza del anciano sacerdote, desde la víspera estaba ardiendo. Juan no había dormido mucho, y el pobre cura no había dormido nada.

Por la mañana, de madrugada, se había levantado, y con todas las puertas cerradas, solo con Paulina, había contado una y otra vez su dinero, extendiendo en la mesa sus cien luises, y como un avaro se complacía en revolverlo. ¡Para él todo esto! ¡Para él! es decir: para los pobres.

—No se corra usted demasiado, señor cura, decía Paulina, sea usted económico. Creo yo que si hoy distribuyera usted un ciento de francos...

—Eso no basta, Paulina, no basta. No volveré á tener un día como éste en mi vida. ¡Y ya que lo he tenido! ¿Sabes cuánto pienso dar, Paulina?

—¿Cuánto, señor cura?

—Mil francos.

—¡Mil francos!

—Sí, somos ahora millonarios. Tenemos los tesoros de la América, y más adelante haré economías. Hoy, no por cierto. No tengo derecho á ello.

Después que dijo su misa á las nueve, salió á hacer su excursión, y fué aquello por todo el camino una lluvia de oro. Tuvieron todos su parte, los que confesaban su miseria y los que la ocultaban. Cada limosna iba acompañada además de un discursito.

—Esto me viene de las nuevas dueñas de Longueval, dos americanas... Mad. Scott y miss Percival. Tengan ustedes bien en su memoria sus nombres, y rueguen á Dios por ellas esta noche.

Después se escapaba sin aguardar las gracias, atravesando los campos, los bosques, de caserío en caserío, de cabaña en cabaña, iba andando sin cesar... Una especie de embriaguez le subía al cerebro. Por todas partes por donde pasaba no se oían más que gritos de alegría y asombro. Todos estos luíses de oro caían como por milagro en aquellas pobres manos acostumbradas á recibir pequeñas monedas de plata. El cura llegó hasta hacer locuras, verdaderas locuras; estaba ya lanzado, no sabía lo que hacía ni podía contenerse. Daba hasta á aquellos que no le pedían.

Encontró á Claudio Rigal, antiguo sargento que había dejado un brazo en Sebastopol, encanecido,

porque el tiempo no pasa en balde, y los soldados de Crimea serán bien pronto ancianos.

—Mira, le dijo el cura, toma veinte francos.

—¡Veinte francos! Pero si yo no pido nada, no necesito nada. Tengo mi retiro.

¡Su retiro! ¡Setecientos francos!

—Pues bien, respondió el cura, será para comprar cigarros, pero escucha bien, esto viene de América...

Y empezaba su pequeña relación sobre los dueños de Longueval

Entró en casa de una buena mujer, cuyo hijo el mes anterior había marchado á Túnez.

—Vamos, ¿cómo le va á tu hijo?

—No le va mal, señor cura, recibí ayer una carta suya. Está bien de salud y no se queja; solamente dice que no háy kroumies... ¡Pobre chico! Le he hecho algunos ahorros en este mes y creo que pronto le podré enviar diez francos.

—Usted le enviará treinta... Tome usted.

—¡Veinte francos, señor cura! ¡Me da usted veinte francos!

—Sí, se los doy á usted.

—¿Para mi chico?

—Para su chico... Sólo que, escúcheme bien, es necesario que sepa usted de dónde vienen; tenga buen cuidado de decirle á su hijo cuando usted le escriba...

Y el cura, por la vigésima vez, repitió su pequeño panegírico de Mad. Scott y de miss Percival.

A las seis entró en su casa abatido por el cansancio, pero con la alegría en su alma.

—Lo he dado todo, exclamó él en cuanto vió á Paulina; ¡todo, todo!

Comió y se fué por la tarde á su oficio del mes de María, pero en el momento de subir al altar el armonio permaneció mudo. Miss Percival no estaba allí ya.

La pequeña organista del día anterior estaba en estos momentos muy perpleja. Encima de los dos divanes de su cuarto de tocador se veían dos vestidos con grandes volantes, uno blanco y otro azul. Bettina se preguntaba cuál de los dos se pondría para ir aquella noche á la Opera. Le parecían ambos deliciosos, pero no había más remedio que escoger. No se podía poner más que uno. Después de una larga incertidumbre se decidió por el vestido blanco.

A las nueve y media, las dos hermanas subían por la escalera grande de la Opera. Cuando ellas entraron en su palco, el telón se levantaba para el segundo acto de *Aida*, el acto del baile y de la marcha.

Dos jóvenes, Rogelio de Puymartin y Luís de Martillet, se encontraban sentados en la primera fila de butacas. Las bailarinas todavía no habían salido á la escena, y estos señores desocupados se divertían en mirar la sala. La aparición de miss Percival hizo sobre los dos una impresión muy viva

—¡Ay! ¡ay! dijo Puymartin; mira la barrita de oro.

Los dos dirigieron los gemelos sobre Bettina.

—Está deslumbradora esta noche el lingotito de oro, continuó Martillet... Mira... Es una pura maravilla... ¡Qué perfil el de su cuello!... ¡Qué coyuntura la del brazo!... Tan joven, y ya una mujer.

—Sí, es encantadora... y natural como ella sola.

—¡Quince millones, según parece, quince millones suyos, bien suyos, y la mina de plata produciendo siempre!

—Berulle me ha dicho veinticinco millones... y está muy al corriente de las cosas de América.

—¡Veinticinco millones! Bonito banco para Romanelli.

—¡Cómo! ¿Romanelli?

—Corre el rumor de que se casa con ella y que el matrimonio es una cosa decidida.

—El matrimonio está ya decidido, es verdad, pero es con Montessan y no con Romanelli... ¡Ah! al fin ya tenemos el baile.

Cesaron su conversación. El baile en *Aida* no dura más que cinco minutos, y ellos no venían allí más que por los cinco minutos. Importaba gozar de esto respetuosa y religiosamente, porque ocurre una cosa muy particular en un gran número de abonados á la Opera, que alborotan como cotorras cuando conviene callarse para oír, y que

observan, por el contrario, un admirable silencio cuando es permitido hablar y mirar.

Las heroicas trompetas de *Aida* habían dejado oír su última tocata en honor de Radamés. Delante de las grandes esfinjes, bajo el verde follaje de las palmeras, las bailarinas avanzaban chispeantes y tomaban posesión de la escena.

Mad. Scott, con mucha atención y placer, seguía las evoluciones del baile; pero Bettina bruscamente se puso pensativa, viendo en un palco, al otro lado de la sala, un joven alto y moreno. Miss Percival se hablaba á sí misma y se decía:

—¿Qué haré? ¿Qué decidiré? ¿Es preciso casarme con ese hermoso joven alto que está allí enfrente, y que me dirige los anteojos?... Porque á mí es á quien mira... Va á venir en seguida, durante el entreacto, y cuando entre yo no tendré más que decirle: «Está hecho; aquí está mi mano... Seré vuestra mujer.» ¡Y estará hecho! ¡Princesa, seré princesa... princesa Romanelli! ¡Princesa Bettina! ¡Bettina Romanelli! Esto cae divinamente y suena muy bonitamente al oído... La señora princesa está servida... ¿La señora princesa montará mañana por la mañana á caballo?... ¿Esto distraerá á la señora princesa?... Sí... y no... Entre todos estos jóvenes que hace un año en París vienen en pos de mi dinero, este príncipe Romanelli es aún el menos malo... Será preciso que me decida uno de estos días á casarme... Creo que me quiere... Sí, pero yo... ¿le quiero? No, creo que no... ¡y á mí me gustaría tanto amar!... Sí, sí, ¡amaría yo tanto!

A la misma hora precisamente en que estas reflexiones pasaban por la linda cabeza de Bettina, Juan, solo en su despacho, sentado delante de su mesa, con un gran libro abierto debajo de la pantalla de su lámpara, repasaba, tomando notas, la historia de las campañas de Turena. Estaba encargado de explicar un curso á los sargentos del regimiento, y por pura prudencia preparaba su lección del día siguiente.

Peró he aquí que de repente, en medio de sus notas: Nordlingen, 1645; las Dunas, 1658; Mulhausen y Turckheim, 1674-75, se fija y ve un croquis... Juan no dibujaba mal. Un retrato de mujer acababa de colocarse debajo de su pluma. ¿Qué había venido á hacer allí en medio de las victorias de Turena, esta linda muchachita?... Y además, ¿quién era? ¿Mad. Scott ó miss Percival?... ¿Y cómo lo podía saber?... ¡Se parecían tanto!... Y Juan, con gran pena y gran trabajo, volvía á estudiar la historia de las campañas de Turena.

En este mismo momento el cura Constantino, de rodillas delante de su catrecito de nogal, llamaba y suplicaba con todo el fervor de su alma los dones del cielo para aquellas mujeres que le habían hecho pasar un día tan dulce y tan dichoso. Rogaba á Dios que bendijera á Mad. Scott en sus hijos y concediera á miss Percival un marido según el deseo de su corazón.

París en otro tiempo era de los parisienses y este otro tiempo no está muy lejos de nosotros; hace apenas treinta ó cuarenta años. Los franceses en aquella época eran los dueños de París, como los ingleses son los dueños de Londres, los españoles de Madrid, y los rusos de San Petersburgo. Estos tiempos ya no existen.

Hay todavía fronteras para los otros países, y para la Francia no las hay. París ha llegado á ser una inmensa torre de Babel, una ciudad internacional y universal. Los extranjeros no vienen ya solamente á visitar á París, vienen á vivir en él.

Tenemos en estos momentos en París, una colonia rusa, una colonia española, una colonia de Levante, una colonia americana; estas colonias tienen sus iglesias, sus banqueros, sus médicos, sus periódicos, sus pastores, sus popes y sus deudistas. Los extranjeros se han apoderado ya de la mayor parte de los Campos-Eliseos y del Boulevard Malesherbes; avanzan y se extienden; nosotros nos retiramos arrollados por la invasión y nos vemos obligados á expatriarnos. Vamos á

fundar colonias parisienses en los llanos de Passy, en los llanos de Monceau, y en los barrios que en tiempos pasados no eran nunca de París y que no lo son hoy todavía por completo.

Entre estas colonias extranjeras la más numerosa, la más rica y la más brillante es la colonia americana. Hay un momento en que un americano se siente bastante rico; un francés nunca. El americano entonces se para, respira un poco y administrando el capital no cuenta con las rentas, y sabe gastar; el francés no sabe más que ahorrar.

El francés no tiene más que un solo lujo verdadero: sus revoluciones. Prudente y sabiamente, se reserva para ellas, sabiendo muy bien que han de costar muy caras á la Francia, pero que al mismo tiempo serán la ocasión de colocaciones ventajosas. El presupuesto de nuestro país no es más que un largo empréstito perpetuamente abierto. El francés se dice:

— ¡Atecoremos! ¡Atecoremos! ¡Atecoremos! Una de estas mañanas, habrá cualquier revolución que hará bajar el cinco por ciento á cincuenta ó sesenta francos. Yo lo compraré y puesto que las revoluciones son inevitables, tratemos, por lo menos de sacar partido.

Se habla sin cesar de personas arruinadas por las revoluciones, y es mucho mayor quizás el número de las personas enriquecidas por ellas.

Los americanos experimentan de una manera muy fuerte la atracción de París. No hay ciudad en el mundo en donde sea más agradable y más

fácil gastar mucho dinero. Por razones de raza y origen, esta atracción se ejercía sobre madama Scott y sobre miss Percival de una manera muy particular.

La más francesa de nuestras colonias es el Canadá que ya no es nuestro. El recuerdo de la primera patria ha persistido muy poderoso y muy agradable al corazón de los emigrados de Quebec y Montreal. Suzie Percival había recibido de su madre una educación enteramente francesa, y había educado á su hermana con el mismo amor á nuestro país. Las dos hermanas se creían francesas, más aún, parisienses.

Tan pronto como esta avalancha de millones cayó sobre ellas, un idéntico deseo vino á su imaginación: vivir en París. Pidieron la Francia, como hubieran pedido su patria. Mr. Scott hizo alguna resistencia.

—Cuando yo no esté aquí, dijo él. Cuando yo venga solamente todos los años á pasar dos ó tres meses en América para vigilar vuestros intereses, vuestras rentas disminuirán.

—¡Qué importa! respondió Suzie, somos ricas, muy ricas, demasiado ricas... Vámonos, yo te lo ruego... ¡Estaremos tan contentas! ¡tan felices!

Mr. Scott se dejó convencer; y Suzie, en los primeros días de Enero de 1880 pudo escribir la carta siguiente á su amiga Katie Norton, que ya hacía algunos años que habitaba en París.

—«¡Victoria! ¡está decidido! Ricardo ha con-

sentido. Llegaré en el mes de Abril y volveré á ser francesa. Tú me has ofrecido encargarte de todos los preparativos de nuestra instalación en París. Soy horriblemente indiscreta... Acepto.

»Quiero en cuanto ponga los pies en París, poder disfrutar de París, no perder mi primer mes en encargos á los tapiceros, á los talleres de coches, ni á los tratantes de caballos. Quiero al bajar del tren, encontrar en el patio de la estación, *mi* coche, *mi* cochero y *mis* caballos. Quiero tenerte este día á comer *conmigo*. Alquilame ó cómprame un hotel, ajústame criados, escócheme coches, caballos, y libreas. Me entrego por completo á ti. Que sean las libreas azules, eso me basta. Estas líneas están añadidas por petición de Bettina que detrás de mí está mirando lo que te escribo.

»No llevaremos á Francia con nosotros más que siete personas: Ricardo, su ayuda de cámara; Bettina y yo, nuestras doncellas; las dos ayas de los niños; y dos *boys* Tobi y Bobby, que nos siguen detrás cuando salimos á caballo. Montan con rara perfección... Dos verdaderos amorcillos; de la misma talla, el mismo aire, y la misma cara; no encontraríamos nunca en París lacayitos más parecidos.

»Todo lo demás, cosas y personas, nos lo dejamos en Nueva York... No, no es esto todo; me olvidaba de las cuatro jacas, que son cuatro dijes, negras como la mora, con calzas blancas las cuatro, y en las cuatro patitas: no tendremos valor

para separarnos de ellas. Las enganchamos en un duque, que es encantador. Bettina y yo guiamos muy bien cuatro caballos. ¿No es verdad que mujeres como nosotras pueden, sin ser escandalosas, guiar cuatro jacas en el Bosque, por la mañana temprano? Aquí se puede.

»Sobre todo, mi querida Katie, no contar con el dinero... Haz locuras, haz locuras. Esto es todo lo que yo te pido.»

El mismo día en que Mad. Norton recibía esta carta, cundió la noticia de que un cierto Garneville, especulador en grande escala, quebró por mal olfato: *olió la baja* cuando se necesitaba *oler el alza*. Este Garneville, seis semanas antes, se había instalado en un hotel recién edificado, y que no tenía otro defecto sino estar hecho con demasiada magnificencia.

Mad. Norton firmó un contrato de alquiler—cien mil francos al año—con facultad de comprar el hotel y el mobiliario por dos millones dentro del primer año del contrato. Un tapicero de gran estilo se encargó de corregir y suavizar el lujo desmesurado de unos muebles chillones y escandalosos.

Hecho esto, la amiga de Mad. Scott tuvo la suerte de poner su mano sobre dos eminentes artistas, sin los cuales una casa de importancia no puede fundarse ni sabría funcionar.

En primer lugar, un jefe de cocina de primer orden, que acababa de abandonar un antiguo palacio del barrio de Saint-Germain, con gran pesar

suyo, porque tenía muy arraigados sus sentimientos aristocráticos. Iba con poca gana á servir á personas de la clase media y extranjeros.

—Nunca, dijo él, hubiera dejado yo el servicio de la señora baronesa, si ella hubiera seguido sosteniendo su tren en el mismo pie... pero la señora baronesa tiene cuatro hijos... dos varones, que han hecho muchas tonterías... y dos muchachas que estarán bien pronto en edad de casarse. Será, pues, preciso dotarlas. En fin, la señora baronesa se ha visto obligada á disminuir un poco los gastos, y la casa ya no resulta tan importante para mí.

Este práctico y distinguido culinario puso las condiciones. Aunque fueron excesivas no asustaron á Mad. Norton, porque sabía que había tropezado con un hombre del mayor mérito; pero él, antes de decidirse, pidió permiso para telegrafiar á Nueva York. Tenía necesidad de tomar sus informes. La respuesta fué favorable, y aceptó.

El segundo, gran artista también, era un picador de rara y alta capacidad, que acababa de retirarse después de haber hecho su fortuna.

Consintió, á pesar de esto, en organizar las caballerizas de Mad. Scott. Se respetaron las condiciones que puso, de tener en primer lugar toda la libertad más absoluta para la compra de caballos, de no llevar librea, de escoger los cocheros, los lacayos y los palafreneros; de no tener menos de quince caballos en las cuadras; de no

hacer ningún trato con el constructor de carruajes ni con el guarnicionero sin su intervención, y de no subir al pescante más que por la mañana, en *traje de caballero*, para dar lecciones de guiar, cuando fuese necesario, á las señoras y á los niños.

El jefe de cocina tomó posesión de sus hornillos y el picador de sus cuadras. Todo lo demás no era más que cuestión de dinero, y Mad. Norton en este punto usó con largueza de sus plenos poderes. No hizo más que conformarse con las instrucciones que había recibido. Hizo en el corto espacio de dos meses verdaderos prodigios para que la instalación de los Scott fuera tan completa y tan irreprochable como pudiera desear.

Y así fué como el 15 de Abril de 1880, cuando Mr. Scott, Suzie y Bettina bajaron del *rápido* del Havre, á las cuatro y media de la tarde, en el muelle de la estación de Saint-Lazare, se encontraron con Mad. Norton, que les dijo:

—La carretela de ustedes está en el patio. Hay además un landó para los niños y detrás un ómnibus para los criados. Viven ustedes en la calle de Murillo núm. 24, y aquí está la lista de la comida que tienen preparada para esta noche. Ustedes me han invitado hace dos meses; acepto, pues, y me tomo la libertad de llevarles una quincena de personas. Yo proporciono todo hasta los convidados. No se apure usted, porque á todos los conoce; son personas de nuestra común amistad... y des-

de esta tarde podremos juzgar de los méritos de su cocinero.

Mad. Norton entregó á Mad. Scott una preciosa tarjeta con un filete de oro al rededor, que tenía escritas estas palabras: *Lista de la comida del 15 de Abril 1880. Y debajo: Sopa á la parisién, truchas asalmonadas á la rusa, etc.*

El primer parisién que tuvo el honor y el placer de rendir homenaje á la belleza de Mad. Scott y miss Bettina fué un marmitoncillo de unos quince años de edad, vestido de blanco, con su almidonada gorra en la cabeza, que se hallaba en el patio de la estación en el momento en que el cochero de Mad. Scott, molestado por el número de coches, salía de allí despacio y con dificultad. El pinchecillo se detuvo inpertérrito en la acera, abrió sus hermosos ojos y les lanzó á plena cara esta sencilla palabra:

—¡Caramba!

Cuando Mad. de Recamiere vió que se le aproximaban ya las arrugas y los cabellos blancos, dijo á una de sus amigas:

—¡Ay! querida mía, no hay que hacerse ilusiones. Después del día que yo he observado que los limpia-chimeneas no volvían ya su cara para mirarme, comprendí que todo había concluido para mí.

La opinión de los pinchecillos vale, en semejante caso, lo mismo que la de los limpia-chimeneas... Por consiguiente, nada había terminado

todavía para Suzie y Bettina; antes al contrario, todo empezaba ahora.

Cinco minutos después la carretela de madama Scott subía por el boulevard Haussmann al trote lento y cadencioso de dos admirables caballos de tiro. París contaba con dos parisienses más.

El éxito obtenido por Mad. Scott y miss Percival, fué inmediato, decisivo y fulminante. Las bellezas de París no están clasificadas ni coleccionadas como las *beautés* de Londres. No se publican sus retratos en los diarios ilustrados, ni se venden sus fotografías en las tiendas de papel... pero sin embargo, existe siempre un estado mayor de una veintena de mujeres que representan la gracia, la elegancia y la hermosura parisiense, mujeres que al cabo de diez ó doce años de servicios, pasan al cuadro de reserva, lo mismo que los generales viejos.

Suzie y Bettina formaron al instante parte de este pequeño estado mayor. Fué cuestión de veinticuatro horas, y casi ni aún tanto, porque todo esto pasó entre las ocho de la mañana y las doce de la noche del mismo día siguiente de su llegada á París.

Imagínese el lector una especie de comedia de magia en tres actos, y cuyo éxito va aumentando de cuadro en cuadro:

1.º Un paseo á caballo por la mañana, á las diez, en el bosque con los dos maravillosos grooms traídos de América;

2.º Un paseo á pie, á las seis, en la calle de las Acacias;

3.º Una aparición en la Opera por la noche, á las diez, en el palco de Mad. Norton.

Las dos *nuevas* fueron inmediatamente notadas y apreciadas como merecían por las treinta ó cuarenta personas, que constituyen una especie de tribunal misterioso, que da á todo París sentencias sin apelación. Estas treinta ó cuarenta personas tienen de vez en cuando el capricho de declarar *deliciosa* á la mujer que es patentemente fea. Esto basta. A todos parecerá *deliciosa* desde esta fecha.

La hermosura de las dos jóvenes no fué ni un momento discutible. Todo el mundo admiró por la mañana su gracia, su elegancia y su distinción; todo el mundo declaró que tenían el paso firme y atrevido de dos jóvenes diosas; y por la noche, un grito unánime manifestó la ideal perfección de sus hombros. Habían ganado la partida. Todo París desde aquel día miró á las dos hermanas con los mismos ojos que el pinchecillo de la calle de Amsterdam; todo París repitió su *caramba!* pero por supuesto con las variantes y manifestaciones impuestas por los usos de sociedad.

El salón de Mad. Scott tomó inmediatamente su estilo, y los que asistían por costumbre á tres ó cuatro notables casas americanas, se trasladaron en masa á casa de los Scott, que llegaron á reunir el primer miércoles trescientas personas. El círculo de sus amigos creció rápidamente, y

se encontraba un poco de todo en sus relaciones: americanos, españoles, italianos, húngaros, rusos y aún parisienses.

Cuando ella contó su historia al cura Constantino, no le dijo todo, porque no se dice siempre todo. Sabía que era encantadora, la gustaba que lo conocieran los demás y no odiaba al que se lo decía... En una palabra, era coqueta. ¿Cómo no, siendo parisiense? Mr. Scott tenía una gran confianza en su mujer y la dejaba en completa libertad. Se dejaba ver muy poco... Era un distinguido caballero á quien preocupaba un poco la idea de haberse casado con una mujer que poseía tanto dinero. Siendo aficionado á los negocios, le agradaba consagrarse por entero á la administración de las dos enormes fortunas que tenía en sus manos, aumentarlas sin cesar, y decir todos los años á su mujer y á su cuñada:

—Sois más ricas todavía este año que el pasado.

No contento de vigilar con mucha prudencia y cuidado de los intereses que había dejado en América, se lanzó en Francia á hacer grandes negocios, y tuvo el mismo feliz resultado que en Nueva York. Para ganar dinero no hay cosa mejor que no tener necesidad de él.

Hicieron la corte á Mad. Scott una cantidad enorme de personas... Se la hicieron en francés, en inglés, en italiano, y en español, porque conocía estas cuatro lenguas, y esta es una ventaja que las extranjeras tienen sobre las pobres pari-

sienses, que generalmente no conocen más que su pobre lengua materna y no pueden tener nunca el recurso de las pasiones internacionales.

Mad. Scott no cogió ningún palo para echar la gente de su casa. Tuvo al mismo tiempo diez, veinte y treinta adoradores. Ninguno pudo vanagloriarse de ser preferido; á todos les presentó la misma barricada amable, alegre y risueña... Fué una prueba clara que se divertía con el juego, y no tomaba en serio ni un instante el asunto. Jugaba por el placer, por la felicidad, y por amor al arte. Mad. Scott no tuvo nunca la menor inquietud, y tenía mucha razón para esto... Y más aún, gozaba contemplando el éxito que obtenía su mujer, y se consideraba dichoso de verla feliz. La quería mucho... un poco más que ella á él. Ella le quería bien y nada más. Existe una gran diferencia entre *bien* y *mucho* cuando estos dos adverbios se colocan después del verbo *amar*.

En cuanto á Bettina, tuvo á su alrededor una corte fantástica, una ronda infernal. ¡Tanta fortuna! ¡Tanta belleza! Miss Percival llegó á París el 15 de Abril; no habían aún pasado quince días cuando ya empezaban á llover pedidas de su mano. En el trascurso del primer año—Bettina se divertía en llevar con la mayor exactitud posible una cuentecita—hubiera podido, si quería, casarse treinta veces... ¡y qué pretendientes tan variados!

Pidió su mano un joven desterrado que, en caso de ciertos acontecimientos, podía ser llamado á

ocupar un trono, muy pequeño, cierto es, pero sin embargo era un trono.

Pidió su mano un joven duque que haría, sin duda alguna, gran papel en la corte cuando Francia — lo cual era inevitable — reconociendo sus errores, se entregara á sus legítimos dueños.

Pidió su mano un joven príncipe que ocuparía su puesto en las gradas del trono cuando la Francia — que también parecía inevitable — reanudara la rota cadena de sus tradiciones napoleónicas.

Pidió su mano un joven diputado republicano, que acababa de estrenarse hablando por primera vez en la Cámara, y á quien el porvenir reservaba las más brillantes esperanzas de puestos distinguidos, porque la república está fundada ahora en Francia en indestructibles bases.

Pidió su mano un joven español de la más alta aristocracia y le hicieron comprender que la noche del contrato tendría lugar la ceremonia en el palacio de una reina que vive no muy lejos del Arco de la Estrella... Y se encuentra, por consiguiente, sus señas en el almanaque Bottin... porque hay reinas hoy que se encuentran su domicilio en el referido almanaque, entre un notario y un droguero. Sólo los reyes de Francia no viven ya en París.

Pidió su mano el hijo de un par de Inglaterra y también un miembro de la Cámara de los señores de Viena; el hijo de un banquero de París y el hijo de un príncipe italiano... y también decentes jóvenes, que no eran nada ni nada tenían,

ni aun nombre, ni fortuna. Pero Bettina á todos les había concedido una vuelta de wals, y ellos, creyéndose irresistibles, esperaban hacer palpitar su corazoncito.

Nadie hasta ahora la había hecho sentir nada, y la respuesta que todos habían obtenido había sido la misma:

—¡ No!... ¡ No!... ¡ No!... Todavía no!... ¡ Siempre no!...

Algunos días después de esta representación de *Aida*, las dos hermanas tuvieron juntas una larga conversación sobre esta voluminosa y eterna cuestión de casamiento. Un nombre pronunció madama Scott, que provocó por parte de miss Percival la más franca y más energética negativa.

Suzie, riéndose, dijo á su hermana:

—Vas á verte obligada, sin embargo, Bettina, á concluir por casarte...

—Sí, por cierto... Pero sentiré mucho, Suzie, casarme sin querer al que ha de ser mi marido. Me parece que antes de decidirme á una cosa semejante me veré obligada á experimentar el peligro de morir solterona... y todavía me parece que no he llegado á ese caso!

—¡ No, todavía no!

—Esperaremos, pues, esperaremos.

—¡ Esperaremos, sí! Pero si entre todos esos enamorados que arrastras en pos de ti, hace un año, los hay bien guapos y bien buenos, no es verdaderamente muy extraordinario que ninguno de ellos...

— Ninguno, Suzie, absolutamente ninguno. ¿Por qué motivo no te he de decir la verdad? ¿Es culpa de ellos? ¿Han sido torpes? ¿Hubieran podido, buscando mejor manera, encontrar el verdadero camino de mi corazón? ¿O bien es culpa mía? ¿Ese camino sería quizás una fea vereda escarpada, llena de rocas, inaccesible, y por donde nadie pudiera pasar? ¿Sería yo una mala criatura, seca, fría y condenada á nunca amar á nadie?

— No lo creo eso...

— Ni yo tampoco... pero hasta el día, sin embargo, esta es mi historia. No, no he sentido nada que se parezca al amor... Te ríes... y adivino por qué te ríes... Tú dices: «Vean ustedes esta chica, que tiene la pretensión de saber lo que es amar.» Tienes mucha razón, no lo sé... pero me lo figuro un poco. ¿Amar es verdad, Suzie, que es preferir una cierta persona á todas las demás?

— Sí, es eso.

— ¿No es verdad que es no poder pasarse sin ver á esa persona y oírlo? ¿No es verdad que es no poder vivir cuando esa persona no está al lado de una, y empezar á vivir en el momento en que vuelve á presentarse?

— ¡Ay! ¡ay! ese es un inmenso amor, sí.

— Pues bueno; ese es el amor que yo sueño...

— ¿Y es el amor que todavía no ha llegado?

— No, seguramente... hasta ahora. Y sin embargo, existe la persona que yo prefiero á todos y á todas... ¿Sabes quién es?

— No, no lo sé... pero me lo figuro casi...

— Si, eres tú, querida mía, quizás seas tú, pícara hermana, que me haces ser hasta tal punto insensible y cruel. Te quiero demasiado. ¡Tienes ocupado por completo mi corazón! Lo has cogido todo entero y no queda sitio para nadie. ¡Preferir alguien á ti! ¡Amar á alguna persona más que á ti!... No podré conseguirlo nunca...

— ¡Ay! vaya que sí.

— ¡Ay! te digo que no... Querer de otra manera... podrá ser... pero más... nunca. Que no cuente con más el caballero que espero y que no llega.

— No tengas cuidado, Bettinita mía. Habrá sitio en tu corazón para todos los que debes amar, para tu marido, para tus hijos, y esto sin que yo me quede sin nada, yo, tu vieja hermana... El corazón es á la vez muy chiquito y muy grande.

Bettina abrazó y besó tiernamente á su hermana, y después se quedó con zalamería con la cabeza apoyada en el hombro de Suzie:

— Si á pesar de todo esto te fastidiara tenerme á tu lado, y tuvieras mucha prisa de desembarzarte de mí, ¿sabes lo que yo haría? Pondría en un sombrero los nombres de dos de los caballeros, y los sacaría á la suerte... Hay dos que en rigor no serían completamente desagradables para mí.

— ¿Quiénes son esos dos?

— Busca...

— El príncipe Romanelli...

— Este es uno... ¿y el otro?...

—Mr. de Montessan...

—¡Y de los dos! Es lo mismo; sí, los dos serían aceptables, pero solamente aceptables, y esto no es bastante.

He ahí por qué Bettina, con una extremada impaciencia esperaba el día de la marcha y la instalación de Longueval... Se sentía un poco abatida de tantos placeres, de tantos triunfos y de tantas peticiones de su mano. El gran torbellino parisién, desde su llegada, la había cogido sin poderlo remediar, y no podía soltarla.

No tenían ninguna hora del día de parada ni descanso... Experimentaba el deseo de que la dejaran entregarse á sí misma, sola, durante algunos días á lo menos, consultarse y preguntarse á sus anchas en la plena tranquilidad y soledad del campo, á quién se decidiría á pertenecer...

Por esta razón, Bettina, vivaracha y alegre, subía el 14 de Junio, al mediodía, al tren que debía conducirla á Longueval. En cuanto se vió sola en una berlina, con su hermana:

—¡Ay! gritó ella, que contenta voy! Respiremos un poco. ¡Sola contigo durante diez días! porque los Norton y los Turner no vienen hasta el 25, ¿no es verdad?

—Sí, hasta el 25.

Vamos á pasar nuestra vida á caballo, en coche, en los montes y en el campo. ¡Diez días de libertad! ¡Y durante estos diez días, nada de enamorados! ¡no habrá enamorados! Y todos ellos ¿de qué lo están tanto, Dios mío? ¡De mí ó de

mi dinero? ¡Este es el misterio, el impenetrable misterio!

La máquina silbó, y el tren se movió poco á poco, una idea algo loquilla se le pasó por la imaginación, se echó el cuerpo mitad fuera de la portezuela y gritó, acompañando sus palabras con un pequeño adiós de la mano:

—¡Adiós, enamorados míos, adiós!

En seguida se acostó bruscamente en un rincón de la berlina, atacada de un gran impulso de risa.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Suzie! ¡Sazie!

—¿Qué te pasa?

—Un hombre con una bandera colocada en la mano... ¡Me ha visto! ¡Me ha oído! ¡y ha puesto una cara tan asustada!

—¡Eres tan loca!

—Sí, es verdad, he hecho mal en chillar por la portezuela... pero estoy tan contenta en pensar que vamos á vivir solas las dos como muchachos.

—¡Solas! ¡Solas! No tanto como eso. Tenemos, para principiar, dos personas á comer con nosotras esta tarde.

—¡Ay! ¡verdad es!... pero estas personas, no me importa nada verlas... Sí, estaré muy contenta de volver á ver al cura, y sobre todo al oficial...

—¡Cómo! ¿sobre todo?

—Ciertamente que sí... porque era tan conmovedor lo que el notario de Souvigny nos contó, cuando él era pequeñito, tan bueno tan bueno, que tengo esta noche que buscar una ocasión de de-

—Mr. de Montessan...

—¡Y de los dos! Es lo mismo; sí, los dos serían aceptables, pero solamente aceptables, y esto no es bastante.

He ahí por qué Bettina, con una extremada impaciencia esperaba el día de la marcha y la instalación de Longueval... Se sentía un poco abatida de tantos placeres, de tantos triunfos y de tantas peticiones de su mano. El gran torbellino parisién, desde su llegada, la había cogido sin poderlo remediar, y no podía soltarla.

No tenían ninguna hora del día de parada ni descanso... Experimentaba el deseo de que la dejaran entregarse á sí misma, sola, durante algunos días á lo menos, consultarse y preguntarse á sus anchas en la plena tranquilidad y soledad del campo, á quién se decidiría á pertenecer...

Por esta razón, Bettina, vivaracha y alegre, subía el 14 de Junio, al mediodía, al tren que debía conducirla á Longueval. En cuanto se vió sola en una berlina, con su hermana:

—¡Ay! gritó ella, que contenta voy! Respiremos un poco. ¡Sola contigo durante diez días! porque los Norton y los Turner no vienen hasta el 25, ¿no es verdad?

—Sí, hasta el 25.

Vamos á pasar nuestra vida á caballo, en coche, en los montes y en el campo. ¡Diez días de libertad! ¡Y durante estos diez días, nada de enamorados! ¡no habrá enamorados! Y todos ellos ¿de qué lo están tanto, Dios mío? ¡De mí ó de

mi dinero? ¡Este es el misterio, el impenetrable misterio!

La máquina silbó, y el tren se movió poco á poco, una idea algo loquilla se le pasó por la imaginación, se echó el cuerpo mitad fuera de la portezuela y gritó, acompañando sus palabras con un pequeño adiós de la mano:

—¡Adiós, enamorados míos, adiós!

En seguida se acostó bruscamente en un rincón de la berlina, atacada de un gran impulso de risa.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Suzie! ¡Sazie!

—¿Qué te pasa?

—Un hombre con una bandera colocada en la mano... ¡Me ha visto! ¡Me ha oído! ¡y ha puesto una cara tan asustada!

—¡Eres tan loca!

—Sí, es verdad, he hecho mal en chillar por la portezuela... pero estoy tan contenta en pensar que vamos á vivir solas las dos como muchachos.

—¡Solas! ¡Solas! No tanto como eso. Tenemos, para principiar, dos personas á comer con nosotras esta tarde.

—¡Ay! ¡verdad es!... pero estas personas, no me importa nada verlas... Sí, estaré muy contenta de volver á ver al cura, y sobre todo al oficial...

—¡Cómo! ¿sobre todo?

—Ciertamente que sí... porque era tan conmovedor lo que el notario de Souvigny nos contó, cuando él era pequeñito, tan bueno tan bueno, que tengo esta noche que buscar una ocasión de de-

cirle lo que yo pienso sobre eso... ¡y la encontraré!

Después Bettina cambió bruscamente de conversación:

—¿Han llevado ayer el despacho telegráfico á Edwards sobre las jaquitas?

—Sí, ayer antes de comer...

—¡Oh! tú me dejaras guiar hasta el Castillo, porque me gustará tanto atravesar el pueblo y hacer una hermosa entrada bien en redondo, sin dejar el trote en el patio, delante de la gradería. ¡Di! ¿Me lo concederás?

—Sí, sí, estoy conforme; tú guiarás las jacas.

—¡Qué buena eres, Suzie!

Edwards, era el picador. Había llegado hacía tres días al castillo para instalar las caballerizas y organizar el servicio. Se dignó venir, él mismo, delante de Mad. Scott y de miss Percival, trajo las cuatro jacas enganchadas en el duque. Esperaba en el patio de la estación en numerosa compañía.

Se puede decir que todo el pueblo de Souigny estaba allí. El paso de las jacas atravesando la calle mayor de la ciudad había producido sensación. Los vecinos se habían precipitado fuera de sus casas y se preguntaban con avidez:

—¿Qué es esto? ¿qué es esto?

Algunas personas aventuraron esta opinión:

—Un circo ambulante, tal vez...

Y por todas partes gritaban:

—¡Ustedes no han visto como van... y el co-

che... y las guarniciones brillan como si fueran de oro... y las jaquitas con una rosa blanca en cada lado de la cabeza!

La multitud se había amontonado en el patio de la estación, y los curiosos supieron que tenían el honor de asistir á la llegada de las damas del castillo de Longueval.

Hubo cierto desencanto cuando vieron á las dos hermanas, tan bonitas, pero tan sencillas con sus trajes de viaje. Los vecinos honrados esperaban la aparición de dos princesas de magia, vestidas de seda y brocados, llenas de rubíes y diamantes. Abrieron sus ojos cuando vieron á Bettina dar lentamente la vuelta alrededor de las cuatro jacas, acariciándolas ligeramente con su mano y examinando con aire entendido los detalles de sus guarniciones. No disgustaba á Bettina — y fuerza es conocerlo, — hacer un poco de efecto sobre esta multitud de vecinos aturdidos.

Pasada su revista, Bettina, sin precipitarse demasiado, se quitó sus largos guantes de piel de Suecia y se puso otros gruesos de piel de gamo, que tomó de la bolsita del alero del coche. En seguida se subió de un salto al pescante en el sitio de Edwards, recibiendo de sus manos las riendas y el látigo con una extrema habilidad, y sin que los caballos, muy excitados ya, hubiesen tenido tiempo de notar el cambio de Mad. Scott se sentó al lado de su hermana. Las jacas pateaban, bailaban y querían encabritarse.

—La señorita debe tener cuidado, dijo Edwards; las jacas están hoy muy fuertes.

—No tenga usted cuidado, respondió, ya las conozco.

Miss Percival tenía la mano segura, ligera y en regla. Contuvo las jacas durante algunos momentos, obligándolas á quedarse quietas en su sitio; después, envolviendo á los dos caballos delanteros con una doble y larga ondulación de su látigo, arrancó el tiro instantáneamente con incomparable valentía, y salió magistralmente del patio de la estación en medio de un largo murmullo de asombro y admiración.

El trote de los cuatro poneys resonaba sobre las puntiagudas piedras de Souvigny. Bettina, hasta la salida de la ciudad, les hizo sostener un paso un poco corto; pero en cuanto vió delante de ella dos kilómetros de carretera, sin cuesta alguna, dejó los poneys irse poniendo á su gusto... y tomaron un paso endemoniado.

—¡Oh! ¡qué dichosa soy! exclamó ella... Vamos á trotar y á galopar solas por estos caminos... ¿Quieres tú, Suzie, guiarlas?... ¡Es tan agradable el poder una dejarlas correr de este modo; son tan veloces y tan dóciles al mismo tiempo! Mira, toma las riendas.

—No, llévalas tú; más me gusta verte gozar á ti.

—¡Ah! en cuanto á gozar, ya lo creo que es un gran goce para mí... ¡Me gusta tanto... guiar cuatro caballos, con mucha tierra por delante!...

En París, por la mañana, no me atrevía... Me admiraban demasiado... y esto me molestaba... Pero aquí, no hay nadie... nadie... nadie!...

En el momento en que Bettina, embriagada por el aire y la libertad, lanzaba triunfalmente sus tres «¡nadie, nadie, nadie!» vieron un caballero que venía andando al paso en sentido contrario del coche.

Era Pablo de Lavardens... Hacía una hora que estaba al acecho para tener el gusto de ver pasar á las americanas.

—Tú te equivocas, dijo Suzie á Bettina; aquí hay alguien.

—Uno del pueblo... Este no entra en cuenta... porque no desea mi mano.

—No es un campesino. Miralo.

Pablo de Lavardens, al pasar al lado del coche, hizo á las dos hermanas un saludo con la más correcta perfección de un parisién.

Los poneys corrían tanto, que el encuentro tuvo la rapidez de un relámpago. Bettina exclamó:

—¿Quién es este caballero que nos acaba de saludar?

—No he tenido tiempo de verle, pero me parece que le conozco.

—¿Le conoces?

—Sí; juraría que le he visto este invierno en casa.

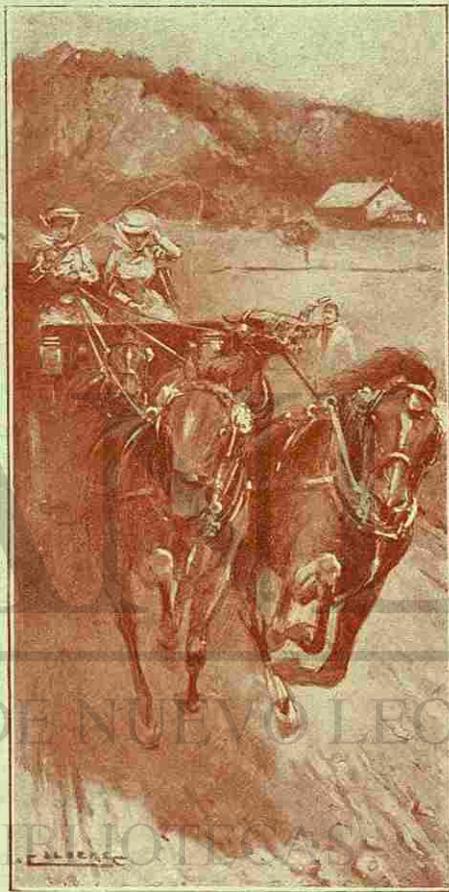
—¡Dios mío! ¿Será éste uno de los treinta y cuatro, y volverá esto á empezar?

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
VI
ALERE FLAMMAM
VERITATIS

Este mismo día, á las siete y media, Juan vino á buscar al cura á su casa y los dos tomaron el camino del castillo.

Hacia un mes que un verdadero ejército de obreros se había apoderado de Longueval; los mesones y tabernas del pueblo hacían fortuna. Inmensos camiones habían venido de París cargados de muebles y tapicerías. Cuarenta y ocho horas antes de la llegada de Ma^d. Scott, Mlle. Marbeau, la directora de correos, y Ma^d. Lormier, la alcaldesa, habían podido entrar en el castillo, y lo que contaban hacía trastornar las cabezas de los que lo oían. Los antiguos muebles habían desaparecido, relegados á las buhardillas, y se paseaba uno en medio de un verdadero montón de maravillas. ¡Y las caballerizas! ¡Y las cocheras! Un tren especial había traído de París, bajo la inteligente vigilancia de Edwards, diez coches ¡y qué coches! Veinte caballos ¡y que caballos!

El padre Constantino creía saber lo que era el lujo. Comía una vez al año en el palacio de su obispo, monseñor Foubert, prelado muy amable y muy rico, que recibía con grandeza. El cura



hasta entonces pensó que no podía haber en el mundo nada más suntuoso que el palacio episcopal de Souvigny y que los castillos de Lavardens y de Longueval... Empezaba á comprender, por lo que oía contar de los nuevos esplendores de Longueval, que el lujo de las grandes casas de hoy debía superar con singularidad al lujo serio y severo de las antiguas casas de otros tiempos.

Cuando el cura y Juan dieron algunos pasos por la calle del parque que conducía al castillo:

—Mira Juan, le dijo el cura, qué cambio. Toda esta parte del parque estaba completamente abandonada... y mira cómo ahora está enarenada y limpia... Ya no me creo, como antes, aquí en mi casa... Esto va á ser muy hermoso. Ya no encontraré mi viejo sillón de terciopelo castaño, donde me sucedía tan á menudo dormirme después de comer. Y si me duermo esta noche, ¿qué será de mí?... Ten cuidado, Juan... Si ves que empiezo á ponerme pesado, te aproximas y me pellizas por detrás en un brazo. ¿Me lo prometes?

—Sí, padrino, se lo prometo á usted.

Juan no prestaba más que una mediana atención á lo que le decía el cura. Sentía una impaciencia grande de volver á ver á Mad. Scott y miss Percival; pero esta impaciencia estaba unida á una viva inquietud. ¿Iba á encontrarlas en el gran salón de Longueval tales como las había visto en el comedorcito de la casa del cura? Quizás, en lugar de estas dos mujeres tan perfectamente sencillas y familiares, divirtiéndose con aquella

comidita improvisada, y que desde el primer día le habían acogido con tanta alegría y franqueza, se encontrarían tal vez con dos preciosas muñecas de sociedad, elegantes, frías y correctas. Su primera impresión ¿se borraría?... ¿Desaparecería?... ¿Se haría, por el contrario, en su corazón más suave y más profunda todavía?

Subieron los seis escalones de la gradería y fueron recibidos en el vestíbulo por dos robustos lacayos del aspecto más digno y más imponente. Este vestíbulo en otro tiempo era una inmensa pieza glacial y desnuda con sus paredes de piedra; estas paredes hoy estaban cubiertas de admirables tapices que representaban asuntos mitológicos; apenas los miró el cura, pero fué lo suficiente para enterarse de que las diosas que se paseaban por aquellas verdes campiñas usaban trajes de una primitiva sencillez.

Uno de los lacayos abrió las dos puertas del gran salón. Allí era donde acostumbraba á estar la anciana marquesa, á la derecha de la chimenea, y á la izquierda el sillón castaño. ¡Ya no había sillón castaño! El antiguo mueble del imperio, que era el principal adorno del salón, había sido reemplazado por un maravilloso mueble del siglo último. Además una porción de silloncitos y pufs de todos colores y variadas formas, estaban colocados aquí y allá con una apariencia de desorden que era el colmo del arte.

Mad. Scott, al ver entrar al cura y á Juan, se levantó y fué á su encuentro:

—¡Qué amable es usted, dijo ella, señor cura, de haber venido... y usted también, caballero!... ¡Y qué contenta estoy de volveros á ver, porque son mis primeros y únicos amigos en este país!

Juan suspiró. Era la misma mujer.

—¿Quiere usted permitirme, añadió, que les presente mis hijos... Harry y Bella?... Vengan ustedes.

Harry era un precioso muchacho de seis años, Bella una linda niña de cinco; tenían los mismos hermosos ojos negros de su madre y sus mismos cabellos de oro.

Después que el cura les dió un beso á los dos niños, Harry, que miraba con admiración el uniforme de Juan, dijo á su madre:

—¿Y al militar también, mamá; hay que darle un beso también?...

—Si quieres, respondió Mad. Scott, y si él quiere.

Los dos niños, un minuto después, ya estaban encima de las rodillas de Juan, y le llenaban de preguntas.

—¿Usted es oficial?

—Sí, soy oficial.

—¡De qué!

—De artillería.

—Los artilleros...son los que tiran cañonazos... ¡oh! ¡cuánto me gustaría oír tirar cañonazos y estar bien cerca!

—Usted nos llevará un día cuando tiren cañonazos, dígame usted, ¿querrá usted?

Mad. Scott, que durante este tiempo hablaba con el cura y Juan, respondiendo á las preguntas de los niños, miraba á Mad. Scott. Llevaba un vestido de muselina blanca, pero que desaparecía bajo una verdadera nube de volantitos de valencienes. El vestido era anchamente descotado por delante en forma cuadrada. Los brazos desnudos hasta el codo, un gran ramo de rosas encarnadas en la abertura del corsé, una rosa del mismo color, prendida en el pelo con un broche de brillantes, nada más.

Mad. Scott, observó en seguida de que Juan estaba ocupado militarmente por sus dos hijos:

— ¡Oh! perdone usted ¡caballero! ¡Harry!... ¡Bella!...

— Le ruego á usted, señora, que los deje.

— ¡Cuánto siento haceros comer tan tarde! ¡mi hermana no ha bajado todavía! ¡ah! ¡aquí está!

Bettina entró; el mismo vestido de muselina blanca, la misma nube de encajes, las mismas rosas encarnadas, la misma gracia, la misma hermosura, y el mismo recibimiento risueño, amable y franco.

— Soy su servidora, señor cura. ¿Me ha perdonado usted ya la horrible indiscreción que cometi el otro día?

Después, volviéndose á Juan, le tendió su mano.

— Buenos días, Señor... Señor... ¡vaya!... pues no me acuerdo de su nombre... y, sin embargo,

me parece que somos ya antiguos amigos... ¿Señor?...

— Juan Reynaud.

— Juan Reynaud... esto es. Buenos días, señor Reynaud!... pero, le prevengo á usted con toda lealtad, que de aquí á ocho días, cuando ya seamos, por completo, íntimos amigos, le llamaré Juan... Es un nombre muy bonito, Juan.

En este momento se anunció que estaba la comida. Vinieron las ayas para llevarse á los niños. Mad. Scott tomó el brazo del cura, y Bettina se apoyó en el de Juan... Hasta el momento en que apareció Bettina, Juan se decía: «La más bonita es Mad. Scott.» Cuando vió resbalar debajo de su brazo la manita de Bettina, y volver su deliciosa cara hacia él, se dijo en seguida: «La más bonita es miss Percival.» Pero volvió á caer en sus dudas cuando se sentó entre las dos. Si miraba á la derecha por este lado temía de un modo atroz quedarse enamorado... y si miraba á la izquierda, el peligro desaparecía instantáneamente trasladándose á la izquierda.

La conversación se comenzó fácil, animada y muy de confianza.

Las dos hermanas estaban encantadas. Habían dado un paseo á pie por el parque, se prometían dar al día siguiente un largo paseo á caballo por el bosque. ¡Montar á caballo era su pasión y su locura! Era también la pasión de Juan, y al cabo de un cuarto de hora, le rogaban que las acompañara en este paseo que proyectaban para el día

siguiente, y aceptaba con mucho gusto. Nadie, mejor que él, conocía todos los alrededores; era su país; sería tan dichoso en hacerlas los honores y enseñarlas una porción de sitios encantadores que, de seguro, sin él, nunca los hubieran descubierto!

—¿Usted monta todos los días á caballo?

—Todos los días y, por lo general, dos veces: por la mañana por obligación y por la tarde por mi gusto.

—¿Por la mañana? ¿muy temprano?

—A las cinco y media.

—A las cinco y media, ¿todas las mañanas?

—Sí, menos los domingos.

—Entonces ¿á qué hora se levanta usted?

—A las cuatro y media.

—¿Y es ya de día?

—¡Oh! sí, á esa hora ya es de día claro.

—¡Levantarse todos los días á las cuatro y media es admirable!... Nosotras concluimos nuestro día, muchas veces, á la hora que usted lo principia. ¿Y le gusta á usted su carrera?

—Mucho señorita. ¡Es tan agradable tener uno su existencia siempre recta delante de uno, con todos sus deberes bien conocidos y bien cumplidos!

—¡Sin embargo, dijo Mad. Scott, no ser uno dueño de sí mismo, tener que obedecer siempre!

—Esto puede que sea quizás lo que más me gusta. No hay nada más fácil que obedecer... y

además el que aprende á obedecer, es el que mejor logra saber mandar.

—¡Ay! lo que usted dice, qué verdad es!

—Sí, sin duda ninguna, continuó el cura, pero lo que no les dice á ustedes, es que es el oficial más distinguido del regimiento, y que...

—Padrino, por Dios, le ruego...

El cura, á pesar de la resistencia de Juan iba á lanzarse hacia el panegírico de su ahijado, y Bettina intervino:

—Es inútil, señor cura, no diga usted nada... Todo lo que nos cuente lo sabemos. Hemos tenido la indiscreción de informarnos sobre... ¡Ay! por poco digo Juan, sobre Reynaud... ¡Pues bien! ¡son los informes admirables!

—¿Podría yo saber lo que han dicho á ustedes? dijo Juan.

—Nada, nada... Usted no sabrá nada. No quiero á usted ponerlo colorado, y sé que se ruborizaría sin poderlo remediar.

Después volviéndose al cura:

—Y sobre usted hemos tenido también informes. Parece que es usted un Santo...

—¡Oh! lo que es esto bien verdad es, exclamó Juan.

El cura fué esta vez el que cortó de un golpe la elocuencia de Juan. Estaba á punto de concluir la comida, y el anciano cura no la había pasado sin algunas emociones. Muchas veces le habían presentado condimentos sabios y complicados sobre los que no se había atrevido á llevar su tem-

blorosa mano; tuvo miedo de ver caer todos los temblorosos castillos de jalea, las pirámides de trufas, las fortalezas de crema, los baluartes de pastelería y las rocas de hielo. El padre Constantino comió además con gran apetito, y no se asustó de beber dos ó tres copas de vino de Champagne. No le disgustaba la buena carne. La perfección no se encuentra en este mundo, y como la gula es, según dicen, un pecado capital, ¡cuántos curas muy buenos irían al infierno!

El café se sirvió en la terraza delante del castillo, y oían de lejos el sonido un poco cascado de la vieja campana de la aldea que daba las nueve. Los prados y los bosques dormían. El parque no conservaba más que líneas indecisas y onduladas. La luna lentamente reflejaba en las copas de los árboles.

Bettina tomó de la mesa una caja de cigarros:

—¿Fuma usted?

—Sí, señorita.

—Tome usted, entonces, Juan... Tanto peor, ya lo he dicho... tome usted... pero no... escuche primero.

Y, bajando la voz al presentarle la caja de cigarros:

—Es de noche y usted puede ruborizarse todo cuanto quiera. Le voy á usted á decir lo que no le he dicho antes en la mesa. Un anciano notario de Souvigny, que ha sido su tutor ha venido á visitar á mi hermana para el pago del castillo, y nos ha contado lo que usted ha hecho, después de la muer-

te de su padre, cuando usted no era más que un niño, lo que hizo por esa pobre madre y por la pobre niña. Nos enternece mucho mi hermana y yo.

—Sí, señor, continuó Mad. Scott, y por esto nosotras hemos tenido hoy un gran placer. Nosotras no hubiéramos hecho el mismo recibimiento á otro cualquiera, puede usted estar persuadido de ello. ¡Pues bien! Tome usted su cigarró ahora, mi hermana espera.

Juan no encontró palabras que contestar. Bettina permanecía quieta delante de él, con la caja de cigarros entre sus manos y los ojos atentamente fijos en la cara de Juan. Ella saboreaba el placer tan real y tan vivo que podía traducirse por esta frase:

—Me parece que estoy contemplando un buen muchacho.

—Y en seguida, dijo Mad. Scott, sentémonos aquí, contemplando esta encantadora noche... tome usted su café... y fume...

—Y no hablemos más, Suzie, no hablemos más. Este hermoso silencio del campo despues de ese ruido de París, es adorable. Estémonos aquí quietos, sin decir ni una palabra. Miremos al cielo y á las estrellas.

Los cuatro con mucho gusto, pusieron en práctica este programita. Suzie y Bettina, calmadas, tranquilas, reposadas y completamente apartadas de su existencia anterior, tomaban ya cariño por

este país que acababa de recibir las y las conservaría por algún tiempo.

Juan estaba menos tranquilo; las palabras de miss Percival le habían causado una emoción profunda; su corazón no había vuelto á tomar por completo su marcha normal.

Pero el más dichoso de todos era el cura Constantino. Había gozado con deleite del pequeño episodio que había colocado la modestia de Juan, en un trance tan rudo y dulce á la vez. ¡Profesaba tal afección á su ahijado! El más tierno de los padres no ha querido jamás con tanto corazón al más querido de sus hijos. Cuando el anciano cura miraba al joven oficial, le sucedía muchas veces, tenerse que decir:

—¡El cielo me ha colmado de bienes! ¡Soy sacerdote y tengo un hijo!

El cura se perdió en un agradable delirio, se encontraba como en su casa; y sus ideas poco á poco se fueron confundiendo y embrollando. El sueño llegó á ser pesadez, la pesadez de la soñolencia, y el desastre fué bien pronto completo é irremediable. El cura se durmió profundamente. La maravillosa comida y las dos ó tres copas de vino de Champagne, hicieron bastante para producir la catástrofe.

Juan no se enteró de nada; había olvidado la promesa hecha á su padrino. Y ¿por qué se olvidó? Porque á Mad. Scott y miss Percival se les había ocurrido poner los pies encima de los taburetes del jardín, colocados delante de los hermo-

sos sillones de nogal rellenos de almohadones. Y de este modo, perezosamente echadas hacia atrás, un poco, muy poco, pero lo bastante para descubrir cuatro piececitos, bien delineados y marcados con precisión, bajo dos preciosas ondas de blancuísimos encajes, que la claridad de la luna destacaba, Juan los miraba y le ocurría esta cuestión:

—¿Cuáles son los más pequeñitos?

Mientras que pensaba el modo de resolver este problema, Bettina, de repente, dijo en voz baja:

—¡Juan! ¡Juan!

—¡Señorita!

—Mire usted el señor cura cómo duerme.

—¡Ay! ¡Dios mío! Yo tengo la culpa.

—¡Cómo! ¿Usted tiene la culpa? preguntó madama Scott, lo mismo, en voz baja.

—Sí... Mi padrino se levanta muy temprano y se acuesta también temprano; me había encargado de impedir que se durmiera. Muchas veces, en casa de Mad. de Longueval, después de la comida le entraba el sopor. Ustedes le han acogido con tal bondad, que ha vuelto á coger en seguida sus antiguas costumbres.

—¡Pues ha hecho muy bien! dijo Bettina. No hagamos ruido para no despertarlo.

—Usted es excelente, señorita, pero la noche se vuelve algo fresca.

—¡Ay! tiene usted razón, podría resfriarse. Espere usted un poco. Voy á ir á buscar un abrigo mío,

—Creo, señorita, que sería mejor despertarlo con discreción para que no sospeche que le han visto ustedes dormir.

—Déjeme usted, dijo Bettina, yo sé lo que he de hacer. Suzie, vamos á cantar juntas, muy bajito primero, y después vamos forzando poco á poco la voz... Cantemos.

—Con mucho gusto... pero ¿qué vamos á cantar?

Cantaremos *Somesihng childish*... Las palabras son de ocasión.

Suzie y Bettina se pusieron á cantar:

If I had but two little wings
and were á little feathery bird, etc.

Sus voces dulces y penetrantes, en el profundo silencio que había, produjeron un delicado sonido. El cura nada oía y no se movía. Encantado Juan de este improvisado concierto, se decía:

—¡Dios quiera que mi padrino no se despierte demasiado pronto!

Las voces, sin embargo, llegaron á ser más claras y más fuertes:

Bul in my sleep tou I fly;
I'm always with yon in my sleeeep, etc.

Y el cura continuaba sin moverse.

—¡Cómo duerme! dijo Suzie. es un crimen despertarle.

—Es preciso... ¡Más alto, Suzie, más alto!

Suzie y Bettina dejaron escapar con más libertad los acordes de sus voces.

Sleep stays not, though á monarch bids;
So I love to wake ese Crealt of day, etc.

El cura se despertó sobresaltado. Después de un corto momento de inquietud respiró... Nadie evidentemente había notado su profundo sueño. Se enderezó, se estiró con prudencia, lentamente... Y estaba salvado.

Un cuarto de hora después las dos hermanas acompañaban al cura y á Juan hasta la puertecita del parque, que daba al pueblo y á distancia de cien pasos de la casa del cura. Al aproximarse á esta puerta, Bettina dijo á Juan de repente:

—¡Ay! caballero, hace tres horas que tengo en la mente una pregunta que hacer á usted. Esta mañana, al llegar nosotras, encontramos en el camino á un joven delgado, de bigote rubio, que montaba un caballo negro, y nos saludó al pasar.

—Es Pablo de Lavardens, uno de mis amigos. Ya ha tenido el honor de ser presentado á usted, pero algo ligeramente. También desea ser nuevamente presentado.

—Pues bien, usted nos le traerá uno de estos días, dijo Mad. Scott.

—Hasta el 25, exclamó Bettina; antes no, no. Hasta entonces á nadie, á nadie queremos ver, excepto á usted, Juan... pero usted es una cosa muy extraordinaria; no sé en lo que consiste, pero

usted no es nadie ya para nosotros. La verdad es que el cumplimento que he querido hacerle quizás no está bien dicho, pero no dude usted que es una amabilidad... Porque experimento, sin poderlo remediar, la intención de ser excesivamente amable al hablarle de este modo.

—Usted lo es siempre, señorita.

—Tanto mejor si he tenido la felicidad de hacerme comprender... Hasta la vista, Juan, y hasta mañana.

Mad. Scott y miss Percival volvieron á emprender el camino del castillo.

—Y ahora, Suzie, dijo Bettina, ríñeme fuerte... Así lo espero... porque lo he merecido.

—¡Reñirte! ¿Por qué?

—Vas á decir, estoy segura, que he estado demasiado familiar con ese joven.

—No, no te diré eso... Ese joven ha hecho en mí, desde el primer día que lo conocimos, la más feliz impresión que puedes imaginar, y me inspira una completa confianza.

—Y á mí también.

—Estoy persuadida de que nosotras dos debemos poner todo lo que esté de nuestra parte para hacer de él un buen amigo nuestro.

—En cuanto á mí, de todo corazón... Mucho más, Suzie, cuando he visto ya tantos jóvenes desde que vivimos en Francia... ¡Oh! sí, he visto... y muchos!... Pues bien, es el primero, positivamente el primero, en cuya mirada no he visto con claridad esta frase: «¡Dios mío, qué dichoso

sería si pudiera casarme con los millones de esta personita!» Esto lo llevan escrito en sus ojos todos los demás, y en los suyos no. Por lo demás, ya estamos en casa... Buenas noches, Suzie, y hasta mañana.

Mad. Scott fué á ver á sus hijos y á besarlos dormidos.

Bettina permaneció un buen rato con los codos apoyados en la balaustrada del balcón.

—Me parece, dijo, que este país me va á gustar mucho á mí.

Al día siguiente, al volver de la maniobra, Pablo de Lavardens esperaba á Juan en el patio del cuartel. Apenas le dejó el tiempo necesario para bajarse del caballo... y le llamó aparte:

—Cuéntame, le dijo, en seguida, tu comida de ayer, cuéntamela. Yo las he visto esta mañana muy temprano. La más pequeña guiaba los cuatro poneys negros, y ¡con un aire de calavera!... Las he saludado... ¿Las has hablado de mí?... ¿Me han reconocido?... ¿Cuándo me llevas á Longueval? ¿Me respondes? Respóndeme pronto.

—¡Responderte yo... responderte! ¿A qué pregunta, en resumidas cuentas, quieres que te conteste?

—A la última que te he hecho.

—¿Cuándo te llevaré á Longueval?

—Sí.

—Pues bueno, dentro de diez días. No quieren ver á nadie por ahora.

—Entonces tú no volverás á Longueval sino dentro de diez días.

—¡Oh! sí, yo vuelvo hoy á las cuatro. Pero yo no soy nadie. ¡Juan Reynaud, el ahijado del cura! Por eso he penetrado tan fácilmente en la confianza de estas dos encantadoras mujeres; me he presentado con la protección y con la garantía de la Iglesia... Y después han descubierto que podía hacerlas algunos pequeños servicios; conozco mucho el país, y me utilizarán como guía. En fin, no soy nadie, mientras que tú, conde Pablo de Lavardens, tú eres alguien. Así, no temas nada, tu turno te tocará en las fiestas y en los bailes, cuando sea preciso lucirse, cuando haya que bailar. Tú brillarás entonces con todo tu esplendor, y yo me retiraré humildemente á mi oscuridad.

—Búrlate de mí lo que quieras... La verdad es que durante estos diez días vas á tomar la delantera... sí, la delantera.

—¿Cómo la delantera?

—Vamos, Juan, ¿quieres hacerme creer que no estás ya enamorado de una de estas dos mujeres? ¿Es posible evitar eso? ¡Tanta hermosura... tanto lujo! ¡Ay! El lujo puede hacer á veces más que la belleza. ¡El lujo hasta ese punto me trastorna y me enloquece! He soñado esta noche con las cuatro jacas negras de las escarapelas de rosas blancas... y con esta muchacha... Bettina... ¿no es ese su nombre?

—Sí, Bettina.

—¡Bettina... condesa de Lavardens! Suena muy bien. ¡Y qué marido tan perfecto haría yo! Ser el esposo de una mujer locamente rica será mi

destino. ¡No es tan fácil poderlo ser así! Es preciso saber ser rico, y yo estoy seguro que tendría ese talento. He hecho mis estudios; me he comido bastante dinero... ¡y si mi madre no me hubiera sujetado!... Pero estoy dispuesto á volver á empezar... ¡Ay! ¡qué dichosa sería conmigo! La haría pasar una existencia de princesa de magia... En su lujo vería retratado el arte y la ciencia de su marido... Pasaría mi vida engalanándola, adornándola, acariciándola y paseándola por todo el mundo. Estudiaría á fondo su belleza para colocarla en la posición que mejor la conviniera, para que ella misma dijera: «Si no estuviera él siempre á mi lado, no sería yo tan bonita...» No sabría solamente amarla, sino también divertirla... ¡Tendría con su dinero todo el amor y el placer que quisiera! Vámonos, Juan, ten un buen impulso; llévame hoy á casa de Mad. Scott.

—Te aseguro que no puedo.

—Pues bien; aguardaré diez días solamente, pero entonces te prevengo que me instalo en Longueval y no me muevo de allí. Por supuesto que daré mucho gusto á mamá. Está un poco quejosa contra las americanas, y dice que se arreglará de modo de no verlas; pero yo la conozco bien á mi madre. El día en que yo le diga una noche al entrar en casa: «Mamá, he ganado el corazón de una encantadora personita que vive afligida con un capital de veinte millones y una renta de dos ó tres...» Se exagera mucho cuando se habla de cientos de millones; las verdaderas cifras son és-

tas, me bastan... Esa noche mi madre se pondrá loca de contenta... porque en el fondo, ¿qué desea ella para mí? Lo que todas las buenas madres desean para sus hijos, sobre todo cuando han hecho tonterías... Una boda rica ó una relación secreta en sociedad. Encuentro en Longueval las dos combinaciones, y me acomodaría con mucho gusto á una y á otra. Tú tendrás la bondad solamente en este intervalo de los diez días, de darme parte de lo que ocurra... Me haces saber cuál de las dos me cedas, Mad. Scott ó miss Percival...

—Eres loco. No pienso, ni pensaré en semejante cosa.

—Escúchame, Juan, eres el juicio y la razón personificadas; estamos de acuerdo; pero tú dirás y harás lo que quieras... Oye, y acuérdate bien de lo que te voy á decir: Juan, tú te enamorarás en esa casa.

—No lo creo, dijo Juan riéndose.

—Pues yo estoy seguro de ello... Hasta la vista... Te dejo engolfado en tus asuntos.

Juan aquella mañana era tan sincero como el que más. Había dormido muy bien la noche anterior. Su segunda entrevista con las dos hermanas le había disipado, como por encanto, la ligera turbación que había agitado su espíritu después de la primera entrevista. Se preparaba á verlas con mucho gusto, pero muy tranquilamente. Había demasiado dinero en esa casa para que el amor de un pobre diablo pudiera encontrar colocación honrada.

La amistad era otra cosa. Con todo su corazón y con todas sus fuerzas iba á procurar establecer bien pacíficamente una estimación y una afección con estas dos mujeres. Procuraría no ocuparse de la hermosura de Suzie y Bettina; trataría de no olvidarse, como la vispera, de contemplar los cuatro piececitos colocados en los dos taburetes del jardín. Le habian dicho con franqueza y cordialidad: «Usted será nuestro amigo.» Esto era todo lo que deseaba, ser su amigo, y lo sería.

Todos los sucesos, durante los diez días que pasaron, fueron contrarios á favorecer esta empresa. Suzie, Bettina, el cura y Juan vivieron haciendo la misma vida, en la más estrecha y más íntima confianza. Las dos hermanas daban por la mañana largos paseos en coche con el cura, y por la tarde con Juan hacían largas expediciones á caballo.

Juan no procuraba analizar lo que sentía; sólo se preguntaba si se inclinaría á la derecha ó la izquierda. Sentía por las dos hermanas igual veneración y amistad. Se encontraba completamente dichoso y tranquilo, por lo cual deducía que no estaba enamorado, porque el amor y la tranquilidad rara vez hacen buenas migas en un mismo corazón.

Juan, sin embargo, veía aproximarse, con un poco de inquietud y de tristeza, el día que iban á venir á Longueval los Turnes, los Norton y toda la colonia americana. Este día llegó pronto.

El viernes 24 de Junio, á las cuatro, Juan llegó

al castillo. Bettina le recibió un poco triste, pesadosa.

—¡Vaya un contratiempo! le dijo ella, mi hermana está delicada, un poco de jaqueca, no es nada. Mañana no podrá salir, y yo no me atrevo á que me vean sola con usted. Allá en América, si me atrevería, pero aquí, no ¿es verdad?

—Ciertamente que no.

—Me veo obligada á despedirle á usted, y verdaderamente me da muchísima pena.

—A mí me da también pena deirme y de perder el último día que pensaba pasar en su compañía; sin embargo, es necesario! Yo vendré mañana á saber cómo está su hermana de usted.

—Se las dará á usted ella misma. Le repito que no es nada. Pero no se vaya usted tan pronto, yo se lo ruego. ¿Quiere usted concederme un cuarto de hora de conversación? Tengo que hablarle, siéntese usted ahí... y ahora escúcheme bien. Suzie y yo, teníamos la intención de cojerle esta noche, después de comer, en un rinconcito del salón, y mi hermana, tomando la palabra, le hubiera á usted dicho lo que yo voy á intentar decirle ahora en nombre de las dos. Pero me encuentro algo emocionada sin poderlo remediar... No se ría usted que es de veras (de verdad), quisiéramos nosotras demostrarle el sincero agradecimiento que tenemos á usted las dos, por haber sido con nosotras, desde nuestra llegada, tan amable, tan bueno, tan servicial y tan...

—¡ Oh! Señorita, por Dios, soy yo quien...

—¡ Vamos! no me interrumpa usted... porque me equivoco... y no sabría salir del paso... Me sostengo, de todos modos, en que somos nosotras, las que debemos estar muy agradecidas, y usted no. Llegamos aquí, como dos extranjeras, y tuvimos la alegría de encontrar en esta tierra, en seguida, amigos, sí, verdaderos amigos. Usted nos dió la mano... nos llevó á ver á los colonos, á ver á nuestros guardas, mientras que su padrino de usted nos llevaba á ver á los pobres... y por todas partes les querían á ustedes tanto que, en seguida, nos mostraron gran confianza con su recomendación, y hasta deseos de tomarnos algún cariño... usted sabe que le adoran en este país ¿no es verdad?

—He nacido aquí... Todos estos honrados vecinos me conocen desde la niñez y están agradecidísimos á mi abuelo y á mi padre, por lo que hicieron por todos ellos. Y además... soy de su raza, de la raza de labradores. Mi bisabuelo era cultivador, de Bargecourt, un pueblo que está á dos leguas de aquí.

—¡ Ay! ¡ ay! que orgulloso dice usted eso.

—Ni orgulloso, ni humilde.

—Perdone usted ¡ ha demostrado un pequeño indicio de orgullo! ¡ Pues bien! Yo le responderé á usted que el bisabuelo de mi madre era colono en Bretaña, se fué al Canadá al fin del siglo último, cuando todavía era de Francia... ¿Y usted quiere mucho á este país, en el que ha nacido?

—Mucho. Y por cierto que me veré precisado bien pronto á abandonarlo.

—¿ Por qué?

—Porque al obtener ascenso me destinarán á otro regimiento, y me iré paseando de guarnición en guarnición... Pero seguramente cuando sea un viejo comandante ó un coronel retirado, vendré á vivir y morir aquí, en la casita de mi padre.

—¿ Siempre solo?

—¿ Por qué solo siempre?... Espero que no...

—¿ Tiene usted idea de casarse?

—Sí, ya lo creo.

—¿ Y usted busca con quién casarse?

—No... puede uno pensar en casarse; pero no debe uno buscar con quién casarse.

—Sin embargo, hay personas que buscan... ya lo creo, yo le respondo á usted de esto, y sin ir más lejos, usted ha querido casarse.

—¿ Quién le ha contado á usted eso?

—El señor cura.

—Mi padrino ha hecho mal, dijo Juan con cierta viveza.

—No, no, él no ha hecho mal. Si alguno es culpable soy yo, culpable por caridad, no por curiosidad. Lo juro á usted. He descubierto que su padrino no era nunca más feliz que cuando le hablaban de usted, y por eso yo, cuando por la mañana estaba sola con él, durante nuestros paseos, para darle gusto le hablaba de usted, y me contaba su historia. Usted vive muy bien, muy bien... Recibe usted del gobierno doscientos trece

francos todos los meses... y algunos céntimos.
¿Es verdad esto?

—Sí, dijo Juan, decidido á poner buena cara á las indiscreciones del cura.

—Usted tiene, además, ocho mil francos de renta.

—Poco más ó menos, no completos.

—Añada usted á eso su casa, que vale una treintena de mil francos. En fin, está usted en una situación excelente, y ya han pedido su mano.

—¡ Mi mano! ¡ No, no!

—¡ Sí tal, sí tal! dos veces... y usted ha rehusado dos magníficos casamientos, dos buenos dotes, si usted quiere mejor. ¡ Es lo mismo para tantas personas! Doscientos mil francos por una parte y trescientos mil por otra. Parece enorme para este país, y usted lo ha rehusado. ¿ Me quiere usted decir por qué? ¡ Si supiera usted qué curiosa soy!

—Pues bien, se trataba de dos niñas encantadoras...

—Comprendido; se dice siempre eso.

—Pero que apenas las conocía. Me obligaron— porque me resistía— á pasar con ellas dos ó tres noches el invierno último.

—¿ Y entonces?

—Entonces, no sé cómo explicarle á usted que no experimenté siquiera el menos sentimiento de preocupación, ni emoción, ni inquietud, ni turbación...

—En fin, dijo resueltamente Bettina, ni la más ligera sospecha de amor, ¿ eh?

—No, ni la más ligera... y me volví á meter juiciosamente otra vez en mi agujero de soltero, porque pienso que vale más no casarse que hacerlo sin amor. Esta es mi opinión.

—Y también la mía.

Ella le miraba y él también á ella. Bruscamente, con gran sorpresa mutua, no encontraron nada que decirse y nada hablaron después.

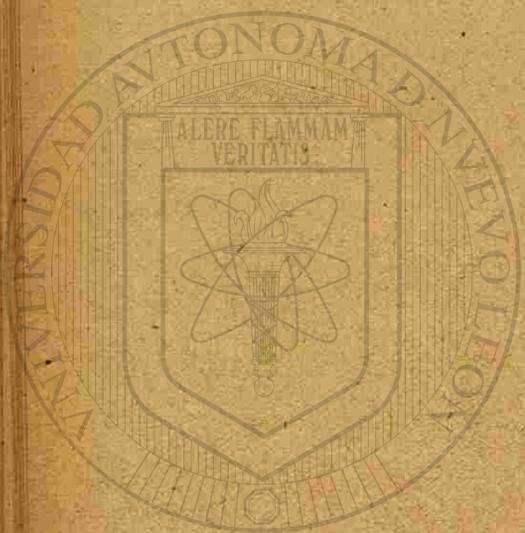
Por suerte, en este momento Harry y Bella, con grandes gritos, se precipitaron en el salón.

—Señor Juan, señor Juan, ¿ está usted ahí? Venga usted á ver mis jaquitas.

—¡ Ah! dijo Bettina con voz un poco temblorosa, Edwards ha llegado en este mismo momento de París trayendo á los niños sus microscópicos caballos. Vamos á verlos, ¿ quiere usted?

Fueron á verlos y eran dignos, en efecto, de figurar en las cuadras del rey de Lilliput.





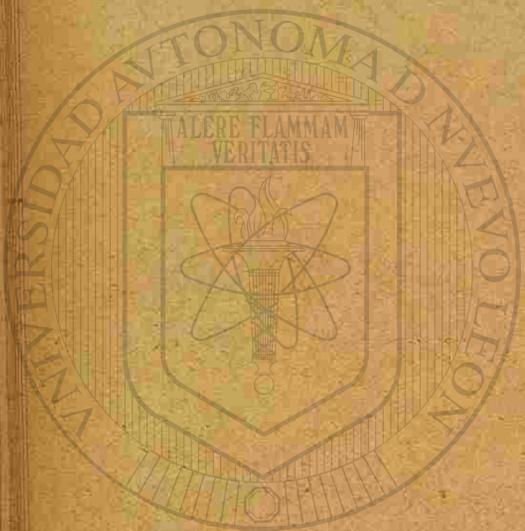
Tercera parte

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



VIII

Tres semanas pasaron. Juan al día siguiente debía marchar con su regimiento á las escuelas de tiro; iba á vivir de su existencia de soldado. Diez días de etapas consecutivas por la carretera á la ida y á la vuelta y otros diez días bajo la tienda de campaña, en el campo de Cercottes dentro de los bosques de Orleans. El regimiento volverá á Souvigny el 10 de Agosto.

Juan no está ya tranquilo; ya no es feliz. Ve venir el momento de su partida, con impacienta al mismo tiempo que con asombro; con impacienta porque sufre un verdadero martirio, y á toda prisa quiere escapar de aquí... y con asombro porque durante estos veinte días sin verla, sin hablarla, sin ella, en fin, qué va á ser de él? ¡ Ella es Bettina! ¡ La adora!

¿Desde cuándo? desde el primer día que la encontró en el mes de Mayo en el jardín del cural ¡Esta es la verdad! Pero Juan lucha y se defiende contra esta verdad. Cree que no ama á Bettina más que desde el día en que los dos hablaban alegre y cordialmente en la salita. Estaba sentada en el sofá azul, al lado de la ventana, y charlando se divertía en arreglar el vestido de la princesa japonesa, una muñeca que tenía Bella, que estaba tirada en un sillón, y que Bettina la había recogido maquinalmente.

¿Por qué vino á la imaginación de miss Percival la idea de hablarle de las niñas con quienes debía casarse? La cuestión, por otra parte no le había preocupado de ninguna manera. Respondió que no se había sentido hasta entonces con gusto para casarse, y que sus entrevistas con estas niñas no le habían causado ninguna emoción ni agitación. Sonreía cuando le hablaban de esto; pero un momento después ya no sonreía. Estas emociones y estas agitaciones, ibā aprendiendo á conocerlas. Juan no se hizo ilusiones; se daba perfecta cuenta de la profundidad de la herida que ella le había hecho en pleno corazón.

Juan, sin embargo, no se acobardó. En este día, al marcharse, se dijo: «Sí, es muy grave, muy grave, pero yo volveré aquí.» Buscó pretexto por su locura y lo encontró en los acontecimientos sucedidos por las circunstancias. ¡Esta deliciosa niña hacía diez días que no se había apartado de su lado, sola casi siempre con él! ¿Cómo

era posible resistir semejante tentación? Se embriagó con su encanto, con su gracia y con su hermosura. Pero al día siguiente, veinte personas irían al castillo y sería el fin de su peligrosa intimidad. Se prometía tener valor, apartarse y perderse entre la multitud, viendo á Bettina menos á menudo, y menos cerca... ¡Pero no verla más era una cosa que no podía ni un momento pensar en ella! Quería seguir siendo amigo de Bettina, porque no podía ser otra cosa más que su amigo. Porque si existía otro pensamiento, no entraba en la imaginación de Juan. Este pensamiento, no le parecía extravagante, le parecía monstruoso. No había en el mundo hombre más honrado que Juan y el dinero de Bettina le daba horror, positivamente horror.

La gente, en efecto, desde el día 25 de Junio había invadido á Longueval. Mad. Norton había llegado con su hijo Daniel y Mad. Turner con su hijo Felipe, los dos formaban parte de la famosa cofradía de los treinta y cuatro. Eran antiguos amigos; Bettina los había tratado como tales y les había declarado, con plena franqueza, que perdían por completo su tiempo; no perdían las esperanzas á pesar de esto y formaban el centro de una pequeña corte solícita y asidua alrededor de Bettina.

Pablo de Lavardens había hecho ya su entrada en la escena, y llegó á ser rápidamente el amigo de todo el mundo. Había recibido la educación brillante y complicada de un joven que se decide

á vivir del placer, y no se ocupaba de otra cosa que de divertirse; caballos, croquet, law-tennis, polo, charadas y comedias, á todo esto estaba siempre preparado y en todo esto sobresalía. Fué reconocida su superioridad, y se impuso. Pablo llegó á ser, con aprobación general, el director y organizador de las fiestas de Longueval.

Bettina no tuvo ni un momento de duda. Cuando Juan la presentó á Pablo de Lavardens, y apenas éste acababa de hacerla el cumplido de rigor, Bettina, inclinándose al oído de Suzie, le dijo:

—¡El trigésimoquinto!

Hizo, sin embargo, buena acogida á Pablo, y tan buena, que éste, durante algunos días, tuvo la debilidad de creer que podía aspirar á su corazón, y se equivocó. Creyó que sus gracias personales le habían valido esta amable y cordial recepción. Estaba en un grandísimo error. Había sido presentado por Juan, era su amigo, y á los ojos de Bettina no tenía más mérito que esto.

El castillo de Mad. Scott era plaza abierta: invitaban para una noche y quedaban convidados para todas, y Pablo con entusiasmo se decidió á venir todas las noches. Su sueño estaba realizado. Hallaba á París en Longueval.

Pablo ni era tonto ni fatuo. Sin duda ninguna era por parte de miss Percival objeto de atenciones y de favores muy especiales; ella se complacía en hablar largos ratos y mucho tiempo sola con él... pero el eterno, el inagotable asunto de sus

conversaciones ¿cuál era? Juan, hablar de Juan, y siempre de Juan!

Pablo era ligero, disipado, frívolo, pero se ponía serio cuando se trataba de Juan; sabía apreciar y sabía querer. Nada le era más agradable ni nada le era más fácil que contar de su amigo de la infancia todo lo bueno que él pensaba. Y como veía que Bettina tenía gran satisfacción en escucharle, Pablo daba libertad completa á su elocuencia.

Solamente que Pablo—y estaba en su derecho—quiso una noche tener el provecho de su conducta caballerosa. Acababa de hablar durante un cuarto de hora con Bettina. Terminada la conversación se fué á buscar á Juan al otro lado del salón y le dijo:

—Me has dejado el campo libre... y me he lanzado intrépidamente sobre miss Percival.

—Y bien, no estarás descontento del resultado de tu empresa. Os supongo ya los mejores amigos del mundo.

—Sí, ciertamente... así parece... así parece... y sin embargo yo no lo creo. Efectivamente que no hay persona más amable, ni más encantadora que miss Percival; pero es lo cierto que tengo un gran mérito en conocerlo, porque aquí, en reserva, entre nosotros, te diré que me hace representar un papel ingrato y ridículo, que no es propio de mi edad. Tengo hoy la edad de los que se enamoran; pero aún no tengo la de los confidentes.

—¿De los confidentes?

—Si, querido, de los confidentes. Ese es mi cargo hoy en la casa. ¡Tú nos mirabas hace un momento!... Tengo buena vista, sí... Tú nos mirabas... Pues bien, ¿sabes de lo que hablábamos? De ti, querido, de ti, nada más que de ti. Y todas las noches la misma conversación. Preguntas siempre sin cesar: «Ustedes han sido educados juntos? ¿Ustedes dos han aprendido las primeras letras con el cura Constantino? ¿Será pronto capitán? ¿Y después?—Comandante.—¿Y luego?—Coronel... etc., etc.» ¡Ay! Juan, amigo mío, qué sueño tan hermoso podrías tú tener, si quisieras!

Juan se incomodó y se puso muy serio. Pablo se extrañó mucho de este acento de brusca irritación.

—¿Por qué te pones así? ¿Qué tienes? Creo que nada he dicho que te moleste...

—Perdóname. He hecho mal; pero ¿por qué razón te ha ocurrido una idea tan absurda?

—¿Absurda?... No me parece... puesto que yo he tenido por mi propia cuenta esta absurda idea.

—¡Ah! tú...

—¡Cómo! ¡yo!... Ya lo creo... y como yo la he tenido, tú la puedes tener... porque vales más que yo...

—Pablo, por Dios, déjame.

La angustia de Juan era evidente.

—No hablemos más... no hablemos más... Lo que quería decirte, en resumen, es que miss Per-

cival me encuentra elegante y buen muchacho, pero en cuanto á quererme de veras, jamás creo que lo conseguiría; volveré, pues, á machacar á Mad. Scott, sin gran esperanza... Mira, Juan, yo me divertiré en esta casa, pero yo no haré el gasto.

Pablo empezó á dirigirse á Mad. Scott, pero al día siguiente tuvo la sorpresa de tropezar con Juan; éste, en efecto, se puso á tomar sitio con mucha formalidad en el círculo particular de madama Scott, que lo mismo que Bettina, tenía su pequeña corte. Lo que allí venía á buscar Juan era una protección, un abrigo, un sitio de asilo.

El día de esta temible conversación sobre los casamientos sin amor, Bettina, por la primera vez, sintió repentinamente despertar en ella esa necesidad de amar que reposa no muy tranquila en el corazón de todas las muchachas. La sensación fué la misma y al mismo tiempo, tanto en el alma de Juan, como en la de Bettina. El, espantado, se había echado bruscamente hacia atrás. Ella, al contrario, se había dejado correr con toda la ingenuidad de su plena inocencia, por este impulso de emoción y de ternura.

Ella esperaba el amor... si esto era amor... El hombre que debía ser su único pensamiento, su vida, su alma, era él, era Juan! ¿Por qué no? Ella le conocía más íntimamente que á todo aquellos que hacía un año habían mariposeado alrededor de su fortuna, y en lo que ella sabía de su vida no había nada que pudiera desalentar la con-

fianza y el amor de una niña honrada. Muy lejos de eso.

Los dos, en resumen, hacían bien, colocándose dentro del deber y de la verdad; ella entregándose, él resistiendo, ella no pensando ni un momento en la oscura posición de Juan ni en su pobreza; él retirándose de esa montaña de millones como hubiera retrocedido delante de un crimen; ella pensando que no tenía derecho de oponerse al amor, y él reflexionando que no tenía derecho de discutir con el honor.

A medida que Bettina se ponía cada día más tierna y se abandonaba con más franqueza al primer grito de amor, Juan se ponía cada día más sombrío y más agitado. No sólo tenía miedo de amarla; tenía miedo de ser amado.

Debía haberse quedado en su casa y no venir. Quiso hacerlo y no pudo conseguirlo... La tentación era muy fuerte y le arrastraba. Llegaba... Ella le recibía en seguida con los brazos extendidos, la sonrisa en los labios y el corazón en los ojos. Todo en ella decía: «¡Intentaremos querernos, y si podemos nos amaremos!»

El miedo se apoderaba de él. Estas dos manos que se adelantaban á apretar las suyas, apenas si se atrevía á tocarlas; trataba de huir de esta mirada que, tierna y sonriente, inquieta y curiosa, buscaba sus ojos. Temblaba ante la necesidad de hablar á Bettina y de oírla. Entonces Juan se refugiaba al lado de Mad. Scott, y entonces ésta refugió sus palabras indecisas, emocionadas, tur-

badas, que no eran dirigidas á ella y que las tomaba como suyas.

Suzie no podía engañarse. Sentimientos aún vagos y confusos la agitaban y Bettina nada le había dicho todavía. Guardaba y acariciaba el recuerdo de su naciente amor como un avaro guarda y acaricia los primeros luises de su tesoro... El día en que ella viera claro en su corazón y estuviera segura de amar ¡ay! ¡de qué modo hablaría entonces, y qué dichosa sería pudiéndole decir todo á Suzie!

Mad. Scott había concluido por atribuirse el honor de esta melancolía de Juan, que iba tomando de día en día un carácter más marcado. Esto la lisonjeaba—porque nunca desagrada á una mujer el creerse amada—pero al mismo tiempo la entristecía. Profesaba á Juan una grande estima, un gran afecto; y la afligía pensar que, si estaba triste y desgraciado, era por su causa.

Por otra parte, Suzie tenía el sentimiento natural de su inocencia. Con los demás era algunas veces coqueta, muy coqueta; atormentarlos un poco, ¿era un gran crimen? Ellos no tenían nada que hacer ni servían para nada, y esto les ocupaba divirtiéndolos; les hacía pasar el tiempo y á ella también... Pero Suzie no tenía que reprocharse de haber sido coqueta con Juan; se daba cuenta de su mérito y de su superioridad; valía más que los otros; era hombre capaz de sufrir con seriedad, y esto era lo que no quería madama Scott. De modo que ya dos ó tres veces había

estado á punto de hablarle callandito y con mucho afecto, pero reflexionó... Juan se iba á marchar por veinte días; cuando volviese, si fuese necesario, ella le haría un poco de moral y sabría colocarse de tal modo, que el amor no vendría á arrojarse tan tontamente entre su amistad.

Juan partía al día siguiente... Bettina insistió con todas sus fuerzas para que viniera á pasar este último día en Longueval, y que había de comer en el castillo. Juan se excusó alegando sus ocupaciones por ser la víspera de su marcha. Llegó por la noche hacia las diez y media; vino á pie, y muchas veces en el camino, había querido volver sus pasos atrás.

—Si yo tuviera valor, se decía él, no la volvería á ver más. Salgo mañana y no vuelvo más á Souvigny hasta que ella ya no esté... Mi resolución está tomada.

Pero continuó su camino; quería verla todavía... por la última vez.

Cuando él entró en el salón Bettina corrió, como siempre, á su encuentro:

—¡ Por fin, ha venido usted!

—¡ Qué tarde es!...

—He estado muy ocupado.

—¿ Y se marcha usted mañana?

—Sí, mañana.

—¿ Muy temprano?

—A las cinco de la mañana.

—¿ Usted irá por el camino que va al lado de la tapia del parque y atraviesa luego el pueblo?

—Sí, por ese camino hemos de pasar.

—¿ Por qué tan de madrugada? Yo hubiera ido á verle á usted pasar y decirle adiós desde la terraza.

Bettina tenía agarrada y guardaba la mano de Juan, que quemaba. Este la quitó con dolor haciendo un esfuerzo.

—Es preciso, dijo él, que yo vaya á saludar á su hermana.

—¡ Ahora!... Ella no le ha visto á usted... hay más de diez personas á su alrededor... Venga usted á sentarse un poco á mi lado.

Le obligó á sentarse á su lado.

—También nosotras debemos marcharnos.

—¿ Ustedes?

—Sí, hemos recibido hace una hora, un telegrama de mi cuñado, que nos ha dado un gran alegrón. No debía volver hasta dentro de un mes. Viene á los doce días. Se embarca pasado mañana en el *Labrador*... Iremos á esperarle al Havre... Saldremos pasado mañana. Llevaremos á los niños... Porque les hará mucho bien pasar una decena de días en el mar... ¡ Qué contento se pondrá mi cuñado cuando conozca á usted! ¡ Cuando le conozca!... Pero si ya le conoce ¡ Le hemos hablado tanto de usted en nuestras cartas! Estoy segura que se entenderá con él á las mil maravillas. ¡ Es excelente!... ¿ Se va usted á quedar allí mucho tiempo?

—Veinte días.

—Veinte días... ¿ en un campamento?

—Sí, señorita, en el campamento de Cercottes.

—En medio de los bosques de Orleans. Me explicó esta mañana su padrino lo que era. Soy feliz, seguramente, en ir á esperar á mi cuñado; pero, al mismo tiempo, me da un poco de tristeza pensar en marcharme: no siendo por esta causa, le haría todas las mañanas una visita á su padrino... y me daría noticias de usted. ¿Quiere usted, en estos diez días, escribir á mi hermana una esquelita de cuatro líneas—esto no le ha de privar á usted de mucho tiempo—para decirle cómo le va á usted, y saber nosotras también que usted no nos olvida?

—¡Oh! en cuanto á olvidarme de usted... en cuanto á perder el recuerdo de su amabilidad y de su bondad... eso, jamás, señorita, jamás!

Su voz temblaba. Tuvo una gran emoción. Se levantó.

—La aseguro á usted, señorita, que me es preciso saludar á su hermana... Me está mirando... y debe estar asombrada...

Atravesó el salón. Bettina le siguió con la vista. Mad. Norton acababa de sentarse al piano para hacer bailar un poco á los muchachos. Pablo de Lavardens se aproximó á miss Percival:

—¿Quiere usted hacerme el honor, señorita?

—Dios mío, respondió ella, creo que acabo de prometérselo á Juan.

—En fin, si no es para él será para mí.

—Queda entendido.

Bettina se fué hacia Juan, que acababa de sentarse al lado de Mad. Scott.

—He echado una mentira muy fea, dijo ella. Mr. de Lavardens me ha venido á invitar á bailar, y le he contestado que este wals se lo tenía prometido á usted ya... Sí, no es verdad, ¿qué quiere usted?

¡Tenerla en sus brazos, respirar el perfume de sus cabellos!... Juan sentía concluirse sus fuerzas... ¡No quiso aceptar!...

—Lo siento en el alma, señorita. No puedo... estoy indispuesto esta noche. He tenido que venir para no marcharme sin haberme despedido de usted; pero bailar no podría.

Mad. Norton acababa de empezar el preludeo de un wals.

—¡Pues bueno! dijo Pablo al llegar, muy contento, ¿es para él ó para mí?

—Es para usted dijo tristemente, sin quitar los ojos de Juan.

Estaba sumamente turbada y respondió sin saber lo que hacía. Sintió, en seguida, haber aceptado. Y se hubiera querido quedar allí, al lado de él... Era ya tarde, Pablo la cogió y la llevó.

Juan se había levantado, los miraba á los dos, á Bettina y á Pablo; una nube pasó por sus ojos: sufría muy cruelmente.

—No tengo ya más que una cosa que hacer, se dijo él, aprovechar ahora la ocasión y marcharme... Mañana por la mañana, escribiré una esquelita á Mad. Scott para excusarme.

Llegó á la puerta... No miró á Bettina... ¡si la hubiera mirado se hubiera quedado!

Pero Bettina le miró y de repente dijo á Pablo.

—Muchas gracias, caballero, estoy un poco cansada... Detengámonos, por Dios... ¿Usted me perdonará, no es verdad?

Pablo la ofreció su brazo.

—No, muchas gracias.

La puerta acababa de cerrarse. Juan ya no estaba allí. Bettina atravesó el salón corriendo. Pablo se quedó muy asustado sin comprender lo que pasaba.

Juan estaba ya en la gradería cuando oyó que le llamaban:

—¡Caballero Juan! ¡Caballero Juan!

Se detuvo, y se volvió.

Estaba allí, detrás de él.

—¿Se marcha usted... sin decirme siquiera, adiós?

—Pido á usted mil perdones, estoy muy cansado.

—Entonces no se vaya usted así á pie. El tiempo está amenazando.

Y extendió la mano afuera.

—¡Miró usted! ya llueve.

—¡Oh! muy poco.

—Venga usted á tomar una taza de te en el gabinete, sólo conmigo, y haré que le pongan el coche.

Y volviéndose al lacayo:

—Di que pongan, en seguida, una berlina.

—No, señorita, yo le ruego, el aire me reanimará... Tengo necesidad de andar... Déjeme usted salir.

—Bueno, márchese usted ¿pero va usted sin abrigo?... Yo le daré un chal mío, para abrigarse.

—No tengo frío... pero usted... con ese vestido descotado... Me marchó para obligarla á que se meta usted en su casa.

Y sin siquiera darla la mano, se marchó, bajando rápidamente los escalones de la gradería.

—Si llego á tocar su mano, se dijo él, estoy perdido, descubro mi secreto.

¡Su secreto! No sabía que Bettina leía ya en sus ojos, como en un libro abierto.

Cuando Juan llegó al último escalón de la gradería, tuvo un corto momento de indecisión. Le vino á sus labios esta frase:

—¡Amo á usted! ¡La adoro! ¡y por eso es por lo que no quiero verla más!

Pero, no la pronunció, se alejó, y se perdió, en seguida, en la oscuridad de la noche... Bettina se quedó allí, en el primer escalón de la gradería bajo el arco luminoso de la puerta.

Gruesas gotas de agua, arrojadas por el viento, vinieron á azotar los desnudos hombros de Bettina y la hicieron estremecerse; nada le importó; oía distintamente los latidos de su corazón.

—Ya sabía yo que él me quería, se dijo; pero ahora ya no me queda la menor duda de que yo también... ¡oh! sí... yo también...

De repente, en uno de los grandes espejos de

la puerta, vió reflejar los perfiles de dos lacayos que estaban de pie, inmóviles, cerca de la mesa de roble del vestíbulo. Bettina da algunos pasos en dirección del salón... y oye las carcajadas de risa y el wals que continúa. Se detiene. Quiere estar sola, completamente sola, y dirigiéndose á uno de los criados:

—Ve á decir á la señora que estoy cansada y que he subido á mi cuarto.

Annie, la doncella, dormía en un sillón. La mandó que se retirara, porque se desnudaría sola. Se dejó caer en un sofá, y experimentó un abatimiento delicioso.

La puerta de la habitación se abrió. Era madama Scott.

—¿Estás mala, Bettina?

—¡Ay! Suzie, ¡eres tú, Suzie! ¡Que bien has hecho en venir!... Siéntate á mi lado... bien á mi lado.

Se acurrucó como un niño en los brazos de su hermana, acariciando su ardiente cabeza en los frescos hombros de Suzie, y después, de repente, rompe en sollozos, en grandes sollozos que la ahogan y la sofocan.

—Bettina mía, querida, ¿qué es lo que tienes?

—Nada, nada... son los nervios... es la alegría.

—¿La alegría?

—Sí... sí... espera... pero déjame llorar un poco... ¡Esto me hace tanto bien!... No tengas miedo, sobre todo ...no tengas miedo.

Con los besos de su hermana, Bettina se calma, se apacigua:

—Se ha concluido, se ha concluido, y te voy á decir... Tengo que hablarte de Juan.

—¡Juan! ¿Le llamas Juan?

—Sí, le llamo Juan... ¿No habías notado, desde hace algún tiempo, que estaba tan triste y que tenía cara de desgraciado?

—Sí, efectivamente.

—En cuanto llegaba, iba en seguida á colocarse á tu lado, y permanecía allí absorto, silencioso, hasta tal punto que, durante muchos días me preguntaba—perdóname de hablarte con tanta franqueza, es mi costumbre, ya lo sabes—me preguntaba si no era á ti á quien amaba, Suzie. ¡Eres tan encantadora, y hubiera sido tan natural! Pero no, no era á ti, era á mí.

—¿A ti?

—Sí, á mí... Escúchame bien... Apenas si se atrevía á mirarme. Me evitaba y me huía... Tenía miedo de mí, evidentemente... Pues bien, dime, en justicia, ¿puedo dar yo miedo? No, ¿no es verdad?

—Seguramente que no.

—¡Ah! es que no era por mí el miedo, era por mi dinero, por mi espantoso dinero. Este dinero que atrae á todo el mundo y á los otros los tienta tan fuertemente, este dinero le da miedo á él y le desespera... porque no es como los otros, porque...

—Querida mía, ten cuidado, te equivocas quizás...

—¡Oh! no, no, yo no me equivoco. Ahora en la gradería, al marcharse, me ha dicho algunas palabras. Estas palabras no eran nada... pero si hubieras visto su turbación, á pesar de todos los esfuerzos para contenerse. Suzie, Suzie mía, por la ternura que te tengo ¡y Dios sabe cuál es mi cariño! esta es mi convicción, mi absoluta convicción. Si en lugar de ser miss Percival hubiera yo sido una pobre niña sin dinero, ahora mismo Juan me hubiera tomado la mano y me hubiera dicho que me amaba; y si me hubiera hablado así, ¿sabes lo qué le hubiera respondido?

—Que también le querías.

—Sí, y mira por qué soy tan feliz. Es una idea fija en mí adorar al hombre que sea mi marido... Pues bien; no digo que adore á Juan, no, todavía no... pero en fin, esto principia, Suzie... ¡y esto principia tan dulcemente!

—Bettina, estoy inquieta de verte en tal estado de exaltación. Ojalá que Mr. Réynaud tenga por ti la afección...

—¡Oh! mucho más, mucho más...

—Mucho amor si quieres. Sí, tienes razón. Tú lo has conocido bien... sí, te ama... ¿y no eres tú digna, querida mía, de todo el amor que pueden tener por ti? En cuanto á Juan—va ganando decididamente para mí, porque yo también le llamo Juan—pues bien, ya sabes lo que pienso de él. ¡Cuántas veces nosotras dos, desde hace un

mes, hemos tenido ocasión de decirlo!... Tengo de él una opinión muy alta, muy alta... Pero en fin, á pesar de todo, ¿este es verdaderamente el marido que te conviene?

—Sí, porque yo le amo.

—Procuro hablarte en razón, y tú me hablas siempre... Yo tengo Bettina, una experiencia que tú no puedes tener. Quiero que me comprendas bien. Desde nuestra llegada á París fuimos lanzadas en una sociedad muy animada, muy brillante, muy aristocrática... Tú podrías ser ya, si lo hubieras querido, marquesa ó princesa...

—Sí, pero no he querido.

—¿A ti te será indiferente llamarte madama Reynaud?

—Absolutamente, si yo le quiero...

—¡Ah! y siempre vuelves á lo mismo...

—Es que es la verdadera cuestión. Y como no hay otra... quiero ser razonable á mi vez. Esta cuestión, yo te concedo que no está completamente resuelta, y que puedo haberme calentado la cabeza un poco de más. Ya ves que soy razonable. Juan se marcha mañana. No lo veré en veinte días. Voy durante estos veinte días, á tomar todo el tiempo necesario para preguntarme y consultarme, para saber bien, en fin, lo que pasa por mí. A pesar de mis aires evaporados, son seria y reflexiva... ¿no es verdad que lo reconoces?...

—Lo reconozco.

—Pues bien: te dirijo esta súplica como á nuestra madre si estuviera aquí. Si en estos veinte

—Querida mía, ten cuidado, te equivocas quizás...

—¡Oh! no, no, yo no me equivoco. Ahora en la gradería, al marcharse, me ha dicho algunas palabras. Estas palabras no eran nada... pero si hubieras visto su turbación, á pesar de todos los esfuerzos para contenerse. Suzie, Suzie mía, por la ternura que te tengo ¡y Dios sabe cuál es mi cariño! esta es mi convicción, mi absoluta convicción. Si en lugar de ser miss Percival hubiera yo sido una pobre niña sin dinero, ahora mismo Juan me hubiera tomado la mano y me hubiera dicho que me amaba; y si me hubiera hablado así, ¿sabes lo qué le hubiera respondido?

—Que también le querías.

—Sí, y mira por qué soy tan feliz. Es una idea fija en mí adorar al hombre que sea mi marido... Pues bien; no digo que adore á Juan, no, todavía no... pero en fin, esto principia, Suzie... ¡y esto principia tan dulcemente!

—Bettina, estoy inquieta de verte en tal estado de exaltación. Ojalá que Mr. Réynaud tenga por ti la afección...

—¡Oh! mucho más, mucho más...

—Mucho amor si quieres. Sí, tienes razón. Tú lo has conocido bien... sí, te ama... ¿y no eres tú digna, querida mía, de todo el amor que pueden tener por ti? En cuanto á Juan—va ganando decididamente para mí, porque yo también le llamo Juan—pues bien, ya sabes lo que pienso de él. ¡Cuántas veces nosotras dos, desde hace un

mes, hemos tenido ocasión de decirlo!... Tengo de él una opinión muy alta, muy alta... Pero en fin, á pesar de todo, ¿este es verdaderamente el marido que te conviene?

—Sí, porque yo le amo.

—Procuro hablarte en razón, y tú me hablas siempre... Yo tengo Bettina, una experiencia que tú no puedes tener. Quiero que me comprendas bien. Desde nuestra llegada á París fuimos lanzadas en una sociedad muy animada, muy brillante, muy aristocrática... Tú podrías ser ya, si lo hubieras querido, marquesa ó princesa...

—Sí, pero no he querido.

—¿A ti te será indiferente llamarte madama Reynaud?

—Absolutamente, si yo le quiero...

—¡Ah! y siempre vuelves á lo mismo...

—Es que es la verdadera cuestión. Y como no hay otra... quiero ser razonable á mi vez. Esta cuestión, yo te concedo que no está completamente resuelta, y que puedo haberme calentado la cabeza un poco de más. Ya ves que soy razonable. Juan se marcha mañana. No lo veré en veinte días. Voy durante estos veinte días, á tomar todo el tiempo necesario para preguntarme y consultarme, para saber bien, en fin, lo que pasa por mí. A pesar de mis aires evaporados, son seria y reflexiva... ¿no es verdad que lo reconoces?...

—Lo reconozco.

—Pues bien: te dirijo esta súplica como á nuestra madre si estuviera aquí. Si en estos veinte

días, te digo yo: «¡ Suzie, estoy segura de que le amo!» ¿me permitirás irme hacia él, yo misma, yo sola, y preguntarle si me quiere por mujer? Lo mismo exactamente que tú has hecho con Ricardo... Dime, Suzie, ¿me lo permitirás?

—Sí, te lo permitiré.

Bettina besó á su hermana y le murmuró estas dos palabras á su oído:

—¡ Gracias, mamá!

—¡ Mamá! ¡ mamá! Es así como me llamabas cuando eras una niña, cuando estábamos solas en el mundo las dos y yo te desnudaba por la noche en Nueva York, en nuestra miserable habitación; cuando te tenía en mis brazos, te acostaba en tu camita y te cantaba canciones para dormir. Y desde entonces, Bettina, no tuve más que un deseo en el mundo: tu felicidad. Por eso es por lo que te pido que reflexiones. No me respondes... pues no hablemos más de esto. Quiero dejarte calmada y tranquila. Has despedido á Annie... ¿Quieres que esta noche sea yo tu mamita, que te desnude y que te acueste como en otros tiempos?

—Sí, lo quiero.

—Y cuando estés ya acostada, ¿me prometerás ser juiciosa?

—Juiciosa, como una imagen.

—¿ Harás todo lo que puedas para dormirte?

—Todo lo que pueda.

—¿ Bien fácilmente sin pensar en nada?

—Bien fácilmente sin pensar en nada.

—¡ Corriente!

Diez minutos después, la linda cabeza de Bettina descansaba dulcemente entre los bordados y encajes. Suzie decía á su hermana:

—Me vuelvo á bajo á reunirme con toda esa gente que me aburre tanto esta noche. Antes de entrar en mi cuarto, vendré á verte dormir. No hables... Duérmete.

Salió y Bettina quedó sola. Fué honrada. Hizo los esfuerzos más sinceros para dormirse. No pudo conseguirlo sino á medias. Cayó en un semi-sueño en un amodorramiento que la dejó flotando entre el sueño y la realidad.

Había prometido no pensar en nada y sin embargo pensaba en él, siempre en él, y nada más que en él, pero vaga y confusamente. Cuánto tiempo pasaría, no supo darse cuenta. De repente, le pareció que oía andar en su cuarto, entreabrió los ojos y creyó reconocer á su hermana. Con una voz soñolienta, le dijo:

—¿ Tú sabes? ¡ le amo!

—¡ Chit... Duerme! ¡ Duerme!

—Ya duerme... ya duerme...

Ella se volvió á dormir buenamente menos profundamente que de costumbre, porque hacia las cuatro de la mañana un ruido la despertó sobresaltada, que de seguro el día anterior no la hubiera interrumpido su sueño; una lluvia torrencial caía y azotaba contra las grandes ventanas del cuarto de Bettina.

—¡ Oh! llueve! se dijo; ¡ se va á mojar!

Este fué su primer pensamiento. Se levantó, atravesó el cuarto con los pies desnudos y abrió un poco una madera. Había amanecido el día oscuro, feo y pesado; el cielo estaba lleno de agua, el viento soplaba tempestuosamente y con ráfagas hacía remolinar la lluvia.

Bettina no se volvió á acostar. Comprendió que le sería imposible volver á cojer el sueño. Se puso un peñador y se quedó delante de la ventana mirando caer la lluvia. Puesto que era absolutamente preciso que él partiera, ella hubiera deseado que le hubiera tocado otro tiempo, con un hermoso sol alumbrando su primera jornada.

Al llegar á Longueval, hace un mes, Bettina no sabía lo que era una jornada. Ya hoy lo sabía. Una jornada de artillería, era una marcha de treinta ó cuarenta kilómetros con una hora de alto para almorzar. El cura Constantino le había enseñado esto, durante las visitas que, por las mañanas, hacían á casa de los pobres. Bettina agobiaba al cura con multitud de preguntas, sobre asuntos militares, y con especialidad, los relativos al servicio de artillería.

¡ Ocho ó diez leguas bajo esta lluvia, sin cesar! ¡ Pobre Juan! Bettina piensa en el pequeño Turner, en el pequeño Norton y en Pablo de Lavardens, que duermen bien tranquilos hasta las diez de la mañana mientras Juan recibirá este diluvio.

¡ Pablo de Lavardens! Este nombre despierta en ella un recuerdo doloroso, recuerdo de la vuelta de wals, la noche anterior... ¡ Haber bailado de



ese modo cuando el pesar que Juan experimentaba era tan evidente! Esta vuelta de wals tomó á los ojos de Bettina las proporciones de un crimen. Era horrible lo que había hecho.

Y además, ¿no le faltó el valor y la franqueza en la última conversación que tuvo con Juan? El no podía, ni se atrevía á decir nada; pero ella debía haber mostrado por su parte más cariño y más abandono. Triste y enfermo como él estaba no debió nunca permitirle irse á pie. Era necesario haberle detenido á toda costa. La imaginación de Bettina trabajaba y se exaltaba. Juan debió llevar consigo la impresión de que era una criatura mala, sin corazón ni piedad.

De aquí á media hora va á salir, y por veinte días... ¡ah! si ella pudiera, por cualquier medio!... Pero este medio existe... El regimiento va á desfilar por todo lo largo de la tapia del parque, pasando por debajo de la terraza. Ya está Bettina, impresionada de un loco deseo de ver pasar á Juan, que comprenderá lo bastante al verla allí, y á semejante hora, que viene á pedirle perdón, por lo cruel que estuvo con él el día anterior, sí, irá... Pero ha prometido á Suzie, ser juiciosa y prudente como una imagen, y hacer lo que ella piensa, ¿es ser tan juiciosa como una imagen?... es verdad que podrá descargar su conciencia confesándole todo á Suzie, al volver á casa y de seguro que la perdonará.

¡ Irá! ¡ Irá! ¿solamente cómo se va á vestir? No tiene á la mano más que un vestido de baile, un

peinador de muselina, babuchitas de salón, y zapatos de baile de satén azul. Despertar á su doncella, no se atreve... y el tiempo apremia... las cinco menos cuarto y á las cinco rompe la marcha el regimiento.

Puede salir de su apuro con el peinador de muselina y los zapatos de baile de satén; encontrará en la antesala un sombrero, sus chanclitos de andar por el jardín, y el gran abrigo escocés que le sirve para guiar cuando llueve. Entreaire la puerta con infinitas precauciones, duerme todo el mundo en el castillo, se resbala pegadita á la pared por los corredores, y baja la escalera.

¡ Con tal que sus chanclitos estén en su sitio! Esta es su gran preocupación, aquí están. Los ata por encima de los zapatos de baile, y se envuelve en el abrigo. Oye que la lluvia fuera aumenta su violencia. Ve uno de esos inmensos paraguas que sirven para los criados cuando se suben al pescante; se apodera de él, está útil... pero cuando quiere salir ve que la puerta del vestíbulo está cerrada con una gruesa y fuerte barra de hierro. Trata de levantarla, pero la barra está muy fuerte, resiste y el reloj de cuadro que hay en la antesala deja oír lentamente las cinco. ¡ En este momento sale él!

¡ Quiere verle! ¡ quiere verle! su voluntad se irrita contra los obstáculos, hace un grande esfuerzo, la barra cede, y resbala en sus goznes... Pero Bettina se hace en la mano un gran arañazo que la produce un chorrillo de sangre. Bettina empapa

con su pañuelo su mano, toma el paraguas grande, da la vuelta á la llave y abre la puerta. ¡ Al fin! ¡ ya está fuera!

El tiempo es espantoso. El viento y la lluvia rugen. Se necesitan ocho ó diez minutos para ganar la terraza que da vista al camino. Bettina valerosamente, con la cabeza baja, y recojida, debajo de su paraguas, se lanza hacia adelante. Anda unos cincuenta pasos. De repente, furiosa, loca, ciega, una borrasca la azota, y se cubre con su abrigo, se ve arrastrada, sobrellevada, y perdiendo tierra, se le vuelve violentamente el paraguas. No es nada eso. El desastre es más completo. Bettina ha perdido uno de sus chancelitos... que no eran chanclos formales, sino unos muy pequeños sólo para el buen tiempo.

En este momento, cuando Bettina desesperada, lucha con la tempestad, con su zapato de satén azul, que zambulle en el barro, el viento trae un lejano eco de una charanga de cornetas.

¡ Es el regimiento que sale! Bettina toma una gran resolución; abandona el paraguas, atrapa su chanclito, le ata lo mejor que puede y corriendo, sale escapada en medio del diluvio, que cae sobre su cabeza.

En fin, se ve en los bosques y los árboles la protegen un poco. La charanga de cornetas se acerca, cada vez más. Bettina cree oír el rodar de los carros. Hace un supremo esfuerzo, y llega á la terraza. Ya llegó... ¡ y era tiempo! Percibe á vein-

te metros los caballos blancos de los cornetas, y por el camino ve ondular vagamente, en medio de la niebla, la larga fila de cañones y de cajas. Se guarece bajo uno de los altos tilos que rodean la terraza, mira y espera. Allí, entre esta confusa masa de ginetes ¿podrá ella conocerle? ¿Y él la verá á ella? ¿Alguna casualidad le haría volver la cabeza hacia este lado?

Bettina sabe que es teniente de la segunda batería de su regimiento, y sabe que ésta se compone de seis cañones y seis cajas, porque el cura Constantino le enseñó eso. Es preciso dejar pasar la primera batería, es decir, contar seis cañones, y seis cajas de municiones y en seguida le toca á él...

Es él, en efecto, envuelto en su gran capote, y él, el primero que la ve y la reconoce; algunos momentos antes se acuerda de un largo paseo que hicieron ella y él, una noche, ya tarde, en la terraza. Levantó sus ojos, y en este mismo sitio, donde se acordaba haberla visto, era donde ahora la encontraba.

La saluda y, con la cabeza desnuda recibiendo la lluvia y volviéndose desde su caballo, á medida que se iba alejando, mientras la podía ver, la miraba; y volvía á decir otra vez lo que había dicho la víspera:

--¡ Esta será la última vez!

Ella haciendo una seña con las dos manos le enviaba su adiós, y esta seña repetida sin cesar

acercaba tanto sus manos á él, á sus labios que casi se creía...

--¡ Ah! se decía ella, si después de esto no comprende lo que le quiero, ¡veremos si aún no me me perdona mi dinero!

IX

Es el 10 de Agosto el día que tiene Juan que volver á Longueval.

Bettina se despierta muy temprano, se levanta y corre en seguida á la ventana. Un gran sol atraviesa por las cortinas de las ventanas y ya disipa los vapores de la mañana. El cielo la vispera por la tarde estaba amenazando, cargado de nubes. Bettina ha dormido poco, y toda la noche se decía:

—¡ Si no lloviera mañana!

Va á hacer un tiempo admirable. Bettina es un poco supersticiosa, y eso le da buena esperanza y buen valor. El día principia bién y concluirá mejor.

Mr. Scott ha vuelto ya hace algunos días. Bettina le esperó en el muelle del Havre, á la llegada del paquebot, con Suzie y los niños. Ricardo los besó tiernamente y por muchas veces, y después, dirigiéndose á su cuñada, la dijo riéndose:

—Con que ¿cuándo es la boda?

—¿Qué boda?

—Con el Sr. Reynaud.

—¡ Ah! ¿mi hermana os lo ha escrito?

—¿ Suzie? No... Suzie no me ha dicho una palabra... Tú, Bettina, eres la que me lo has escrito. En todas tus cartas, hace dos meses, no me hablas de otra cosa que del oficial.

—¿ En todas mis cartas?

—Sí, sí... y me escribías más á menudo y más extenso que de costumbre. No me quejo; pero, en fin, te pregunto cuándo me presentas á mi cuñado.

Se lo dice por broma al hablarle así, pero Bettina le responde:

—Yo creo que pronto.

Mr. Scott se entera de que el asunto es formal. A su vuelta, en el vagón, Bettina le pide sus cartas. Ella las vuelve á leer y ve que en todas las páginas se trata de él. Encuentra allí contadas, con sus más mínimos detalles, su primera entrevista, y se describe el retrato de Juan en el jardín de la casa del cura, con su sombrero de paja y la ensaladera de loza... y además D. Juan, y ¡ siempre D. Juan! Descubre que le quiere hace mucho tiempo, sin haberlo sabido.

Conque decíanos que era el 10 de Agosto. El almuerzo concluye en el castillo. Harry y Bella están impacientes. Saben que el regimiento debe, de una á dos, atravesar por el pueblo. Les han prometido llevarlos á ver pasar los soldados, y tanto para ellos como para Bettina, la vuelta del 9.º regimiento de artillería es un gran acontecimiento.

—Tía Betty, dijo Bella, tía Betty, vendrás con nosotros.

—Sí, ven, dijo Harry, ven para que veamos á nuestro amigo Juan montado en su caballo gris.

Bettina se resiste y rehusa, y sin embargo, ¡qué deseos tan grandes tiene! Pero no, ella no irá, no verá á Juan hasta la noche, para tener con él esta explicación decisiva, para la que está preparándose hace veinte días.

Los niños marchan con las ayas. Bettina, Suzie y Ricardo van á sentarse en el parque, al lado del castillo, y una vez instalados:

—Suzie, dice Bettina, tengo que recordarte tu promesa. ¿Te acuerdas de lo que pasó entre nosotras la tarde de su marcha? Convinimos en que el día de su vuelta te diría:—Suzie, estoy segura de que le quiero—y quedamos conformes en que me permitirías dirigirme francamente á él y pedirle si me quería por mujer.

—Sí, te lo prometí. Pero ¿estás bien segura?

—Completamente segura. Te prevengo que tengo la intención de traerlo... mira, aquí mismo, añadió ella riéndose, en este banco... y expresarme en un lenguaje como el que tú usaste con Ricardo... A ti te salió bien, Suzie... eres muy feliz. Yo también lo quiero ser. Ricardo, Suzie te ha hablado de Mr. Reynaud.

—Sí, y ella me ha dicho que de ningún hombre tenía mejor opinión...

—Pero también os ha dicho que sería para mí un casamiento un poco pacífico, un poco vulgar...

¡Ay! pícara hermana. Sabes tú, Ricardo, que no puedo quitarle el temor que tiene metido en la cabeza. No comprende que yo quiero antes que todo amar y ser amada. ¿Podrás creer que la semana pasada me ha tendido una red espantosa? ¿Tú sabes que en la sociedad hay un príncipe Romanelli?

—Sí, y has querido ser princesa.

—Esto no creo que hubiera sido muy difícil. Pues bien; el día que tuve la imprudencia de decir á Suzie que el príncipe Romanelli, en rigor, me parecía aceptable, ¿puedes imaginarte lo que hizo? Los Turner estaban en Trouville. Suzie tramó esta pequeña conspiración. Hicieron almorzar al príncipe... pero el resultado fué desastroso... Aceptable, había dicho yo... Las dos horas que estuve con él, las pasé sólo ocupada en preguntarme cómo había yo podido darle semejante palabra... No, Ricardo, no, Suzie, yo no puedo ser princesa ni marquesa. Quiero ser Mad. Reynaud... Si Juan Reynaud quiere... y esto no es todavía cierto...

El regimiento entraba en el pueblo y bruscamente una charanga marcial y alegre se oyó en el espacio. Los tres guardaron silencio. Era el regimiento, era Juan que pasaba... El sonido disminuyó, se apagó y Bettina repuso:

—No, esto no es cierto. El me quiere, sin embargo, y mucho; pero sin saber lo que yo soy. Pienso que merezco ser amada de otro modo, y que no le causaría tanto miedo si mejor me co-

nociera, y por esta razón pido el permiso de hablar con él esta tarde, con el corazón en la mano.

—Nosotros te damos el permiso, respondió Ricardo, te lo damos los dos... Sabemos que no harás nada que no sea noble y generoso.

—Por lo menos, probaré.

Los niños vinieron corriendo. Han visto á Juan, estaba todo blanco de polvo, y les ha dado los buenos días.

—Solamente, añadió Bella, no ha sido guapo; se detuvo sin hablarnos... generalmente se para, y esta mañana no ha querido.

—Sí, ha querido, respondió Harry, porque ha hecho un movimiento como para bajarse... y después se arrepintió y siguió.

—En fin, no paró, y ¡es tan divertido hablar con un militar, y sobre todo cuando va á caballo!

—Y no es eso solamente, sino que le queremos mucho á Juan. ¡Si tú supieras, papá, qué bueno es, qué bien sabe jugar con nosotros!

—¡Y qué bonitos dibujos hace!... Harry, ¿te acuerdas de aquel polichinela tan raro, con su bastón?

—Y el gato; había un gato lo mismo que en Guignol.

Los dos niños se alejaron hablando de su amigo Juan.

—Decididamente, dijo Mr. Scott, todo el mundo le quiere en la casa.

—Y tú harás lo mismo cuando le reconozcas, respondió Bettina.

El regimiento tomó el trote en la carretera al salir del pueblo... Ahí está la terraza donde estaba Bettina la otra mañana... Juan dijo: «¡Si ella estuviese ahí!» Lo teme y lo espera al mismo tiempo... Levanta la cabeza y mira... ¡No está!...

¡No la he vuelto á ver! No la volveré á ver más... en mucho tiempo al menos. Va á marchar esta misma noche á las seis, á París. Uno de los directores del ministerio de la Guerra se interesa por él. Va á ver si consigue que lo envíen á otro regimiento.

Juan ha reflexionado mucho allá, solo, en Cercottes, y este es el resultado de sus reflexiones: no puede ni debe ser el marido de Bettina.

Los soldados echan pie á tierra en el patio del cuartel. Juan se despide de su coronel y de sus compañeros. Todo ha concluido. Es libre, y puede marcharse... Sin embargo, no se marcha. Mira á su alrededor y piensa... ¡Qué dichoso era hace tres meses, cuando salía de este gran patio, á caballo entre el ruido de los cañones rodando sobre las piedras de Souvigny! ¡Con qué tristeza se va hoy! Su vida de otras veces... ¿en dónde estaba ya?...

Entra y sube á su casa. Escribe á mad. Scott. La dice que asuntos del servicio le obligan á salir al instante mismo y no podrá comer en el castillo. Ruega á Mad. Scott que dirija un recuerdo á Bettina... ¡Bettina!... ¡Ay! apenas puede escribir este nombre!... Cierra la carta... En seguida la enviará.

Hace sus preparativos de marcha, y después dirá «adiós» á su padrino. Esto es lo que más le cuesta. No le dirá más que es una ausencia de poco tiempo.

Abre los cajones de su mesa para tomar dinero. La primera cosa con que tropieza es una cartita de papel azulado. Es la única esquelita que tiene de ella:

«¿Quiere usted tener la bondad de remitir al dador el libro de que usted me habló anoche?... Será quizás un poco serio para mí... Sin embargo, voy á tratar de leerlo... Hasta luego. Venga usted lo más pronto posible.»

Está firmada «Bettina». Juan leyó, y aún volvió á leer otra vez estas líneas... Pero ya no podía más... Sus ojos se nublaban.

—¡Es todo lo que me quedará de ella! se dijo él.

En el mismo momento el padre Constantino está hablando con Paulina. La situación financiera es admirable. ¡Más de dos mil francos en caja! Y los votos de Suzie y de Bettina colmados: ya no habrá pobres en todo el país. La vieja Paulina tiene por momentos escrúpulos de conciencia.

—Me parece, señor cura, dijo ella, que damos quizás demasiado. Empieza á saberse por los pueblos de alrededor que aquí se hace la caridad en oficinas abiertas. ¿Sabe usted lo que podrá suceder algún día? Que vendrán á establecerse los pobres en Longueval.

El cura da cincuenta francos á Paulina, y ésta

sale á llevárselos á un pobre que se ha roto el brazo, al caerse de una carreta de heno.

El padre Constantino se queda solo en su casa. Está pensativo. Ha acechado el regimiento al pasar, pero Juan no se ha detenido más que un instante, y tenía el aire triste. Hace ya algún tiempo que el cura había notado que su buen humor y su alegría de otros tiempos no existía. Esto le había inquietado, creyendo uno de esos pesares de juventud que no le importaban á un pobre viejo cura. Pero la preocupación de Juan era cada día más marcada.

—Vendré en seguida, padrino mío, tengo que hablaros, había dicho Juan.

Y se marchó bruscamente. El cura no había tenido tiempo de dar á Lulú su terrón, ó más bien dicho, sus terrones de azúcar, porque se había echado cinco ó seis en el bolsillo, considerando que Lulú había merecido este gran premio por diez días de jornadas y una veintena de noches pasadas á la luz de las estrellas. Por otra parte, desde que Mad. Scott se había instalado en el castillo, Lulú tenía bastante á menudo muchos terrones de azúcar. El cura Constantino se volvía gastador y pródigo; se sentía millonario; el azúcar del caballo de Juan era una de sus locuras. Un día estuvo á punto de dirigir á Lulú su eterno discursito:

—Esto viene de las nuevas castellanas de Longueval. Ruega á Dios esta noche por ellas.

Eran las tres cuando Juan llegó á la casa del cura, y éste le dijo en seguida:

—Me has dicho que tenías que hablarme... ¿De qué se trata?

—De una cosa, padrino mío, que le va á sorprender, á entristecer, y que á mí también me da pena. Vengo á despedirme de usted.

—¡Despedirte de mí! ¿Qué te marchas?

—Sí, me marchó.

—¿Cuándo?

—Hoy mismo... dentro de dos horas.

—¡Dentro de dos horas! Pero si debemos comer esta tarde en el castillo.

—Acabo de escribir á Mad. Scott disculpándome. Me es preciso marcharme.

—¿En seguida?

—En seguida.

—¿Y á dónde vas?

—A París.

—¡A París! ¿Y por qué te has tomado esta determinación tan imprevista?

—No es tan imprevista. Hace ya bastante tiempo que tengo pensado esto.

—¡Y nada me has dicho!... Juan, á ti te pasa algo... Tú eres ya un hombre y no tengo el derecho de tratarte como un niño, pero ya sabes lo que te quiero... Y si tienes mortificaciones y aburrimientos, ¿por qué no me lo dices? Yo puedo darte un consejo bueno. Juan, ¿por qué te vas á París?

—Yo querría mejor no decírselo á usted... por-

que le va á dar pena... pero usted tiene derecho de saberlo. Voy á París para pedir que me destinen á otro regimiento.

—¡A otro regimiento! ¡Dejar Souvigny!

—Sí, precisamente dejar á Souvigny... por algún tiempo... por poco tiempo; pero en fin, dejar á Souvigny es lo que quiero, es lo que necesito.

—Y dime, Juan, ¿tú no piensas en mí?... ¡Por poco tiempo... poco tiempo! Pero eso es lo que me queda á mí que vivir, poco tiempo, y durante los últimos días que yo deba á la bondad de Dios, será mi felicidad, Juan, sí, mi felicidad tenerte á mi lado, cerca de mí. ¡Y tú te vas á separar de mí! Juan, espera un poco, ten paciencia, que no será mucho; espera que Dois me flame á su lado, espera que yo vaya allí á encontrar á tu padre, á tu madre... No te vayas, Juan, no te vayas.

—Si usted me quiere, yo también le quiero... y usted bien lo sabe...

—Sí, lo sé.

—Tengo hacia usted el mismo cariño que le tenía cuando era pequeño, cuando usted me recogió, cuando usted me educó. Mi corazón no ha cambiado, ni cambiará nunca... Pero si el deber y el honor me obligan á ausentarme...

—¡Ah! si es el deber, si es el honor!... Entonces no digo nada, Juan... Todo se debe posponer á esto, ¡todo, todo! Yo te he conocido siempre con buen criterio de tu deber y buen juez de tu honor... Márchate, hijo mío, márchate. Nada te preguntaré. Nada quiero saber.

—Pues bien; yo quiero decir á usted todo, dijo Juan, vencido ya por su emoción. Mejor es que lo sepa usted todo; usted se queda aquí, usted seguirá yendo al castillo... ¡usted la volverá á ver!

—¿Quién... es ella?

—Bettina.

—¡ Bettina!

—¡ La adoro, padrino mío, la adoro!

—¡ Oh! pobre hijo mío.

—Perdóneme usted el hablarle de estas cosas... pero se las digo como se las diría á mi padre. Y además... no he podido nunca hablar á nadie de esto, y esto me ahoga... Sí, es una locura que poco á poco se ha ido apoderando de mí, á pesar mío, porque usted comprenderá bien... ¡ Dios mío! Aquí mismo me enamoré de ella. Ya sabe usted cuando vino con su hermana... los cartuchitos de mil francos... sus cabellos que se soltaron... y por la tarde, el mes de María... Después me ha permitido verla con toda libertad, con toda familiaridad... y usted mismo, sin cesar, hablándome de ella, me hacía admirar su dulzura, su bondad. ¡ Cuántas veces me ha dicho usted que no había otra cosa mejor en el mundo!

—Y yo lo juzgaba entonces así... y lo pienso ahora todavía... y nadie aquí la conoce mejor que yo, porque yo sólo la he visto en casa de los pobres. Si tú supieras, en nuestras excursiones de las mañanas se mostraba tan cariñosa y tan

valiente! Ni la miseria ni los sufrimientos la asustaban... Pero hago mal en decirte todo esto...

—No, no, no quiero volver á verla más, pero quiero siempre oír hablar de ella.

—Tú no encontrarás en tu vida, Juan, mujer mejor en el mundo y que tenga sentimientos más elevados. Hasta tal punto es esto cierto que un día—ella me trajo en un coche descubierto que iba lleno de juguetes—llevaba estos juguetes á una niña enferma, y al dárselos para hacerla reír, para divertirla, la hablaba con tanto mimo que yo no hacía más que pensar en ti, y me decía, me acuerdo ahora mismo: «¡ ay! si ella fuera pobre!»

—¡ Sí, si ella fuera pobre! Pero no lo es.

—¡ Oh! no... En fin, ¿qué quieres, pobre hijo mío? Si te hace daño verla, vivir á su lado, como es preciso, antes que todo en este mundo, que tú no sufras, es lo principal... vete, sí, eso es, vete... pero sin embargo... sin embargo...

El anciano sacerdote se puso muy pensativo, dejó apoyar su cabeza entre sus manos y permaneció algunos instantes silencioso y después continuó:

—Pero... sin embargo, Juan, ¿sabes en lo que pienso? Ya sabes cuántas veces he visto á Bettina desde su llegada á Longueval. Pues bien; pienso y me acuerdo—y no me extrañaba entonces, es más, me parecía natural que se interesase por ti—pero en fin, pienso y recuerdo que ella me hablaba siempre de ti, siempre, sí, siempre de ti.

—¡De mí!

—Sí, y de tu padre y de tu madre. Tenía mucha curiosidad de saber cómo vivías tú, y me preguntaba que le explicara lo que era la vida de un soldado que tiene cariño á su oficial y lo desempeña en conciencia. Es una cosa bien rara por cierto; desde que tú me has dicho eso, mi cabeza trata de reunir todos sus recuerdos. Mil cosillas se reunen y vienen á mi imaginación... De modo que ha vuelto ella del Havre anteayer á las tres. Pues bien, no hacía aún una hora que había llegado, cuando ya estaba aquí. Y sólo de ti fué en seguida lo primero que me habló. Me preguntó si tú me habías escrito, si no habías estado malo, cuándo llegarías, á qué hora, y si el regimiento pasaría por el pueblo.

—Es inútil, padrino mío, que usted busque tanto recuerdo.

—No, no es inútil... ¡Parecía que se ponía tan contenta y tan dichosa en pensar que iba á verte á ver! Esta comida de esta tarde es un gran acontecimiento para ella... debía presentarme á su cuñado que ha llegado. No hay nadie en este momento en el castillo, ni un solo invitado. Insistía mucho sobre este punto—y me acuerdo de su última frase,—estaba inmóvil en la puerta: «Seremos cinco, me dijo ella, usted y el señor Juan, mi hermana, mi cuñado y yo.» Y añadió riéndose: «Una verdadera comida de familia.» Y al decir esto echó á correr, y se escapó. ¡Una verdadera

comida de familia! ¿Sabes lo qué creo Juan, lo sabes?

—No hay que creer en ciertas cosas, padrino, no hace falta...

—Juan, yo creo que te quiere...

—¡Y yo también lo creo!

—¡Tú también!

—Cuando la dejé, hace veinte días, ¡estaba tan agitada, tan emocionada! Me veía triste y desgraciado. No quería dejarme marchar. ¡Estaba en la gradería de la puerta del castillo! Me vi obligado á huir, si... á escaparme, porque sino iba á hablar, á reventar de una vez, á decirse todo. Después de haber dado cincuenta pasos me detuve y me volví. No podía verme, porque era una noche muy oscura. Pero yo sí la veía. Se quedó allí inmóvil con los hombros y los brazos desnudos recibiendo la lluvia, y mirando al sitio por donde yo me había marchado. Puede ser que yo sea un loco en pensar que... Puede ser que no haya sido más que un sentimiento de lástima, porque ¿sabe usted lo que ha hecho el día siguiente por la mañana? Vino á las cinco con un tiempo espantoso á verme pasar por la carretera con el regimiento, y allí ¡de qué manera me dijo adiós!... ¡Ah! padrino mío ¡padrino mío!

—¡Pero entonces, dijo el pobre cura todo trastornado y desorientado, pero entonces no entiendo nada de esto. Si tú la quieres y ella te quiere!

—Pues precisamente por eso es por lo que yo necesito marcharme. ¡Si no hubiera en todo esto

más que yo! Si yo supiera con seguridad que ella no se había dado cuenta de mi cariño, que no estuviera cierta de haberme enamorado! me quedaría... me quedaría... sí, aunque no fuera más que por el placer de verla, y la querría desde lejos sin esperanza ninguna, nada más que por la felicidad de amarla... Pero no, ella lo ha comprendido perfectamente... y lejos de desanimarme... en fin, esto es lo que me obliga á marcharme...

—No, no comprendo nada. Yo sé bien, pobre hijo mío, que estamos hablando de cosas en las que no soy muy entendido... pero en fin, vosotros sois los dos, buenos jóvenes, encantadores... tú la quieres... ella te quiere... y tú no podrías!...

—¡Y su dinero! padrino, y su dinero!

—¡Qué importa su dinero! ¡Su dinero no es nada! ¿Es por su dinero por lo que la has querido? Es más bien, á pesar de su dinero. Tu conciencia, querido Juan, estará siempre tranquila respecto á este punto, y basta.

—No, no basta. Tener una buena opinión de sí mismo no es bastante; es preciso que esta opinión sea aceptada por todos los demás.

—¡Ay! Juan entre todos los que te conocen, ¿quién puede dudar de ti?

—¿Quién sabe? y además hay otra cuestión más esencial que la del dinero, otra más seria y más grave. No soy yo el marido que la conviene.

—¿Y quién hay más digno que tú?

—No se trata de buscar otro que pueda valer más que yo, se trata de considerar quién es ella

y quién soy yo; se trata de saber cuál es su vida y cuál debe ser la mía... Un día, Pablo—ya sabe usted la manera un poco brusca que tiene él de decir las cosas... aunque muchas veces esto da al pensamiento más claridad,—se trataba de ella... Pablo no se para en pelillos... por lo demás... es bueno... y no debía haber hablado de este modo. ¡Pues bien! me dice: «Lo que le hace falta es un marido que sea todo, todito para ella, exclusivamente para ella, un marido que no tenga más distracción que hacer de su vida una fiesta perpetua, en fin, que le dé todo lo que necesite con su dinero.» Usted me conoce bien... Un marido así no puedo, no debo serlo yo. Soy soldado, y quiero seguir siendo soldado. Si los azares de mi carrera me llevaran un día de guarnición á la Argelia, ¿puedo yo obligarla á seguirme? ¿Puedo yo condenarla á esa existencia de mujer de soldado, que en resumidas cuentas es un poco la existencia del soldado? Piense usted en la vida que hace hoy con todo ese lujo, y todos esos placeres!

—Sí, dijo el cura, esto es más serio que la cuestión del dinero.

—Y de tal modo serio, que no hay duda posible. Durante estos veinte días que he pasado, allá abajo, solo en el campamento, he pensado bien es todo esto... y no he pensado más que en esto... y queriéndola, como la quiero, es necesario que las razones sean tan poderosas para que yo vea bien claramente cuál es mi deber. Debo irme le-

jos... bien lejos, lo más lejos posible. Esto me hará sufrir mucho... ¡pero no debo verla! ¡No debo volver á verla más!

Juan se dejó caer en un sillón al lado de la chimenea, y se quedó anonadado. El anciano sacerdote le miraba.

—¡Verte desgraciado! ¡pobre niño! ¡y que tanto dolor caiga sobre ti!... ¡Es muy cruel, y muy injusto!

En este momento llamaron á la puerta.

—¡Ah! dijo el cura... no tengas cuidado, Juan... yo despediré á quien sea...

El cura se dirigió á la puerta, la abrió y se retiró asustado de haber visto una inesperada aparición.

Era Bettina... En seguida vió á Juan y... yéndose derecha á él:

—Usted aquí, exclamó ella... ¡oh! ¡cuánto me alegro!

El se levantó... ella le cojió las dos manos, y dirigiéndose al cura:

—Dispéñeme usted señor cura, si me dirijo primero á él... á usted le he visto ayer... y á él, no le he visto hace veinte largos días, y después de cierta noche en que salió de casa triste y delicado.

Ella seguía apretando las manos de Juan, que no tenía fuerza para hacer un movimiento ni pronunciar una palabra.

—¿Y ahora, continuó Bettina, está usted ya mejor? No... todavía no... ya lo veo... aún triste...

¡ah! ¡que bien he hecho en venir!... ¡He tenido una buena inspiración! Sin embargo, me turba un poco, bastante sí, encontrarle á usted aquí, usted lo comprenderá en cuanto oiga lo que vengo á pedir á su padrino.

Dejó las manos ardientes de Juan, y volviéndose al cura:

—Vengo señor cura, á rogaros que oigáis mi confesión... sí, mi confesión... Pero no trate usted de marcharse, caballero Juan, haré mi confesión públicamente. Hablaré con mucho gusto delante de usted... y aun creo que así será mejor... si quiere usted... nos sentaremos.

Se sentía ella llena de confianza y valor. Tenía fiebre, pero la fiebre que da en el campo de batalla al soldado, el ardor, el heroísmo, y el desprecio del peligro. La emoción que hacía latir el corazón de Bettina más de prisa que de costumbre era una emoción alta y generosa. Ella se decía:

—¡Quiero ser amada! ¡quiero amar! ¡quiero ser dichosa! ¡quiero que él sea dichoso! Y puesto que no tiene valor para ello, á mí me toca tenerlo por los dos, y andar el camino sola, con la cabeza erguida, el corazón tranquilo, para conquistar nuestro amor, ¡y nuestra felicidad!

Bettina, en sus primeras palabras, tomó ya sobre el cura y sobre Juan, un completo ascendiente. Ellos la dejaron hablar, y la dejaron hacer. Conocían que la ocasión era suprema, que lo que iba á pasar era decisivo, irrevocable, pero que ni

uno ni otro lo podían prever... Se quedaron dócilmente y casi automáticamente sentados. Esperaban, escuchaban... Entre estos dos hombres cohibidos, Beñina solamente tenía sangre fría... Y con una voz clara y precisa empezó:

—Les diré á ustedes, en primer lugar señor cura, y para dejar tranquila su conciencia, que estoy aquí con el permiso de mi hermana y mi cuñado; saben por el motivo que he venido, y saben lo que voy á hacer. No solamente lo saben sino que lo aprueban. ¿Lo han comprendido ustedes? ¡Pues bien! lo que me trae aquí, es su carta de usted señor Juan, esta carta que ha escrito usted á mi hermana, diciendo que no podía usted esta noche venir á comer con nosotros, porque se veía usted completamente precisado á salir de viaje. Esta carta descompones todos mis proyectos. En efecto, esta tarde—siempre con el permiso de mi hermana y mi cuñado,—yo quería después de la comida llevar á usted al parque, señor Juan, sentarme en un banco—y hasta he tenido la niñería de haberlo escogido con tiempo,—y allí, haberle dirigido á usted un pequeño discurso, muy preparado, muy estudiado, casi aprendido de memoria, porque después que usted se marchó no he pensado en otra cosa más que en el referido discursito. Yo me lo relataba á mi misma, desde por la mañana hasta por la noche. He ahí lo que me proponía hacer, y usted comprenderá que su carta... Me ha puesto muy perpleja... He reflexionado, sin embargo,

y me he dicho, que si yo dirigía mi discursito á su padrino de usted sería poco más ó menos, como si se lo dijera á usted mismo. He venido, señor cura, para rogar á usted que tenga la bondad de escuchármelo.

—Ya la escuchó á usted, señorita, balbuceó el cura.

—Soy rica, señor cura, muy rica, y para hablarle á usted francamente, me gusta mucho mi dinero; sí, ¡me gusta muchísimo! Le debo todo el lujo que me rodea, y que confieso que este lujo—esta es mi confesión—no me es de ningún modo desagradable. Mi única excusa es que soy muy joven y esto pasará con la edad. Pero, en fin, no hay nada seguro. Tengo otra disculpa: es que quiero un poco á mi dinero por los agrados que me proporciona; le quiero mucho por el bien que permite se haga á mi alrededor. Lo quiero como una egoísta, si usted quiere, por el mismo placer que me causa... En fin, creo que mi fortuna no está mal colocada en mis manos. Pues bien, señor cura, lo mismo que usted está encargado de las almas, me parece que yo estoy encargada del dinero. Me he dicho siempre: «Quiero que mi marido sea, antes que todo, digno de partir conmigo esta gran fortuna; quiero que esté seguro de que hará buen uso de ella, y conmigo, mientras que yo esté á su lado, y después que conmigo, si debo de irme la primera de este mundo.» Me decía aún otro cosa... Me decía: «El que haya de ser mi marido, quiero amarle con todas mis fuerzas.»

uno ni otro lo podían prever... Se quedaron dócilmente y casi automáticamente sentados. Esperaban, escuchaban... Entre estos dos hombres cohibidos, Beñina solamente tenía sangre fría... Y con una voz clara y precisa empezó:

—Les diré á ustedes, en primer lugar señor cura, y para dejar tranquila su conciencia, que estoy aquí con el permiso de mi hermana y mi cuñado; saben por el motivo que he venido, y saben lo que voy á hacer. No solamente lo saben sino que lo aprueban. ¿Lo han comprendido ustedes? ¡Pues bien! lo que me trae aquí, es su carta de usted señor Juan, esta carta que ha escrito usted á mi hermana, diciendo que no podía usted esta noche venir á comer con nosotros, porque se veía usted completamente precisado á salir de viaje. Esta carta descompones todos mis proyectos. En efecto, esta tarde—siempre con el permiso de mi hermana y mi cuñado,—yo quería después de la comida llevar á usted al parque, señor Juan, sentarme en un banco—y hasta he tenido la niñería de haberlo escogido con tiempo,—y allí, haberle dirigido á usted un pequeño discurso, muy preparado, muy estudiado, casi aprendido de memoria, porque después que usted se marchó no he pensado en otra cosa más que en el referido discursito. Yo me lo relataba á mi misma, desde por la mañana hasta por la noche. He ahí lo que me proponía hacer, y usted comprenderá que su carta... Me ha puesto muy perpleja... He reflexionado, sin embargo,

y me he dicho, que si yo dirigía mi discursito á su padrino de usted sería poco más ó menos, como si se lo dijera á usted mismo. He venido, señor cura, para rogar á usted que tenga la bondad de escuchármelo.

—Ya la escuchó á usted, señorita, balbuceó el cura.

—Soy rica, señor cura, muy rica, y para hablarle á usted francamente, me gusta mucho mi dinero; sí, ¡me gusta muchísimo! Le debo todo el lujo que me rodea, y que confieso que este lujo—esta es mi confesión—no me es de ningún modo desagradable. Mi única excusa es que soy muy joven y esto pasará con la edad. Pero, en fin, no hay nada seguro. Tengo otra disculpa: es que quiero un poco á mi dinero por los agrados que me proporciona; le quiero mucho por el bien que permite se haga á mi alrededor. Lo quiero como una egoísta, si usted quiere, por el mismo placer que me causa... En fin, creo que mi fortuna no está mal colocada en mis manos. Pues bien, señor cura, lo mismo que usted está encargado de las almas, me parece que yo estoy encargada del dinero. Me he dicho siempre: «Quiero que mi marido sea, antes que todo, digno de partir conmigo esta gran fortuna; quiero que esté seguro de que hará buen uso de ella, y conmigo, mientras que yo esté á su lado, y después que conmigo, si debo de irme la primera de este mundo.» Me decía aún otro cosa... Me decía: «El que haya de ser mi marido, quiero amarle con todas mis fuerzas.»

Y esto es, señor cura, en donde principia mi verdadera confesión. Hay un hombre que hace dos meses ha hecho todo lo posible por ocultarme que estaba enamorado de mí... Pero este hombre ya no dudo que me quiere... Juan ¿no es verdad que usted me ama?

—Sí, dijo Juan por lo bajo, con los ojos cerrados como un criminal, yo la amo á usted.

—Ya lo sabía yo; pero en fin, tenía necesidad de oírlo. Y ahora, Juan, yo le ruego á usted que no pronuncie ni una sola palabra. Toda palabra suya sería inútil; me turbaría y me impediría de seguir hasta el fin, y decir á usted lo que debo decirle. ¿Me promete usted quedarse ahí sentado sin moverse y sin hablar?... ¿Me lo promete usted?

—Yo se lo prometo.

Bettina perdía un poco su seguridad; su voz temblaba ligeramente. Volvió á emprender con una sonrisa algo forzada:

—Dios mío, señor cura, no le acuso á usted del mal que ha ocurrido, pero algo de culpa tiene usted.

—¡ Culpa yo!

—Sí, no me hable usted tampoco. Se lo repito; es su culpa. Estoy cierta que ha dicho usted á Juan muchas cosas buenas de mí, y demasiado. ¡Quizás, sin esto, no hubiera pensado en mí! Y al mismo tiempo á mí me decía usted muchas cosas buenas de él, demasiado buenas; no, no, en fin, muchas! Entonces yo, tenía tanta confianza



en usted, que empecé á mirarle y examinarle con un poco más de atención. Me puse á compararle con todos aquellos que hace un año habían pedido mi mano, y me pareció que la suya era muy superior... En fin, llegó un día... más bien una noche... hace tres semanas, la víspera de nuestro viaje... Juan, noté que le quería á usted... ¡Sí, Juan, yo le amo! Y le ruego que no diga usted nada... siga usted sentado... no se acerque á mí. Yo había hecho, antes de venir aquí, provisión de valor; pero ya se me acaba; usted lo ve, mi hermosa calma se concluye. Tengo todavía algunas cosas que decir á usted... tal vez las más importantes de todas. Juan, escúcheme usted bien. No quiero una respuesta hija de la emoción. Sé que me quiere usted... Si se ha de casar usted conmigo, no quiero que sea solamente por amor; quiero que sea también por convencimiento. Durante estos quince días que han precedido á su marcha ha tenido usted tal cuidado de huir de mí, de esquivar la ocasión de hablar conmigo á solas que yo por eso no he podido mostrarme tal y cómo soy. Hay en mí ciertas cualidades que usted no conoce, Juan; ya sé quién es usted; se á lo que me comprometo al decidirme á ser su mujer; y seré para usted no solamente una esposa tierna y amorosa, sino también valiente y firme. Conozco su vida entera. Su padrino de usted me la ha contado. Sé por lo que se ha hecho usted soldado, qué deberes ha contraído y qué sacrificios le quedan en su porvenir. Juan, no dude us-

ted; yo no cambiaré ninguno de sus deberes ni ninguno de sus sacrificios. Si yo pudiera querer otra cosa contra usted, quizá sería por este pensamiento—¡ah, á usted se le ha debido ocurrir! que yo os desearía libre y exclusivo para mí, y que le pediría que dejara su carrera.—¡Eso nunca! ¡Nunca! Oye usted bien, ¡nunca exigiría yo una cosa semejante!...—Una joven que yo conozco ha hecho eso al casarse y ha sido una cosa muy mal hecha. Le amo á usted por lo que es y tal como es. Y porque vive usted de otro modo distinto y mejor que todos aquellos que me han deseado por mujer, yo lo deseo á usted por marido. Yo lo querré á usted menos, no le querré nada—lo que me sería muy difícil—si se pusiera á vivir como viven los que yo no he querido... Cuando yo no pueda seguirle á usted ó usted no pueda llevarme, el día que usted se vaya solo, bueno, Juan, este día le prometo á usted tener bastante valor para no quitarle el que usted necesite... Y ahora, señor cura, no es á él á quien yo me dirijo... quiero que sea usted el que responda... por él. Dígale usted si me quiere y soy digna de él, y si sería justo que yo expiara tan dura y tristemente mi fortuna. Dígaselo usted; ¿no es verdad que debe aceptár con gusto ser mi marido?

—Juan, dijo gravemente el anciano sacerdote, cástate con ella... es tu deber... y será tu felicidad.

Juan se aproximó á Bettina, la cogió en sus brazos y depositó en su frente el primer beso.

Bettina se separó dulcemente, y dirigiéndose al cura:

—Ahora, señor cura, tengo que pedir á usted una cosa... Yo querría... yo querría...

—¿Qué querría usted?

—Yo le ruego, señor cura, que usted me dé un beso.

El anciano cura la dió un beso en cada mejilla paternalmente, y en seguida Bettina le dijo:

—¡Me ha dicho usted tantas veces, señor cura, que Juan era un poco su hijo! Yo también, ¿no es verdad, seré su hija? Esto hará que usted tenga dos hijos, ¡esto es todo!.....

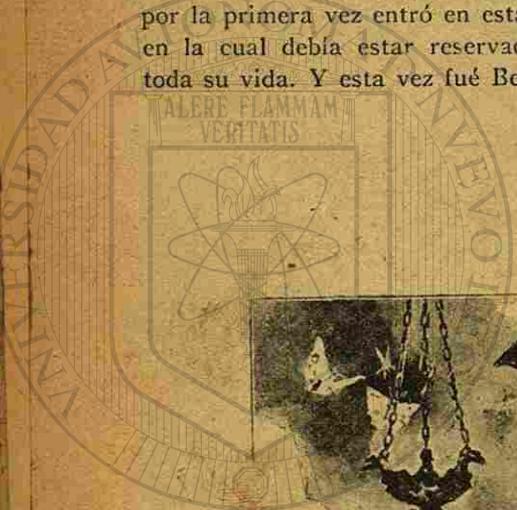
Un mes después, el 12 de Septiembre, á las doce, con el más sencillo vestido de boda, atravesaba la iglesia de Longueval, mientras que, colocada detrás del altar, la charanga del 9.º de artillería tocaba alegremente bajo las bóvedas de la vieja iglesia.

Nancy Tourner había solicitado el honor de tocar el órgano en tan solemnes circunstancias, porque el pequeño armonio había desaparecido. Un órgano de grandes y relucientes tubos, se veía en el coro de la iglesia. Era el regalo de boda de miss Percival al cura Constantino.

El viejo cura dijo la misa. Juan y Bettina se arrodillaron delante de él; pronunció la fórmula de la bendición, y se quedó en seguida, durante algunos instantes, rezando con los brazos extendi-

dos, implorando con toda su alma, que la bondad de Dios protegiera á sus dos hijos.

El órgano dejó oír entonces otra vez el mismo nocturno de Chopin, que Bettina tocó el día que por la primera vez entró en esta pequeña iglesia, en la cual debía estar reservada la felicidad de toda su vida. Y esta vez fué Bettina la que lloró.



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



L.

CEC